

EL
CRISTIANO DE
RODILLAS



UN CRISTIANO DESCONOCIDO

El Cristiano de Rodillas

Autor: Un Cristiano Desconocido

Prefacio del Autor

Un viajero en China visitó un templo pagano en un gran día de fiesta. Muchos eran los adoradores del horrible ídolo encerrado en un santuario sagrado. El visitante notó que la mayoría de los devotos traían consigo pequeños trozos de papel en los que se habían escrito o impreso oraciones. Estos los envolvían en pequeñas bolas de barro endurecido y las lanzaban al ídolo. Preguntó la razón de este extraño procedimiento, y se le dijo que si la bola de barro se pegaba al ídolo, entonces la oración sería ciertamente respondida; pero si el barro se caía, la oración era rechazada por el dios.

Podemos sonreír ante esta peculiar manera de probar la aceptabilidad de una oración. Pero, ¿no es un hecho que la mayoría de los hombres y mujeres cristianos que oran a un Dios Viviente saben muy poco acerca de la verdadera oración que prevalece? Sin embargo, la oración es la llave que abre la puerta del tesoro de Dios.

No es demasiado decir que todo crecimiento real en la vida espiritual—toda victoria sobre la tentación, toda confianza y paz en presencia de dificultades y peligros, todo reposo del espíritu en tiempos de gran decepción o pérdida, toda comunión habitual con Dios—depende de la práctica de la oración secreta.

Este libro fue escrito por petición, y con mucha vacilación. Sale con mucha oración. Que Él, quien dijo: «Conviene orar siempre, y no desmayar» (Lucas 18:1), nos *enseñe a orar*.

Contenido

Prefacio del Autor	3
Contenido	4
CAPÍTULO 1: LA GRAN NECESIDAD DE DIOS.....	5
CAPÍTULO 2: PROMESAS CASI INCREÍBLES	13
CAPÍTULO 3: «PÍDEME, Y TE DARÉ»	22
CAPÍTULO 4: PIDIENDO SEÑALES.....	33
CAPÍTULO 5: ¿QUÉ ES LA ORACIÓN?	45
CAPÍTULO 6: ¿CÓMO ORARÉ?	56
CAPÍTULO 7: ¿DEBO AGONIZAR?	67
CAPÍTULO 8: ¿RESPONDE DIOS SIEMPRE A LA ORACIÓN?	82
CAPÍTULO 9: RESPUESTAS A LA ORACIÓN	90
CAPÍTULO 10: CÓMO RESPONDE DIOS A LA ORACIÓN.....	96
CAPÍTULO 11: OBSTÁCULOS A LA ORACIÓN	104
CAPÍTULO 12: ¿QUIÉN PUEDE ORAR?.....	115

CAPÍTULO 1: LA GRAN NECESIDAD DE DIOS

«Dios se maravilló.» ¡Este es un pensamiento verdaderamente impactante! La misma audacia de la idea seguramente debe captar la atención de todo cristiano sincero, hombre, mujer o niño. ¡Un Dios que se maravilla! Cuán asombrados podríamos estar si supiéramos la causa de la «maravilla» de Dios. Sin embargo, descubrimos que es, aparentemente, algo muy pequeño. Pero si estamos dispuestos a considerar el asunto cuidadosamente, descubriremos que es de la mayor importancia posible para todo creyente en el Señor Jesucristo. Nada más es tan trascendente, tan vital, para nuestro bienestar espiritual.

Dios «se maravilló de que no hubiera intercesor» (Isa. 59:16) — «*ninguno que intercediera*» (R.V., marg.). Pero esto fue en los días de antaño, antes de la venida del Señor Jesucristo, «lleno de gracia y de verdad»; antes del derramamiento del Espíritu Santo, lleno de gracia y poder, «que nos ayuda en nuestra debilidad» y «él mismo intercede por nosotros» y en nosotros (Rom. 8:26). Sí, y antes de las promesas verdaderamente asombrosas de nuestro Salvador respecto a la oración; antes de que los hombres supieran mucho acerca de la oración; en los días en que los sacrificios por sus propios pecados ocupaban un lugar más prominente en sus ojos que la súplica por otros pecadores.

¡Oh, cuán grande debe ser la maravilla de Dios hoy! ¡Porque cuán pocos hay entre nosotros que saben lo que es realmente la oración eficaz! Todos nosotros confesaríamos que creemos en la oración, pero ¿cuántos de nosotros creemos verdaderamente en el poder de la oración? Ahora, antes de que demos un paso más, permita el escritor suplicarle a usted con toda seriedad que no lea apresuradamente lo que contienen estos capítulos. Mucho, muchísimo, depende de la manera en que cada lector reciba lo que aquí se registra. Porque todo depende de la oración.

¿Por qué muchos cristianos son tan a menudo derrotados? Porque oran muy poco. ¿Por qué muchos obreros eclesiásticos están tan a menudo desanimados y abatidos? Porque oran muy poco.

¿Por qué la mayoría de los hombres ven a tan pocos ser sacados «de las tinieblas a la luz» mediante su ministerio? Porque oran muy poco.

¿Por qué nuestras iglesias no están simplemente ardiendo por Dios? Porque hay tan poca oración real.

El Señor Jesús es tan poderoso hoy como siempre lo fue. El Señor Jesús está tan ansioso de que los hombres sean salvos como siempre lo estuvo. Su brazo no se ha acortado para que no pueda salvar; pero Él no puede extender su brazo a menos que oremos más, y más de verdad.

Podemos estar seguros de esto: el secreto de todo fracaso es nuestro fracaso en la oración secreta.

Si Dios «se maravilló» en los días de Isaías, no debemos sorprendernos de encontrar que en los días de su carne nuestro Señor «se asombró». Se asombró de la incredulidad de algunos, una incredulidad que realmente le impidió hacer alguna obra poderosa en sus ciudades (Marcos 6:6).

Pero debemos recordar que aquellos que fueron culpables de esta incredulidad no vieron en Él hermosura para que le desearan o creyeran en Él. ¿Cuál será entonces su «asombro» hoy, cuando ve entre nosotros, que verdaderamente lo amamos y adoramos, a tan pocos que realmente «se animan a echar mano de Dios» (Isa. 64:7)? Seguramente, ¿no hay nada tan absolutamente asombroso como un cristiano prácticamente sin oración? Estos son días trascendentales y ominosos. De hecho, hay muchas evidencias de que estos son «los últimos días» en los cuales Dios prometió derramar su Espíritu, el Espíritu de súplica, sobre toda carne (Joel 2:28). Sin embargo, la gran mayoría de los que profesan ser cristianos apenas saben lo que significa «súplica»; y muchas de nuestras iglesias no solo no tienen reunión de oración, sino que a veces condenan sin vergüenza tales reuniones, e incluso se burlan de ellas.

La Iglesia de Inglaterra, reconociendo la importancia de la adoración y la oración, espera que su clero lea las oraciones en la iglesia cada mañana y cada tarde.

Pero cuando esto se hace, ¿no es a menudo en una iglesia vacía? ¿Y no son las oraciones frecuentemente recitadas a una velocidad que impide la adoración real? La «oración común», también, a menudo necesariamente debe ser bastante vaga e indefinida.

¿Y qué de aquellas iglesias donde se conserva la anticuada reunión de oración semanal? ¿No sería «débil» la palabra más apropiada? C. H. Spurgeon tuvo el gozo de poder decir que dirigía una reunión de oración cada lunes por la noche «que casi nunca cuenta con menos de mil a mil doscientos asistentes».

Hermanos míos, ¿hemos dejado de creer en la oración? Si ustedes todavía mantienen su reunión semanal de oración, ¿no es un hecho que la gran mayoría de los miembros de su iglesia nunca se acercan a ella? Sí, y ni siquiera piensan en acercarse. ¿Por qué es esto? ¿De quién es la culpa?

«Solo una reunión de oración» — ¡cuán a menudo hemos oído esa expresión! ¿Cuántos de los que leen estas palabras realmente disfrutan de una reunión de oración? ¿Es un gozo o solo un deber? Por favor, perdónenme por hacer tantas preguntas y por señalar lo que parece ser una debilidad peligrosa y una falla lamentable en nuestras iglesias. No estamos para criticar, mucho menos para condenar. Cualquiera puede hacer eso. Nuestro anhelante deseo es animar a los cristianos a «echar mano de» Dios, como nunca antes. Deseamos alentar, infundir coraje y elevar.

Nunca estamos tan altos como cuando estamos de rodillas.

¿Criticar? ¿Quién se atreve a criticar a otro? Cuando miramos hacia el pasado y recordamos cuánta falta de oración ha habido en la propia vida, las palabras de crítica hacia otros se marchitan en los labios.

Pero creemos que ha llegado el momento en que se necesita un llamamiento vibrante al individuo y a la Iglesia: un llamamiento a la oración.

Ahora, ¿nos atrevemos a enfrentar esta cuestión de la oración? Parece una pregunta tonta, pues ¿no es la oración parte integrante de todas las religiones? Sin embargo, nos aventuramos a pedir a nuestros lectores que miren este asunto

con franqueza y honestidad. ¿Realmente creo que la oración es un poder? ¿Es la oración el mayor poder en la tierra, o no lo es? ¿Mueve realmente la oración «la Mano que mueve el mundo»?

¿Los mandamientos de oración de Dios realmente me conciernen a mí? ¿Las promesas de Dios concernientes a la oración siguen siendo válidas? Todos hemos estado murmurando «Sí, sí, sí» mientras leíamos estas preguntas. No nos atrevemos a decir «No» a ninguna de ellas. ¡Y sin embargo...!

¿Se le ha ocurrido alguna vez que nuestro Señor nunca dio un mandamiento innecesario u opcional? ¿Creemos realmente que nuestro Señor nunca hizo una promesa que no pudiera o no quisiera cumplir? Los tres grandes mandamientos de nuestro Salvador para una acción definida fueron:

Orad vosotros

Haced esto

Id vosotros

¿Le estamos obedeciendo? ¡Cuán a menudo su mandamiento «Haced esto» es reiterado por nuestros predicadores hoy! Uno podría casi pensar que iera su único mandamiento! Cuán raramente se nos recuerda su orden de «Orar» y de «Id». Sin embargo, sin la obediencia al «Orad vosotros», es de poca o ninguna utilidad el «Haced esto» o el «Id vosotros».

De hecho, se puede demostrar fácilmente que toda falta de éxito y todo fracaso en la vida espiritual y en la obra cristiana se deben a una oración deficiente o insuficiente. A menos que oremos correctamente, no podemos vivir correctamente ni servir correctamente. Esto puede parecer, a primera vista, una gran exageración, pero cuanto más lo pensamos a la luz que la Escritura arroja sobre ello, más convencidos estaremos de la verdad de esta afirmación.

Ahora, mientras comenzamos una vez más a ver lo que la Biblia tiene que decir sobre este misterioso y maravilloso tema, ¿nos esforzaremos por leer algunas de las promesas de nuestro Señor, como si nunca las hubiéramos oído antes? ¿Cuál será el efecto?

Hace unos veinte años, el escritor estudiaba en un Colegio Teológico. Una mañana, temprano, un compañero de estudios — que hoy es uno de los misioneros más destacados de Inglaterra — irrumpió en la habitación sosteniendo una Biblia abierta en sus manos. Aunque se preparaba para las Órdenes Sagradas, en ese momento era solo un joven convertido a Cristo.

Había ido a la Universidad «sin preocuparse de ninguna de estas cosas». Popular, inteligente, atlético — ya había ganado un lugar entre el grupo más elegante de su colegio, cuando Cristo lo reclamó. Aceptó al Señor Jesús como Salvador personal y se convirtió en un seguidor muy ferviente de su Maestro. La Biblia era, comparativamente, un libro nuevo para él, y como resultado constantemente hacía «descubrimientos». En aquel día memorable en que invadió mi tranquilidad, gritó emocionado — con el rostro radiante de gozo y sorpresa a la vez — «¿Crees esto? ¿Es realmente verdad?» «¿Crear qué?», pregunté, mirando la Biblia abierta con cierto asombro. «Pues, esto...», y leyó con tonos ansiosos San Mateo 21:21, 22: «*Si tenéis fe y no dudáis... todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis.*» «¿Lo crees? ¿Es verdad?» «Sí», respondí, con mucha sorpresa por su excitación, «por supuesto que es verdad, por supuesto que lo creo».

Sin embargo, por mi mente pasaron rápidamente toda clase de pensamientos. «Bueno, esa es una promesa muy maravillosa», dijo él. «¡Me parece absolutamente ilimitada! ¿Por qué no oramos más?» Y se fue, dejándome pensando intensamente. Nunca había mirado esos versículos de esa manera. Cuando la puerta se cerró tras aquel joven seguidor del Maestro, tan entusiasta, tuve una visión de mi Salvador y de su amor y de su poder como nunca antes había tenido. Tuve una visión de una vida de oración — sí, y de un poder «ilimitado», que vi dependía solamente de dos cosas: fe y oración. Por un momento quedé emocionado. Me arrodillé, y mientras me postraba ante mi Señor, ¡qué pensamientos surgieron en mi mente, qué esperanzas y aspiraciones inundaron mi alma! Dios me estaba hablando de una manera extraordinaria. Este era un gran llamamiento a la oración. Pero — para mi vergüenza sea dicho — no hice caso a ese llamamiento.

¿Dónde fallé? Es cierto, oré un poco más que antes, pero nada parecía suceder. ¿Por qué? ¿Fue porque no vi qué alto estándar requiere el Salvador en la vida interior de aquellos que quieren orar con eficacia?

¿Fue porque no había elevado mi vida al estándar del “amor perfecto” tan bellamente descrito en el capítulo decimotercero de la primera Epístola a los Corintios?

Porque, después de todo, la oración no es solo poner en acción buenos propósitos “de orar”. Como David, necesitamos clamar: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio» (Sal. 51) antes de poder orar correctamente. Y las inspiradas palabras del Apóstol del Amor necesitan ser escuchadas hoy tanto como siempre: «Amados, si nuestro corazón no nos reprende, tenemos confianza para con Dios; y [entonces] todo lo que pidiéramos, lo recibiremos de él» (1 Juan 3:21).

“Es cierto, y lo creo”. Sí, en verdad, es una promesa ilimitada, y sin embargo, ¡qué poco la realizamos, qué poco reclamamos de Cristo! Y nuestro Señor se “maravilla” de nuestra incredulidad. Pero si tan solo pudiéramos leer los Evangelios por primera vez, ¡qué libro tan asombroso parecería! ¿No deberíamos “maravillarnos” y “asombrarnos”? Y hoy transmito ese gran llamamiento a ustedes. ¿Le prestarán atención? ¿Se beneficiarán de él? ¿O caerá en oídos sordos y los dejará sin oración?

¡Compañeros cristianos, despertemos! El diablo está cegando nuestros ojos. Está procurando impedir que enfrentemos esta cuestión de la oración. Estas páginas son escritas por petición especial. Pero han pasado muchos meses desde que llegó esa petición.

Cada intento de comenzar a escribir ha sido frustrado, e incluso ahora uno es consciente de una extraña reticencia para hacerlo. Parece haber algún poder misterioso que detiene la mano. ¿Nos damos cuenta de que no hay nada que el diablo tema tanto como la oración? Su gran preocupación es mantenernos alejados de la oración. Le encanta vernos “ocupados hasta los ojos” en el trabajo, siempre que no oremos. No teme porque seamos estudiantes de la Biblia diligentes y fervorosos, siempre que seamos pequeños en la oración. Alguien ha

dicho sabiamente: «Satanás se ríe de nuestro esfuerzo, se burla de nuestra sabiduría, pero tiembla cuando oramos». Todo esto nos es tan familiar, pero ¿realmente oramos? Si no es así, entonces el fracaso debe seguir nuestros pasos, cualesquiera que sean las señales de aparente éxito que pueda haber.

Nunca olvidemos que lo más grande que podemos hacer por Dios o por el hombre es orar. Porque podemos lograr mucho más con nuestras oraciones que con nuestro trabajo. La oración es omnipotente; ¡puede hacer cualquier cosa que Dios pueda hacer! Cuando oramos, Dios obra. Toda fructuosidad en el servicio es el resultado de la oración: de las oraciones del trabajador, o de aquellos que sostienen manos santas en su favor. Todos sabemos cómo orar, pero quizás muchos de nosotros necesitamos clamar como lo hicieron los discípulos de antaño: «Señor, enséñanos a orar».

Oh Señor, por quien venimos a Dios,
La Vida, la Verdad, el Camino,
La senda de la oración Tú mismo has hollado;
Señor, enséñanos ahora a orar.

“Buscad a Jehová y su poder; buscad siempre su rostro” (1 Crónicas 16:11). ¹

Dios tiene una gran necesidad. Es la necesidad de un Padre amoroso. Un padre que tiene un hijo pródigo siente una necesidad imperiosa: la necesidad de ese hijo. ¿No dijo nuestro Señor que *“habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento”* (Lucas 15:7)? Si hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente, ¡cuánto mayor debe ser el anhelo del corazón del Padre por ese hijo que está tan lejos de Él! Fue esta necesidad divina la que trajo al Señor Jesús desde el seno del Padre a este mundo pecaminoso. Es esta misma necesidad la que aún impulsa al Padre a buscar a los hijos pródigos. Pero Dios, en Su sabiduría infinita y en Su amor soberano, ha escogido depender de la

oración de Su pueblo para satisfacer esta necesidad. Este es el asombroso misterio de la gracia: Dios obra a través de las oraciones de los hombres.

Anselmo, el gran teólogo y arzobispo de Canterbury en el siglo XI, es un ejemplo clásico de la importancia que la iglesia primitiva daba a la comunión con Dios antes de cualquier actividad teológica. Su lema era: *“Ninguna obra teológica sin oración”*. Todo su quehacer intelectual estaba precedido por largas horas de rodillas, reconociendo que sin la iluminación divina, todo esfuerzo humano era vano. ² Esta unión entre la piedad práctica y la reflexión teológica es un modelo que la iglesia de todos los tiempos debe recuperar. La verdadera teología no nace en la biblioteca, sino en el gabinete de oración.

Dios está buscando intercesores. En los días de Ezequiel, Dios se quejó diciendo: *“Y busqué entre ellos un hombre que levantara un muro y se pusiera en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyera; pero no lo hallé”* (Ezequiel 22:30). ¡Qué terrible es que Dios no pueda encontrar a alguien que se ponga en la brecha! El profeta Isaías se maravilló de esto: *“Y vio que no había hombre, y se maravilló de que no hubiera quien se interpusiera”* (Isaías 59:16). Dios se maravilla de nuestra falta de oración. ¿Nos hemos detenido alguna vez a pensar que Dios espera nuestra oración? Él ha limitado voluntariamente Su acción en el mundo en respuesta a la intercesión de Su pueblo. Cuando no oramos, la obra de Dios se ve obstaculizada.

La necesidad de Dios es que Su pueblo ore. No es que Dios no sepa lo que necesita, sino que ha establecido un orden espiritual en el cual la oración es el canal designado para la bendición. Santiago nos recuerda: *“No tenéis lo que deseáis, porque no pedís”* (Santiago 4:2). Por lo tanto, la gran necesidad de Dios es encontrar hombres y mujeres que sean verdaderos intercesores. Esta es la necesidad suprema de la iglesia hoy: no más organización, no más programas, no más elocuencia, sino hombres y mujeres de rodillas.

CAPÍTULO 2: PROMESAS CASI INCREÍBLES

«CUANDO estemos con Cristo en gloria, contemplando la historia terminada de la vida», la característica más asombrosa de esa vida, al mirar hacia atrás, será su falta de oración.

Estaremos casi fuera de nosotros mismos de asombro por haber pasado tan poco tiempo en intercesión real. Será nuestro turno de “maravillarnos”.

En el último discurso de nuestro Señor a sus amados, justo antes de la más maravillosa de todas las oraciones, el Maestro una y otra vez extendió su cetro real de oro y dijo, por así decirlo: «¿Cuál es tu petición? Te será concedida, ¡hasta todo mi Reino!»

¿Creemos esto? Debemos hacerlo si creemos en nuestras Biblias. ¿Leeremos tranquilamente y con reflexión una de las promesas de nuestro Señor, reiterada tantas veces? Si nunca las hubiéramos leído antes, abriríamos los ojos con desconcierto, porque estas promesas son casi increíbles. De los labios de cualquier simple hombre serían completamente increíbles. Pero es el Señor del cielo y de la tierra quien habla; y está hablando en el momento más solemne de su vida. Es la víspera de su muerte y pasión. Es un mensaje de despedida. ¡Ahora escuchen!

«De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14:13, 14). Ahora bien, ¿podría haber palabras más claras o más sencillas que estas? ¿Podría haber alguna promesa más grande o más grandiosa? ¿Ha ofrecido alguien más, en cualquier lugar, en cualquier tiempo, tanto?

¡Cuán atónitos debieron quedar aquellos discípulos! Ciertamente apenas podían creer lo que oían. Pero esa promesa también está hecha para ustedes y para mí.

Y, para que no hubiera ningún error de su parte, ni de la nuestra, nuestro Señor se repite unos momentos después. Sí, y el Espíritu Santo ordena a San Juan que registre esas palabras de nuevo. «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto; y así seréis mis discípulos» (Juan 15:7, 8).

Estas palabras son de tan grave importancia y tan trascendentales, que el Salvador del mundo no se contenta ni siquiera con una triple enunciación de ellas. Insta a sus discípulos a obedecer su mandato de “pedir”. De hecho, les dice que una señal de que son sus “amigos” será la obediencia a sus mandamientos en todas las cosas (versículo 14). Luego, una vez más, repite sus deseos: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé» (Juan 15:16).

Uno pensaría que nuestro Señor ya había dejado suficientemente claro que quería que oraran; que necesitaba sus oraciones, y que sin oración no podían lograr nada. Pero, para nuestra intensa sorpresa, vuelve de nuevo al mismo tema, diciendo casi las mismas palabras.

«En aquel día no me preguntaréis nada» — es decir, “no me haréis ninguna pregunta” (R.V., marg.) — «De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre, os lo dará en mi nombre. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido» (Juan 16:23, 24).

Nunca antes había puesto nuestro Señor tal énfasis en ninguna promesa o mandamiento, ¡nunca! Esta promesa verdaderamente maravillosa nos es dada seis veces. Seis veces, casi en el mismo aliento, nuestro Salvador nos manda pedir todo lo que queramos. Esta es la promesa más grande, la más maravillosa, jamás hecha al hombre. Sin embargo, ¡la mayoría de los hombres, los hombres cristianos, prácticamente la ignoran! ¿No es así?

La grandeza extraordinaria de la promesa parece abrumarnos. Sin embargo, sabemos que Él es «poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20).

Así que nuestro bendito Maestro da la exhortación final, antes de ser prendido, atado y azotado, antes de que sus graciosos labios sean silenciados en la cruz: «Pediréis en mi nombre... porque el Padre mismo os ama» (versículo 26). Hemos pasado a menudo mucho tiempo reflexionando sobre las siete palabras de nuestro Señor desde la cruz. Y está bien que lo hagamos. ¿Hemos pasado alguna vez una hora meditando en esta, la séptuple invitación de nuestro Salvador a orar?

Hoy Él se sienta en el trono de su majestad en lo alto, y nos extiende el cetro de su poder. ¿Lo tocaremos y le contaremos nuestros deseos? Él nos invita a tomar de sus tesoros. Anhela concedernos «conforme a las riquezas de su gloria», para que seamos «fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior». Nos dice que nuestra fuerza y nuestra fructuosidad dependen de nuestras oraciones. Nos recuerda que nuestro mismo gozo depende de la oración contestada (Juan 16:24).

Y sin embargo, ¡permitimos que el diablo nos persuada a descuidar la oración! Nos hace creer que podemos hacer más con nuestros propios esfuerzos que con nuestras oraciones, con nuestra interacción con los hombres que con nuestra intercesión ante Dios. Sobrepasa la comprensión humana que se preste tan poca atención a la séptuple invitación, mandamiento y promesa de nuestro Señor. ¿Cómo nos atrevemos a trabajar para Cristo sin estar mucho de rodillas? Hace poco, un fervoroso “trabajador” cristiano, maestro de escuela dominical y comulgante, me escribió diciendo: «Nunca he tenido una respuesta a la oración en toda mi vida». ¿Pero por qué? ¿Es Dios un mentiroso? ¿No es Dios digno de confianza? ¿No cuentan sus promesas para nada? ¿No quiere decir lo que dice? Y sin duda hay muchos que leen estas palabras que en sus corazones están diciendo lo mismo que ese trabajador cristiano. Payson tiene razón, es bíblico, cuando dice: «Si queremos hacer mucho por Dios, debemos pedir mucho a Dios: debemos ser hombres de oración». Si nuestras oraciones no son contestadas,

siempre contestadas, aunque no necesariamente concedidas, la culpa debe ser enteramente nuestra, y no de Dios. Dios se deleita en contestar la oración; y nos ha dado su palabra de que contestará.

Compañeros de labor en su viña, es bastante evidente que nuestro Maestro desea que pidamos, y que pidamos mucho. ¡Nos dice que glorificamos a Dios al hacerlo! Nada está fuera del alcance de la oración que no esté fuera de la voluntad de Dios, y no deseamos ir más allá de su voluntad.

No nos atrevemos a decir que las palabras de nuestro Señor no son verdad. Sin embargo, de alguna manera, pocos cristianos realmente parecen creerlas. ¿Qué nos detiene? ¿Qué sella nuestros labios? ¿Qué nos impide hacer mucho de la oración? ¿Dudamos de su amor? ¡Nunca! Él dio su vida por nosotros y para nosotros. ¿Dudamos del amor del Padre? No. «El Padre mismo os ama», dijo Cristo al instar a sus discípulos a orar.

¿Dudamos de su poder? Ni por un momento. ¿No ha dicho: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Id... y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días...»? (Mateo 28:18-20). ¿Dudamos de su sabiduría? ¿Desconfiamos de su elección para nosotros? Ni por un momento. Y sin embargo, muy pocos de sus seguidores consideran que la oración valga realmente la pena. Por supuesto, lo negarían, pero los hechos hablan más que las palabras. ¿Tenemos miedo de poner a Dios a prueba? Él ha dicho que podemos hacerlo. «Traed todo el diezmo al alfolí... y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10). Siempre que Dios nos hace una promesa, digamos con valentía, como dijo San Pablo: *Creo a Dios* (Hechos 27:25), y confiemos en que Él cumplirá su palabra.

¿Comenzaremos hoy a ser hombres de oración, si nunca lo hemos sido antes? No lo pospongamos hasta una temporada más conveniente. Dios quiere que yo ore. El querido Salvador quiere que yo ore. Él necesita mis oraciones. Tanto, de hecho, todo, depende de la oración. ¿Cómo nos atrevemos a retenernos? Que cada uno de nosotros se haga esta pregunta de rodillas: «Si nadie en la tierra

orara por la salvación de los pecadores más fervientemente o más frecuentemente de lo que yo oro, ¿cuántos de ellos serían convertidos a Dios por medio de la oración?»

¿Pasamos diez minutos al día en oración? ¿Lo consideramos lo suficientemente importante como para eso?

¡Diez minutos al día de rodillas en oración, cuando el Reino de los Cielos puede obtenerse pidiéndolo!

¿Diez minutos? Parece una porción muy inadecuada de nuestro tiempo para pasar asiendo a Dios (Isaías 64:7).

¿Y es oración cuando “decimos” nuestras oraciones, o solo estamos repitiendo diariamente algunas frases que se han vuelto prácticamente sin significado, mientras nuestros pensamientos divagan de un lado a otro?

Si Dios respondiera a las palabras que repetimos de rodillas esta mañana, ¿lo sabríamos? ¿Reconoceríamos la respuesta? ¿Recordamos siquiera lo que pedimos? Él sí responde. Nos ha dado su palabra para ello. Él siempre responde a toda oración real de fe.

Pero veremos lo que la Biblia tiene que decir sobre este punto en un capítulo posterior. Ahora estamos pensando en la cantidad de tiempo que pasamos en oración.

«¿Con qué frecuencia oras?» fue la pregunta que se le hizo a una mujer cristiana. «Tres veces al día, y todo el día además», fue la respuesta rápida. Pero, ¿cuántos hay así? ¿Es la oración para mí solo un deber, o es un privilegio: un placer, una verdadera alegría, una necesidad?

Obtengamos una visión fresca de Cristo en toda su gloria, y un nuevo vislumbre de todas las «riquezas de su gloria» que Él pone a nuestra disposición, y de todo el poder poderoso que le fue dado. Entonces obtengamos una visión fresca del mundo y de todas sus necesidades. (Y el mundo nunca fue tan necesitado como lo es hoy.)

¡Por qué, la maravilla no es que oremos tan poco, sino que podamos levantarnos de nuestras rodillas si nos damos cuenta de nuestra propia necesidad; las necesidades de nuestro hogar y de nuestros seres queridos; las necesidades de nuestro pastor y de la Iglesia; las necesidades de nuestra ciudad, de nuestro país, del mundo pagano y mahometano! Todas estas necesidades pueden ser satisfechas por las riquezas de Dios en Cristo Jesús. San Pablo no tenía duda acerca de esto, ni tampoco nosotros. ¡Sí! «Mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria, en Cristo Jesús» (Fil. 4. 19). Pero para compartir sus riquezas debemos orar, porque el mismo Señor es rico para todos los que le invocan (Rom. 10. 12).

Tan grande es la importancia de la oración que Dios se ha ocupado de anticipar todas las excusas u objeciones que podamos probablemente hacer.

Los hombres alegan su debilidad o enfermedad, o declaran que no saben orar.

Dios previó esta incapacidad hace mucho tiempo. ¿No inspiró a San Pablo a decir: «El Espíritu también ayuda nuestra debilidad, pues no sabemos orar como se debe; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles; y el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque intercede por los santos según la voluntad de Dios» (Rom. 8. 26, 27).

Sí. Toda provisión está hecha para nosotros. Pero solo el Espíritu Santo puede «despertarnos» para «asirnos de Dios». Y si nos rendimos a las sugerencias del Espíritu, con toda seguridad seguiremos el ejemplo de los apóstoles de antaño, quienes «se entregaron a la oración» y «perseveraron firmemente en la oración» (R.V., Hechos 6. 4).

Podemos estar plenamente seguros de esto: la influencia de un hombre en el mundo puede medirse no por su elocuencia, ni por su celo, ni por su ortodoxia, ni por su energía, sino por sus oraciones. Sí, e iremos más lejos y sostendremos que ningún hombre puede vivir rectamente si no ora rectamente.

Podemos trabajar para Cristo de la mañana a la noche; podemos pasar mucho tiempo en el estudio de la Biblia; podemos ser muy sinceros y fieles y «aceptables» en nuestra predicación y en nuestro trato individual, pero ninguna

de estas cosas puede ser verdaderamente efectiva a menos que seamos mucho en oración. Solo estaremos llenos de buenas obras; y no «dando fruto en toda buena obra» (Col. 1. 10). Estar poco con Dios en oración es ser poco para Dios en el servicio. Mucha oración secreta significa mucho poder público. Sin embargo, ¿no es un hecho que mientras nuestra organización está casi perfecta, nuestro agonizar en oración está casi perdido?

Los hombres se preguntan por qué el Avivamiento retrasa su venida. Solo hay una cosa que puede retrasarlo, y es la falta de oración. Todos los Avivamientos han sido el resultado de la oración. Uno a veces anhela la voz de un arcángel, pero ¿de qué serviría si la voz de Cristo mismo no nos despierta a orar? Parece casi una impertinencia que cualquier hombre levante el clamor cuando nuestro Salvador ha presentado sus promesas «ilimitadas». Sin embargo, sentimos que algo debe hacerse, y creemos que el Espíritu Santo está impulsando a los hombres a recordarse a sí mismos y a otros las palabras y el poder de Cristo. Ninguna palabra mía puede impresionar a los hombres con el valor de la oración, la necesidad de la oración y la omnipotencia de la oración.

Pero estas palabras salen empapadas en oración para que Dios el Espíritu Santo mismo convenza a los hombres y mujeres cristianos del pecado de la falta de oración, y los impulse a sus rodillas, a invocar a Dios día y noche en intercesión ardiente, creyente y prevalente! El Señor Jesús, ahora en los cielos, nos hace señas para que caigamos de rodillas y reclamemos las riquezas de su gracia.

Ningún hombre puede prescribir a otro cuánto tiempo debe pasar en oración, ni sugerimos que los hombres hagan un voto de orar tantos minutos u horas al día. Por supuesto, el mandamiento bíblico es «Orad sin cesar». Esta es evidentemente la «actitud de oración»: la actitud de la vida de uno.

Aquí estamos hablando de actos definidos de oración. ¿Has cronometrado alguna vez tus oraciones? ¡Creemos que la mayoría de nuestros lectores se asombrarían y confundirían si realmente se cronometraran!

Hace algunos años, el escritor enfrentó esta cuestión de la oración. Sintió que para él mismo, al menos una hora al día era el tiempo mínimo que debía pasar en oración. Anotó cuidadosamente cada día un registro de su vida de oración. Con el tiempo, conoció a un trabajador manual que estaba siendo muy usado por Dios.

Cuando se le preguntó a qué atribuía principalmente su éxito, este hombre respondió tranquilamente: «Bueno, no podría avanzar sin dos horas al día de oración privada».

Luego cruzó mi camino un misionero lleno del Espíritu, proveniente de ultramar, que contó muy humildemente las cosas maravillosas que Dios estaba haciendo a través de su ministerio. (Se podía ver claramente que a Dios se le daba toda la alabanza y toda la gloria.) «Encuentro necesario, muchas veces, pasar cuatro horas al día en oración», dijo este misionero.

Y recordamos cómo el Más Grande Misionero de todos solía a veces pasar noches enteras en oración. ¿Por qué? Nuestro bendito Señor no oró simplemente como un ejemplo para nosotros: Él nunca hizo las cosas meramente como ejemplo. Oró porque necesitaba orar. Como Hombre perfecto, la oración era para Él una necesidad. Entonces, ¿cuánto más necesaria es para ti y para mí?

«¡Cuatro horas al día en oración!», exclamó un hombre que está dando toda su vida al trabajo cristiano como misionero médico. «¿Cuatro horas? ¡Denme diez minutos y termino!» Esa fue una confesión honesta y valiente, aunque triste. Sin embargo, ¿y si algunos de nosotros habláramos con la misma honestidad...?

Ahora bien, no fue por accidente que estos hombres cruzaron mi camino. Dios estaba hablando a través de ellos. Era simplemente otro «llamado a la oración» del «Dios de paciencia», que también es un «Dios de consuelo» (Rom. 15. 5). Y cuando su mensaje tranquilo se hundió en mi alma, un libro llegó a mis manos, «por casualidad», como dice la gente. Contaba breve y simplemente la historia de John Hyde: «Hyde el Orador», como llegó a llamársele. Así como Dios envió a San Juan el Bautista para preparar el camino de nuestro Señor en su primera venida, así envió en estos últimos días a San Juan el Orador, para enderezar los caminos para su segunda venida. «Hyde el Orador»: ¡qué nombre! Mientras uno

leía sobre esta vida maravillosa de oración, uno comenzaba a preguntarse: «¿He orado alguna vez?»

Encontré que otros se hacían la misma pregunta. Una dama, conocida por su maravillosa intercesión, me escribió diciendo: «Cuando dejé este libro, comencé a pensar que nunca en toda mi vida había orado realmente!»

Pero aquí debemos dejar el asunto. ¿Nos pondremos de rodillas ante Dios y permitiremos que su Espíritu Santo nos examine por completo? ¿Somos sinceros? ¿Deseamos realmente hacer la voluntad de Dios? ¿Creemos realmente sus promesas? Si es así, ¿no nos llevará a pasar más tiempo de rodillas ante Dios? No hagas voto de orar «tanto» al día. Resuelve orar mucho, pero la oración, para ser de valor, debe ser espontánea, y no por obligación.

Pero debemos tener en cuenta que las meras resoluciones de tomar más tiempo para la oración, y de vencer la reticencia a orar, no resultarán duraderamente efectivas a menos que haya una rendición de todo corazón y absoluta al Señor Jesucristo. Si nunca hemos dado este paso, debemos darlo ahora si deseamos ser hombres de oración.

Estoy bastante seguro de este hecho: Dios quiere que yo ore; quiere que tú ores. La pregunta es, ¿estamos dispuestos a orar?

Clemente Salvador, derrama sobre nosotros la plenitud del Espíritu Santo, para que de verdad lleguemos a ser Cristianos de rodillas.

A Dios tu cada necesidad

En oración inmediata muestra.

Ora siempre; ora y no desfallezcas:

¡Ora! Sin cesar, ora.

CAPÍTULO 3: «PÍDEME, Y TE DARÉ»

DIOS quiere que yo ore, que sea mucho en oración, porque todo éxito en el trabajo espiritual depende de la oración.

Un predicador que ora poco puede ver algunos resultados de sus labores, pero si lo hace, será porque alguien, en algún lugar, está orando por él. El «fruto» es del que ora, no del predicador. Cuán sorprendidos estaremos algunos de nosotros los predicadores un día, cuando el Señor «recompense a cada hombre según sus obras». «¡Señor! ¡Esos fueron mis conversos! Fui yo quien dirigió esa misión en la que tantos fueron traídos al redil.» Ah, sí: yo hice la predicación, la súplica, la persuasión; pero, ¿fui «yo» quien hizo la oración?

Cada converso es el resultado de la súplica del Espíritu Santo en respuesta a las oraciones de algún creyente.

Oh Dios, concede que tal sorpresa no sea nuestra. ¡Oh Señor, enséñanos a orar!

Hemos tenido una visión de un Dios que suplica llamando a la oración a Sus hijos. ¿Cómo estoy tratando esa llamada? ¿Puedo decir, con San Pablo: *"No he sido desobediente a la visión celestial"*? Repetimos nuevamente: si hay algún pesar en el cielo, el mayor será que pasamos tan poco tiempo en intercesión real mientras estuvimos en la tierra.

¡Pensemos en el amplio alcance de la oración! «Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra» (Salmo 2:8). Sin embargo, muchas personas no se toman la molestia de llevar siquiera los pequeños detalles de sus propias vidas a Dios en oración, ¡y nueve de cada diez cristianos nunca piensan en orar por los paganos!

A uno le asombra la falta de disposición de los cristianos para orar. Quizás sea porque nunca han experimentado, ni siquiera oído hablar, de respuestas convincentes a la oración.

En este capítulo nos proponemos hacer lo "imposible". ¿Qué es eso? Anhelamos llevar al corazón y a la conciencia de cada lector el poder de la

oración. Nos atrevemos a describir esto como "imposible". Porque si los hombres no creen, ni obran conforme a las promesas y mandamientos de nuestro Señor, ¿cómo podemos esperar que se dejen persuadir por meras exhortaciones humanas?

¿Pero recuerdan que nuestro Señor, al hablar a Sus discípulos, les pidió que creyeran que Él estaba en el Padre y el Padre en Él? Luego añadió: «Si no podéis creer Mi palabra desnuda acerca de esto, creedme por las mismas obras» (Juan 14:11). Fue como si dijera: "Si Mi Persona, Mi vida santificada y Mis maravillosas palabras no despiertan fe en Mí, entonces mirad Mis obras: ¿no son suficientes para obligar a creer? Creedme por causa de lo que hago."

Luego continuó prometiendo que si ellos creyeran, harían obras mayores que estas. Fue después de esta declaración que dio la primera de esas seis maravillosas promesas con respecto a la oración. La inferencia seguramente es que esas "obras mayores" han de hacerse solo como resultado de la oración.

¿Puede entonces el discípulo seguir el método del Maestro? Colaborador, si no logras comprender, si no logras confiar en las asombrosas promesas de nuestro Señor respecto a la oración, ¿no las creerás *"por las mismas obras"*? Es decir, por causa de esas "obras mayores" que hombres y mujeres están realizando hoy — o, más bien, las obras que el Señor Jesús está haciendo, a través de su cooperación en oración?

¿Qué estamos "buscando"? ¿Cuál es nuestro verdadero objetivo en la vida? Seguramente deseamos sobre todo ser abundantemente fructíferos en el servicio del Maestro. No buscamos posición, ni prominencia, ni poder. Pero sí anhelamos ser siervos fructíferos. Entonces debemos ser mucho en oración. Dios puede hacer más a través de nuestras oraciones que a través de nuestra predicación. A. J. Gordon dijo una vez: *"Puedes hacer más que orar, después de haber orado, pero nunca puedes hacer más que orar hasta que hayas orado."* ¡Si tan solo creyéramos esto!

Una dama en la India estaba abatida por el fracaso de su vida y su obra. Era una misionera consagrada, pero de alguna manera las conversiones nunca resultaban de su ministerio.

El Espíritu Santo parecía decirle: "Ora más". Pero ella resistió los impulsos del Espíritu por algún tiempo. "Finalmente", dijo ella, "aparté gran parte de mi tiempo para la oración. Lo hice con temor y temblor, no sea que mis colegas se quejaran de que estaba evadiendo mi trabajo. Después de unas semanas comencé a ver hombres y mujeres aceptando a Cristo como su Salvador. Además, todo el distrito pronto fue despertado, y la obra de todos los demás misioneros fue bendecida como nunca antes. Dios hizo más en seis meses de lo que yo había logrado en seis años. Y", añadió, "nadie me acusó jamás de evadir mi deber." Otra misionera en la India sintió el mismo llamado a orar. Comenzó a dedicar mucho tiempo a la oración. No vino oposición de afuera, pero sí vino de adentro. Pero ella persistió, y en dos años los conversos bautizados aumentaron seis veces!

Dios prometió que derramaría *"el Espíritu de gracia y de súplica sobre toda carne"* (Joel 2:28). ¿Cuánto de ese Espíritu de "súplica" es nuestro? Seguramente debemos obtener ese Espíritu a toda costa. Sin embargo, si no estamos dispuestos a pasar tiempo en "súplica", Dios debe por fuerza retener Su Espíritu, y llegamos a contarnos entre aquellos que están *"resistiendo al Espíritu"* y posiblemente *"apagando"* al Espíritu. ¿No ha prometido nuestro Señor el Espíritu Santo a los que le piden? (Lucas 11:13).

¿No nos están avergonzando los mismos conversos del paganismo?

Hace unos años, cuando estuve en la India, tuve el gran gozo de ver algo de la obra de Pandita Ramabai. Ella tenía un internado de 1,500 niñas hindúes. Un día, algunas de estas niñas vinieron con sus Biblias y preguntaron a una misionera qué significaba San Lucas 12:49 — «Fuego vine a echar sobre la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido?» La misionera trató de evadirlas con una respuesta evasiva, no estando muy segura ella misma de lo que significaban aquellas palabras. Pero ellas no quedaron satisfechas, así que decidieron orar por este fuego. Y mientras oraban — y porque oraban — el mismísimo fuego del cielo vino

a sus almas. Un verdadero Pentecostés desde lo alto les fue concedido. ¡No es de extrañar que continuaran orando!

Un grupo de estas niñas sobre quienes Dios había derramado el "*Espíritu de súplica*" llegó a una casa misional donde pasé algunas semanas. "¿Podemos quedarnos aquí en su pueblo y orar por su obra?", preguntaron. El misionero no acogió la idea con gran entusiasmo. Sintió que ellas debían estar en la escuela, y no "vagando" por el país. Pero ellas solo pidieron un salón o un granero donde pudieran orar; y todos valoramos las oraciones en nuestro favor. Así que su petición fue concedida, y el buen hombre se sentó a su cena, reflexionando. Mientras la noche avanzaba, un pastor nativo llegó. Se quebrantó por completo. Explicó, con lágrimas corriendo por su rostro, que el Espíritu Santo de Dios lo había convencido de pecado, y que se sentía compelido a venir y confesar abiertamente su maldad. Fue rápidamente seguido por uno tras otro de los cristianos, todos bajo profunda convicción de pecado.

Hubo un tiempo notable de bendición. Los descarriados fueron restaurados, los creyentes fueron santificados, y los paganos fueron traídos al redil — todo porque unas pocas niñas estaban orando.

Dios no hace acepción de personas. Si alguien está dispuesto a cumplir Sus condiciones, Él por Su parte cumplirá seguramente Sus promesas. ¿No arde nuestro corazón dentro de nosotros al oír del maravilloso poder de Dios? Y ese poder es nuestro para pedirlo. Sé que hay "condiciones". Pero usted y yo podemos cumplirlas todas por medio de Cristo. Y aquellos de nosotros que no podemos tener el privilegio de servir a Dios en la India o en cualquier otra misión en el extranjero, podemos aún tomar nuestra parte en hacer descender una bendición semejante. Cuando el Avivamiento en Gales estaba en su apogeo, un misionero galés escribió a su casa suplicando al pueblo que orara para que la India fuera movida de manera semejante. Así que los mineros del carbón se reunían diariamente en la boca del pozo media hora antes del amanecer para orar por su compañero en ultramar. En pocas semanas, el mensaje bienvenido fue enviado a casa: "La bendición ha llegado."

¿No es simplemente espléndido saber que por nuestras oraciones podemos hacer descender lluvias de bendición sobre la India, o África, o China, con la misma facilidad con que podemos obtener las pocas gotas necesarias para nuestro propio pequeño terreno?

Muchos de nosotros recordaremos las cosas maravillosas que Dios hizo por Corea hace unos años, enteramente en respuesta a la oración. Unos pocos misioneros decidieron reunirse para orar diariamente al mediodía. Al final del mes, un hermano propuso que, "como no había sucedido nada", la reunión de oración debería suspenderse. "Oremos cada uno en casa según nos sea conveniente", dijo él. Los demás, sin embargo, protestaron que deberían más bien dedicar aún más tiempo a la oración cada día. Así que continuaron la reunión diaria de oración durante cuatro meses. Entonces, de repente, la bendición comenzó a ser derramada. Los servicios de la iglesia aquí y allá fueron interrumpidos por llantos y confesiones de pecados. Finalmente, un poderoso avivamiento estalló. En un lugar, durante un servicio del domingo por la noche, el hombre principal de la iglesia se puso de pie y confesó que había robado cien dólares al administrar el legado de una viuda. Inmediatamente la convicción de pecado barrió a la audiencia. Ese servicio no terminó hasta las 2 de la madrugada del lunes. El poder maravilloso de Dios se sintió como nunca antes. Y cuando la Iglesia fue purificada, muchos pecadores encontraron la salvación.

Multitudes acudieron a las iglesias por curiosidad. Algunos vinieron a burlarse, pero el temor se apoderó de ellos, y se quedaron a orar. Entre los "curiosos" estaba un jefe bandolero, el líder de una banda de ladrones. Fue convencido y convertido. Fue directamente al magistrado y se entregó. "No tienes acusador", dijo el asombrado oficial, "¡sin embargo te acusas a ti mismo! No tenemos ley en Corea para tu caso." Así que lo despidió.

Uno de los misioneros declaró: *"Valió la pena haber pasado varios meses en oración, porque cuando Dios dio el Espíritu Santo, logró más en medio día de lo que todos los misioneros juntos podrían haber logrado en medio año."* En menos de dos meses, más de 2,000 paganos fueron convertidos. El celo ardiente de esos conversos se ha convertido en un proverbio. Algunos de ellos dieron todo

lo que tenían para construir una iglesia, y lloraron porque no podían dar más. Huelga decir que se dieron cuenta del poder de la oración. Esos conversos fueron ellos mismos bautizados con el "*Espíritu de súplica*". En una iglesia se anunció que se celebraría una reunión diaria de oración a las 4:30 cada mañana. El mismísimo primer día, 400 personas llegaron mucho antes de la hora señalada — ¡ansiosas por orar! El número aumentó rápidamente a 600 a medida que pasaban los días. En Seúl, 1,100 es la asistencia promedio a la reunión semanal de oración.

Los paganos vinieron — a ver qué estaba sucediendo. Exclamaron asombrados: "*El Dios vivo está entre ustedes.*" Esos pobres paganos vieron lo que muchos cristianos no logran ver. ¿No dijo Cristo: «Donde dos o tres están congregados en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos»? (Mateo 18:20). Lo que es posible en Corea es posible aquí. Dios no hace "acepción" de naciones. Él anhela bendecirnos, anhela derramar Su Espíritu sobre nosotros.

Ahora bien, si nosotros — aquí en este llamado país cristiano — realmente creyéramos en la oración, es decir, en las propias promesas llenas de gracia de nuestro Señor, ¿evitaríamos las reuniones de oración? Si tuviéramos alguna preocupación genuina por la condición perdida de miles en nuestra propia tierra y de decenas de miles en tierras paganas, ¿retendríamos nuestras oraciones? Seguramente no pensamos, o deberíamos orar más. «Pídeme — y te daré», dice un Dios todopoderoso y todo amor, ¡y apenas prestamos atención a Sus palabras!

Verdaderamente, los conversos del paganismo nos avergüenzan. En mis viajes llegué a Rawal Pindi, en el noroeste de la India. ¿Qué creen que sucedió allí? Algunas de las niñas de Pandita Ramabai fueron allí a acampar. Pero un poco antes de esto, Pandita Ramabai había dicho a sus niñas: "Si hay alguna bendición en la India, podemos tenerla. Pidamos a Dios que nos diga qué debemos hacer para tener la bendición."

Mientras leía su Biblia, se detuvo en el versículo: «Esperad la promesa del Padre... recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo» (Hechos 1:4-8). "¡'Esperar'! ¡Pero si nunca hemos hecho esto!", exclamó. "Hemos

orado, pero nunca hemos esperado una bendición mayor hoy de la que tuvimos ayer!" ¡Oh, cómo oraron! Una reunión de oración duró seis horas. ¡Y qué bendición tan maravillosa derramó Dios en respuesta a sus oraciones!

Mientras algunas de estas niñas estaban en Rawal Pindi, una misionera, mirando desde su tienda hacia la medianoche, se sorprendió al ver una luz encendida en una de las tiendas de las niñas — algo completamente contrario a las reglas. Fue a reconvenir, pero encontró a la más joven de aquellas diez niñas — una niña de quince años — arrodillada en el rincón más lejano de la tienda, sosteniendo una pequeña vela de sebo en una mano y una lista de nombres para intercesión en la otra. Tenía 500 nombres en su lista — 500 de las 1,500 niñas en la escuela de Pandita Ramabai. Hora tras hora los estaba nombrando delante de Dios. No es de extrañar que la bendición de Dios cayera dondequiera que esas niñas iban, y sobre quienquiera que esas niñas oraran.

El pastor Ding Li Mei, de China, tiene los nombres de 1,100 estudiantes en su lista de oración. Muchos cientos han sido ganados para Cristo a través de sus oraciones. Y tan decididos son sus conversos que muchas decenas de ellos han entrado en el ministerio cristiano.

Sería fácil añadir a estas asombrosas e inspiradoras historias de bendición a través de la oración. Pero no hay necesidad de hacerlo. Sé que Dios quiere que yo ore. Sé que Dios quiere que usted ore.

"Si hay alguna bendición en Inglaterra, podemos tenerla." No, más aún — si hay alguna bendición en Cristo, podemos tenerla. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (Efesios 1:3). El gran almacén de Dios está lleno de bendiciones. Solo la oración puede abrir ese almacén. La oración es la llave, y la fe tanto gira la llave como abre la puerta, y reclama la bendición. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. Y verle a Él es orar correctamente.

¡Escuchen! Hemos llegado — usted y yo — una vez más a la encrucijada. Todo nuestro fracaso pasado, toda nuestra ineficiencia e insuficiencia pasadas, toda

nuestra infructuosidad pasada en el servicio, puede ser desterrada ahora, de una vez por todas, si solo le damos a la oración su lugar apropiado. Hágalo hoy. No espere un momento más conveniente.

Todo lo que vale la pena tener depende de la decisión que tomemos. ¡Verdaderamente Dios es un Dios maravilloso! Y una de las cosas más maravillosas acerca de Él es que pone todo lo Suyo a disposición de la oración de fe. La oración creyente de un corazón totalmente purificado nunca falla. Dios nos ha dado Su palabra para ello. Sin embargo, inmensamente más maravilloso es el hecho asombroso de que los hombres y mujeres cristianos o no creen la palabra de Dios, o no logran ponerla a prueba.

Cuando Cristo es *"todo en todos"* — cuando Él es Salvador y Señor y Rey de todo nuestro ser, entonces es realmente Él quien ora nuestras oraciones. Podemos entonces alterar con verdad una palabra de un versículo bien conocido y decir que el Señor Jesús vive siempre para interceder en nosotros. ¡Oh, que hiciéramos que el Señor Jesús se "maravillara" no de nuestra incredulidad sino de nuestra fe! Cuando nuestro Señor vuelva a "maravillarse" y diga de nosotros: «De cierto... ni aun en Israel he hallado tanta fe» (Mateo 8:10), entonces en verdad la "parálisis" — la parálisis — será transformada en poder.

¿No ha venido nuestro Señor a echar *"fuego"* sobre nosotros? ¿Estamos *"ya encendidos"*? ¿No puede Él usarnos tanto como usó a aquellas simples niñas de Khedgaon? Dios no hace acepción de personas. Si podemos decir humilde y verdaderamente: «Para mí el vivir es Cristo» (Filipenses 1:21), ¿no manifestará Él su poderoso poder en nosotros?

Algunos de nosotros hemos estado leyendo acerca de Praying Hyde. Verdaderamente, su intercesión cambió las cosas. Los hombres nos dicen que se estremecieron cuando John Hyde oró. Fueron conmovidos hasta lo más profundo de su ser cuando él simplemente suplicaba el nombre "¡Jesús! — ¡Jesús! — ¡Jesús!" y un bautismo de amor y poder venía sobre ellos.

Pero no fue John Hyde, fue el Espíritu Santo de Dios a quien un hombre consagrado, lleno de ese Espíritu, hizo descender sobre todos los que le rodeaban.

¿No podemos todos llegar a ser "Hydes de oración"? ¿Dicen ustedes "¡No! ¡Él tenía un don especial de oración"? Muy bien — ¿cómo lo obtuvo? Él fue una vez simplemente un hombre cristiano ordinario — igual que cualquiera de nosotros.

¿Han notado que, humanamente hablando, debía su vida de oración a las oraciones del amigo de su padre? Ahora capten este punto. Es de suma importancia, y uno que puede afectar profundamente toda su vida. Quizás se me permita contar la historia completa, porque mucho depende de ello. ¿Citaremos al mismo John Hyde? Él estaba a bordo de un barco con rumbo a la India, adonde iba como misionero. Él dice: "Mi padre tenía un amigo que deseaba grandemente ser misionero en el extranjero, pero no se le permitió ir. Este amigo me escribió una carta dirigida al cuidado del barco. La recibí unas horas después de salir del puerto de Nueva York. Las palabras no eran muchas, pero el propósito de ellas era este: 'No cesaré de orar por ti, querido John, hasta que seas lleno del Espíritu Santo.' Cuando hube leído la carta, la arrugué con ira y la tiré a la cubierta. ¿Pensaba este amigo que yo no había recibido el bautismo del Espíritu, o que pensaría ir a la India sin este equipo? Estaba enojado. Pero poco a poco el mejor juicio prevaleció, y recogí la carta y la leí de nuevo. Posiblemente sí necesitaba algo que aún no había recibido. Caminé de un lado a otro por la cubierta, una batalla haciendo estragos dentro de mí. Me sentía incómodo: amaba al escritor; conocía la vida santa que vivía, y en lo profundo de mi corazón había una convicción de que él tenía razón, y de que yo no era apto para ser misionero... Esto continuó durante dos o tres días, hasta que me sentí perfectamente miserable... Finalmente, en una especie de desesperación, le pedí al Señor que me llenara con el Espíritu Santo; y en el momento en que hice esto... comencé a verme a mí mismo, y qué ambición tan egoísta tenía."

Pero aún no había recibido la bendición que buscaba. Desembarcó en la India y fue con un compañero misionero a un servicio al aire libre. «El misionero habló», dijo John Hyde, «y me dijeron que estaba hablando acerca de Jesucristo como el verdadero Salvador del pecado. Cuando terminó su discurso, un hombre de aspecto respetable, que hablaba buen inglés, preguntó al misionero si él mismo había sido salvo de esa manera. La pregunta llegó a lo más profundo de

mi corazón; porque si me la hubieran hecho a mí, habría tenido que confesar que Cristo no me había salvado completamente, porque sabía que había un pecado en mi vida que no había sido quitado. Me di cuenta de qué deshonra sería para el nombre de Cristo tener que confesar que estaba predicando a un Cristo que no me había librado del pecado, aunque proclamaba a otros que Él era un Salvador perfecto. Volví a mi habitación y me encerré, y le dije al Señor que debía ser una de dos cosas: o Él debía darme la victoria sobre todos mis pecados, y especialmente sobre el pecado que tan fácilmente me asediaba, o debía regresar a América y buscar allí algún otro trabajo. Dije que no podía levantarme a predicar el Evangelio hasta que pudiera testificar de su poder en mi propia vida. Me di cuenta de cuán razonable era esto, y el Señor me aseguró que Él podía y quería librarme de todo pecado. Él me libró, y no he tenido ni una duda de esto desde entonces».

Fue entonces, y solo entonces, que John Hyde se convirtió en Praying Hyde. Y es solo mediante una entrega tan completa y una reclamación tan definida de ser librados del poder del pecado en nuestras vidas que usted y yo podemos ser hombres de oración prevalente. Sin embargo, el punto que deseamos enfatizar es el que ya se ha mencionado. Un hombre relativamente desconocido ora por John Hyde, que entonces era desconocido para el mundo, y mediante sus oraciones hace descender tal bendición sobre él que ahora todos lo conocen como «Praying Hyde». ¿Dijo usted en su corazón, querido lector, hace un momento, que no podía esperar ser un Praying Hyde? Por supuesto, no todos podemos dar tanto tiempo a la oración. Por razones físicas u otras, podemos ser impedidos de orar por largos períodos. Pero todos podemos tener su espíritu de oración. ¿Y no podemos todos hacer por otros lo que el amigo anónimo hizo por John Hyde?

¿No podemos hacer descender la bendición sobre otros — sobre su vicario o pastor? ¿Sobre su amigo? ¿Sobre su familia? ¡Qué ministerio es el nuestro, si tan solo entramos en él! Pero para hacerlo, debemos hacer la entrega completa que John Hyde hizo. ¿Lo hemos hecho? El fracaso en la oración se debe a una falta en el corazón. Solo los «limpios de corazón» pueden ver a Dios. Y solo aquellos que

«invocan al Señor con un corazón puro» (2 Tim. 2:22) pueden reclamar con confianza respuestas a sus oraciones.

¡Qué avivamiento estallaría, qué bendición tan poderosa descendería si tan solo todos los que leyeran estas palabras reclamaran la plenitud del Espíritu Santo ahora!

¿No ve usted por qué Dios quiere que oremos? ¿Ve ahora por qué todo lo que vale la pena tener depende de la oración? Hay varias razones, pero una se destaca muy clara y vívidamente ante nosotros después de leer este capítulo. Es precisamente esta: si pedimos y Dios no da, entonces la falta es nuestra. Cada oración no respondida es un llamado de trompeta a escudriñar el corazón para ver qué está mal allí; porque la promesa es inconfundible en su claridad: «Si pedís cualquier cosa en Mi nombre, Yo lo haré» (Juan 14:14).

¡Verdaderamente, el que ora pone a prueba, no a Dios, sino su propia vida espiritual!

Déjame acercarme más a Ti, Jesús,

Oh, más cerca cada día;

Déjame apoyarme más fuerte en Ti, Jesús,

Sí, más fuerte todo el camino.

CAPÍTULO 4: PIDIENDO SEÑALES

«¿REALMENTE responde Dios a la oración?» es una pregunta que a menudo está en los labios de las personas, y más a menudo todavía en lo más profundo de sus corazones. «¿Es la oración de alguna utilidad real?» De alguna manera u otra, no podemos evitar orar; pero hasta los salvajes paganos claman a alguien o a algo para que les ayude en tiempos de peligro, desastre y angustia.

Y aquellos de nosotros que realmente creemos en la oración pronto nos enfrentamos a otra pregunta: «¿Es correcto poner a Dios a prueba?» Además, otro pensamiento nos viene a la mente: «¿Nos atrevemos a poner a Dios a prueba?» Porque hay poca duda de que el fracaso en la vida de oración a menudo — ¿siempre? — se debe al fracaso en la vida espiritual. Muchas personas albergan mucha incredulidad en el corazón respecto al valor y la eficacia de la oración; y sin fe, la oración es vana.

¿Pedir señales? ¿Poner a Dios a prueba? ¡Ojalá pudiéramos persuadir a los hombres y mujeres cristianos a hacerlo! Pues, qué prueba sería esta de nuestra propia fe en Dios, y de nuestra propia santidad de vida. La oración es la piedra de toque de la verdadera piedad. Dios pide nuestras oraciones, valora nuestras oraciones, necesita nuestras oraciones. Y si esas oraciones fallan, solo tenemos que culparnos a nosotros mismos. No queremos decir con esto que la oración eficaz siempre obtiene exactamente lo que pide. Ahora bien, la Biblia nos enseña que se nos permite poner a Dios a prueba. El ejemplo de Gedeón en los días del Antiguo Testamento es suficiente para mostrarnos que Dios honra nuestra fe incluso cuando esa fe está tambaleándose. Él nos permite «probarle» incluso después de una promesa definitiva de Él mismo. Esto es un gran consuelo para nosotros.

Gedeón dijo a Dios: «Si has de salvar a Israel por mi mano, como has dicho, he aquí que yo pondré un vellón de lana en la era; y si el rocío estuviere solamente en el vellón... entonces conoceré que has de salvar a Israel por mi mano, como lo has dicho». Sin embargo, aunque hubo un «cuenco lleno de agua» en el vellón a la mañana siguiente, ¡esto no satisfizo a Gedeón! Se atreve a poner a

Dios a prueba por segunda vez, y a pedir que el vellón esté seco en lugar de mojado la noche siguiente. «Y Dios lo hizo así aquella noche» (Jueces 6:40).

Es todo muy maravilloso: ¡el Dios Todopoderoso haciendo precisamente lo que un hombre vacilante le pide que haga! Contenemos la respiración y quedamos asombrados, apenas sabiendo cuál de las dos cosas nos sorprende más — ¡la osadía del hombre, o la condescendencia de Dios! Por supuesto, hay más en la historia de lo que se ve a simple vista. Sin duda, Gedeón pensaba que el «vellón» lo representaba a él mismo, a Gedeón.

Si Dios de verdad lo llenara con Su Espíritu, entonces, la salvación estaba asegurada. Pero mientras exprimía el vellón, comenzó a compararse a sí mismo con la lana empapada. «¡Cuán diferente soy de este vellón! Dios promete liberación, pero yo no me siento lleno del Espíritu de Dios. Ninguna afluencia del poderoso poder de Dios parece haber venido a mí. ¿Soy en verdad apto para esta gran hazaña?» ¡No! Pero entonces, es «No yo, sino Dios». «Oh Dios, deja que el vellón esté seco — ¿puedes Tú aún obrar? Incluso si yo no siento ningún poder sobrenatural, ninguna plenitud de bendición espiritual dentro de mí: incluso si me siento tan seco como este vellón, ¿puedes Tú aún librar a Israel por mi brazo?» (¡Poca maravilla que precediera su oración con las palabras: «No se encienda tu ira contra mí»!)

«Y Dios lo hizo así aquella noche: porque solamente en el vellón estuvo seco, y en toda la tierra hubo rocío» (versículo 40).

Sí, hay más en la historia de lo que se puede ver de un vistazo. ¿Y no es así en nuestro propio caso? El diablo tan a menudo nos asegura que nuestras oraciones no pueden reclamar una respuesta debido a la «sequedad» de nuestras almas. Las respuestas a la oración, sin embargo, no dependen de nuestros sentimientos, sino de la confiabilidad del Prometedor.

Ahora bien, no estamos instando a que el modo de proceder de Gedeón sea para nosotros, o para cualquiera, el curso de acción normal. Parece revelar mucha vacilación para creer la Palabra de Dios. De hecho, se parece gravemente a dudar de Dios. Y ciertamente entristece a Dios cuando mostramos una fe en Él que es solo parcial.

El camino más alto, mejor y más seguro es «pedir, sin dudar nada». Pero es muy consolador y tranquilizador para nosotros saber que Dios permitió a Gedeón ponerle a prueba. Ni es este el único caso de este tipo mencionado en las Escrituras. El caso más sorprendente de «probar a Dios» ocurrió en el Mar de Galilea. San Pedro puso a prueba al mismo Señor nuestro. «Si eres Tú —» aunque nuestro Salvador ya había dicho: «Yo soy». «Si eres Tú, manda que yo vaya a Ti sobre las aguas». Y nuestro Señor dijo: «Ven», y Pedro «caminó sobre las aguas» (Mateo 14:28, 29). Pero esta «fe que prueba» de Pedro pronto le falló. La «poca fe» (versículo 31) tan a menudo y tan rápidamente se convierte en «duda». Recuerde que Cristo no le reprendió por haber venido. Nuestro Señor no dijo: «¿Por qué viniste?» sino «¿Por qué dudaste?»

Poner a Dios a prueba es, después de todo, no el mejor método. Él nos ha dado tantas promesas condicionadas a la oración de fe, y ha probado tantas veces Su poder y Su disposición a responder la oración, que deberíamos, por regla general, vacilar mucho antes de pedirle señales además de maravillas.

Pero, alguien puede estar pensando, ¿no es el mismo Señor Dios Todopoderoso quien nos manda ponerle a prueba? ¿No dijo Él: «Traed todos los diezmos al alfolí... y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde»? (Malaquías 3:10).

Sí, eso es verdad: Dios dice: «Probadme: ponedme a prueba». Pero realmente somos nosotros mismos los que así somos probados. Si las ventanas de los cielos no se abren cuando oramos, y esta bendición de plenitud-hasta-desbordarse no nos es concedida, solo puede ser porque no somos diezmadores completos. Cuando de hecho estemos enteramente rendidos a Dios — cuando hayamos traído todo el diezmo al alfolí para Dios — hallaremos tal bendición que no necesitaremos poner a Dios a ninguna prueba. Esto es algo de lo que tendremos que hablar cuando lleguemos a la cuestión de la oración no respondida.

Mientras tanto, queremos que cada cristiano se pregunte: «¿He probado yo alguna vez la oración de manera justa?» ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la

última vez que ofreció una oración definida? La gente ora por «una bendición» sobre un discurso, o una reunión, o una misión; y alguna bendición es seguro que vendrá, porque otros también están suplicando a Dios acerca del asunto. Usted pide alivio del dolor o sanidad de la enfermedad: pero las personas sin Dios, por quienes nadie parece estar orando, a menudo se recuperan, y a veces de una manera aparentemente milagrosa. Y podemos sentir que podríamos habernos mejorado incluso si no se hubiera ofrecido ninguna oración en nuestro favor. Me parece que muchas personas no pueden señalar con el dedo ninguna respuesta realmente definida y concluyente a la oración en su propia experiencia. La mayoría de los cristianos no le dan a Dios la oportunidad de mostrar Su deleite en conceder las peticiones de Sus hijos; porque sus peticiones son tan vagas e indefinidas. Si esto es así, no es sorprendente que la oración sea tan a menudo una mera forma — una repetición casi mecánica, día tras día, de ciertas frases; unos pocos minutos de «ejercicio» por la mañana y por la noche.

Luego hay otro punto. ¿Ha tenido usted, cuando está en oración, el testimonio impreso en su ser de que su petición fue concedida? Aquellos que saben algo de la vida privada de los hombres de oración a menudo se asombran de la completa seguridad que viene sobre ellos a veces de que sus oraciones son respondidas, mucho antes de que el don que buscan esté realmente en su posesión. Un guerrero de la oración diría: «Una paz vino sobre mi alma. Estaba confiado de que mi petición me fue concedida». Entonces simplemente daba gracias a Dios por lo que estaba completamente seguro de que Dios había hecho por él. Y su seguridad demostraba estar absolutamente bien fundada.

Nuestro Señor mismo siempre tuvo esta seguridad, y debemos tener siempre presente que, aunque Él era Dios, vivió Su vida terrenal como un Hombre perfecto, dependiendo del Espíritu Santo de Dios.

Cuando estuvo delante del sepulcro abierto de Lázaro, antes de haber llamado realmente al muerto a salir, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has oído. Y yo sé que siempre me oyes» (Juan 11:41, 42). ¿Por qué, entonces, pronunció Sus gracias? «Por causa de la gente que está alrededor, lo dije, para que crean que Tú me has enviado». Si Cristo habita en nuestros corazones por la fe; si el Espíritu

Santo está respirando en nosotros nuestras peticiones, y estamos «orando en el Espíritu Santo», ¿no deberíamos saber que el Padre nos «oye»? (Judas 20). ¿Y no comenzarán los que están alrededor a reconocer que también nosotros somos enviados de Dios?

Los hombres de oración y las mujeres de oración agonizarán delante de Dios por algo que saben que es según Su voluntad, debido a alguna promesa definida en la página de la Escritura. Pueden orar durante horas, o incluso durante días, cuando de repente el Espíritu Santo les revela de una manera inequívoca que Dios ha concedido su petición; y están confiados de que no necesitan ya enviar más peticiones a Dios acerca del asunto. Es como si Dios dijera en tonos claros: «Tu oración es oída y te he concedido el deseo de tu corazón». Esta no es la experiencia de un solo hombre, sino que la mayoría de los hombres para quienes la oración es la base de su vida darán testimonio del mismo hecho. Ni es una experiencia solitaria en sus vidas: ocurre una y otra vez.

Entonces la oración debe dar lugar a la acción. Dios enseñó esto a Moisés: «¿Por qué clamas a Mí? Di a los hijos de Israel que marchen» (Éxodo 14:15).

No nos sorprende encontrar que el Dr. Goforth, un misionero muy usado en China, a menudo recibe esta seguridad de que sus peticiones son concedidas. «Sabía que Dios había respondido. Recibí una seguridad definida de que Él abriría el camino». ¿Por qué debería alguien sorprenderse de esto? El Señor Jesús dijo: «Vosotros sois Mis amigos, si hacéis las cosas que Yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos» (Juan 15:14, 15). ¿Le parece sorprendente, entonces, que el Señor nos deje a nosotros, Sus «amigos», conocer algo de Sus planes y propósitos?

La pregunta surge de inmediato: ¿Dios quiere que esta sea la experiencia de solo unos pocos santos escogidos, o desea que todos los creyentes ejerzan una fe semejante, y tengan una seguridad semejante de que sus oraciones son respondidas?

Sabemos que Dios no hace acepción de personas, y por lo tanto sabemos que cualquier verdadero creyente en Él puede compartir Su mente y Su voluntad. Somos Sus amigos si hacemos las cosas que Él nos manda. Una de esas cosas es la «oración». Nuestro Salvador rogó a Sus discípulos que «tuvieran fe en Dios» (la traducción literal es «Tened la fe de Dios»). Entonces, declara, usted puede decir a una montaña: «Quítate y échate en el mar», y si cree y no duda, sucederá. Luego da esta promesa: «Todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis [es decir, en el cielo], y os vendrá [en la tierra]» (Marcos 11:24). Ahora bien, esta es exactamente la experiencia de la que hemos estado hablando. Esto es precisamente lo que hacen los verdaderos hombres de oración. Tales cosas naturalmente superan la comprensión de los incrédulos. Tales cosas son desconcertantes para los medio creyentes. Nuestro Señor, sin embargo, desea que los hombres sepan que somos Sus discípulos, enviados como Él fue enviado (Juan 17:18 y 20:21). Ellos sabrán esto si nos amamos unos a otros (Juan 13:35). Pero otra prueba se proporciona, y es esta: si nosotros sabemos y ellos ven que «Dios nos oye siempre» (Juan 11:42).

Algunos de nosotros recordamos de inmediato la maravillosa vida de oración de Jorge Müller. En una ocasión, cruzando de Quebec a Liverpool, había orado muy definidamente para que una silla que había encargado por carta a Nueva York llegara a tiempo para alcanzar el vapor, y estaba bastante confiado de que Dios había concedido su petición. Aproximadamente media hora antes de que el vaporcito de pasajeros estuviera programado para llevar a los pasajeros al barco, los agentes le informaron que ninguna silla había llegado, y que no podría posiblemente llegar a tiempo para el vapor. Ahora bien, la Sra. Müller sufría mucho de mareo, y era absolutamente esencial que ella tuviera la silla. Sin embargo, nada pudo inducir al Sr. Müller a comprar otra en una tienda cercana. «Hemos hecho oración especial para que nuestro Padre Celestial se complazca en proveérnosla, y confiaremos en Él para que lo haga», fue su respuesta; y subió a bordo absolutamente seguro de que su confianza no estaba mal puesta, y no fallaría. Justo antes de que el vaporcito partiera, un camión se acercó, y en la parte superior de la carga que llevaba estaba la silla del Sr. Müller. Fue llevada

apresuradamente a bordo y puesta en las manos del mismo hombre que había instado a Jorge Müller a comprar otra. Cuando la entregó al Sr. Müller, este no expresó sorpresa, sino que se quitó tranquilamente el sombrero y dio gracias a su Padre Celestial. Para este hombre de Dios, tal respuesta a la oración no era maravillosa, sino natural. ¿Y no cree usted que Dios permitió que la silla fuera retenida hasta el último minuto como una lección para los amigos del Sr. Müller — y para nosotros? Nunca habríamos oído hablar de ese incidente si no fuera por esa demora.

Dios hace todo lo que puede para inducirnos a orar y a confiar, y sin embargo, ¡cuán lentos somos para hacerlo! ¡Oh, cuánto perdemos por falta de fe y ausencia de oración! Nadie puede tener una comunión muy real y profunda con Dios que no sepa orar de manera tal que obtenga respuestas a la oración.

Si alguien tiene alguna duda sobre la disposición de Dios a ser puesto a prueba, que lea un pequeño libro llamado *Nor Scrip* (Marshall, Morgan and Scott, Ltd.). La señorita Amy Wilson Carmichael nos cuenta en sus páginas cómo una y otra vez «probó a Dios». Uno recibe la impresión del libro de que no fue un accidente lo que la llevó a hacerlo. Seguramente, ¿no estaba la mano de Dios en ello? Por ejemplo, para rescatar a una niña hindú de una vida de vergüenza «religiosa», fue necesario gastar cien rupias. ¿Estaba justificada al hacerlo? Podía ayudar a muchas niñas por tal suma: ¿debía gastarla en una sola? La señorita Wilson Carmichael se sintió guiada a orar para que Dios le enviara la suma exacta de cien rupias — ni más, ni menos — si era Su voluntad que el dinero se gastara de esta manera. El dinero llegó — la cantidad exacta — y quien lo envió explicó que se había sentado a escribir un cheque por una cantidad fraccionaria, pero había sido impulsada a hacerlo por exactamente cien rupias.

Eso sucedió hace más de quince años, y desde entonces esta misma misionera ha puesto a Dios a prueba una y otra vez, y Él nunca le ha fallado. Esto es lo que ella dice: «Ni una sola vez en quince años ha quedado una factura sin pagar; ni una sola vez se le ha dicho a un hombre o a una mujer cuándo necesitábamos ayuda; pero ni una sola vez nos ha faltado cosa buena alguna. Una vez, como para mostrar lo que se podía hacer si fuera necesario, llegaron 25 libras por

telegrama! A veces, un hombre salía de la multitud clamorosa en una estación de ferrocarril, deslizaba algún donativo indispensable de dinero en la mano, y se perdía de nuevo entre la multitud antes de que se pudiera identificar al dador».

¿Es maravilloso? ¡Maravilloso! ¿Por qué, qué dice San Juan, hablando por el Espíritu de Dios? «Y esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye; y si sabemos que Él nos oye, cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos pedido» (1 Juan 5:14, 15). ¿Tenemos tú y yo tal «confianza»? Si no, ¿por qué no?

Lllamarlo maravilloso es mostrar nuestra falta de fe. Es natural para Dios responder la oración: normal, no extraordinario.

El hecho es — seamos completamente honestos y directos al respecto — el hecho es que muchos de nosotros no creemos a Dios. Bien podríamos ser completamente sinceros al respecto. Si amamos a Dios, debemos orar, porque Él quiere que oremos y nos manda orar. Si creemos a Dios, oraremos porque no podemos dejar de hacerlo: no podemos seguir sin ello. Compañero cristiano, tú crees en Dios, y crees en Él (Juan 3:16), pero ¿has avanzado lo suficiente en la vida cristiana como para creerle a Él; es decir, para creer lo que Él dice y todo lo que dice? ¿No suena blasfemo preguntar tal cosa a un cristiano? ¡Sin embargo, cuán pocos creyentes realmente creen a Dios! — ¡Dios nos perdone! ¿Te has dado cuenta alguna vez de que confiamos en la palabra de nuestro prójimo más fácilmente que en la palabra de Dios? ¡Y sin embargo, cuando un hombre realmente «cree a Dios», qué milagros de gracia obra Dios en él y a través de él! Ningún hombre ha vivido que haya sido venerado y respetado por tantos pueblos y lenguas como aquel hombre de quien se nos dice tres veces en el Nuevo Testamento que «creyó a Dios» (Romanos 4:3; Gálatas 3:6; Santiago 2:23). Sí, «Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia». Y hoy, cristiano, judío y musulmán rivalizan entre sí en honrar su nombre. Suplicamos a todo creyente en Cristo Jesús que nunca descansa hasta que pueda decir: «Creo a Dios, y actuaré sobre esa creencia» (Hechos 27:25).

Pero antes de dejar la cuestión de probar a Dios, nos gustaría señalar que a veces Dios nos guía «a probarle». A veces Dios ha puesto en el corazón de la señorita Wilson Carmichael pedir cosas para las cuales ella no veía necesidad. Sin embargo, se sentía impulsada por el Espíritu Santo a pedir. No solo le fueron concedidas, sino que también resultaron ser un beneficio inestimable. Sí, Dios sabe qué cosas necesitamos, ya sea que las queramos o no, antes de que le pidamos (Mateo 6:8). ¿No ha dicho Dios: «No te fallaré de ninguna manera»?

Con frecuencia, la tentación venía a la señorita Wilson Carmichael de dejar que otros supieran de alguna necesidad especial. Pero siempre venía la seguridad interior, como en la misma voz de Dios: «Yo sé, y eso es suficiente». Y, por supuesto, Dios era glorificado. Durante los días difíciles de la guerra, incluso los paganos solían decir: «Su Dios los alimenta». «¿No se sabe en todo el país de alrededor», decía un pagano mundano, «que vuestro Dios oye la oración?»

¡Oh, qué gloria para Dios produjo su simple fe! ¿Por qué no creemos a Dios? ¿Por qué no tomamos a Dios por Su palabra? ¿Dicen alguna vez los creyentes o los incrédulos de nosotros: «Sabemos que vuestras oraciones son contestadas»? ¡Misioneros del mundo entero, escuchad! (¡Oh, que estas palabras pudieran llegar a cada oído y conmover cada corazón!) Es el anhelo profundo de Dios — de nuestro amante Salvador Jesucristo — que cada uno de nosotros tenga la misma fe fuerte que aquella devota misionera de la que estamos hablando.

Nuestro amoroso Padre no desea que ningún hijo Suyo tenga ni un momento de ansiedad ni una necesidad insatisfecha. No importa cuán grande sea nuestra necesidad; no importa cuán numerosos sean nuestros requerimientos, si solo le «probamos» de la manera que Él nos manda, nunca tendremos suficiente espacio para recibir toda la bendición que Él dará (Malaquías 3:10).

¡Oh, cuánta paz a menudo perdemos!

¡Oh, cuánto dolor innecesario soportamos!

Todo porque no llevamos

Todo a Dios en oración;

o todo porque, cuando lo «llevamos», no creemos la palabra de Dios. ¿Por qué nos resulta tan difícil confiar en Él? ¿Nos ha fallado alguna vez? ¿No ha dicho una y otra y otra vez que concederá todas las peticiones ofrecidas de un corazón puro, «en Su nombre»? «Pide de Mí»; «Orad»; «Probadme»; «Ponedme a prueba». La Biblia está llena de respuestas a la oración — respuestas maravillosas, respuestas milagrosas; y sin embargo, de alguna manera nuestra fe nos falla, ¡y deshonramos a Dios desconfiando de Él!

Si nuestra fe fuera pero más simple

Le tomaríamos por Su palabra,

Y nuestras vidas serían todo sol

En las bondades de nuestro Señor.

Pero nuestro ojo debe ser «sencillo» si nuestra fe ha de ser simple y nuestro «cuerpo entero lleno de luz» (Mateo 6:22). Cristo debe ser el único Maestro. No podemos esperar estar libres de ansiedad si estamos tratando de servir a Dios y a las riquezas (Mateo 6:24, 25). ¡De nuevo somos llevados de regreso a la Vida Victoriosa! Cuando de hecho presentamos nuestros cuerpos «en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (Romanos 12:1); cuando presentamos nuestros miembros «como siervos a la justicia y a la santificación» (Romanos 6:19); entonces Él se presenta a Sí mismo a nosotros y nos llena con toda la plenitud de Dios (Efesios 3:19).

Tengamos siempre presente que la fe real no solo cree que Dios puede contestar la oración, sino que Él la contesta. Podemos ser perezosos en la oración, pero «el Señor no tarda en cuanto a Su promesa» (2 Pedro 3:9). ¿No es esa una expresión sorprendente?

Quizás la prueba más extraordinaria de Dios de la que nos habla aquella misionera de Dohnavur es la siguiente. Surgió la cuestión de comprar una casa de descanso en las colinas cercanas. ¿Era lo correcto? Solo Dios podía decidirlo. Se hizo mucha oración. Finalmente, se ofreció la petición de que si era la voluntad de Dios que la casa fuera comprada, se recibiera la suma exacta de 100 libras. Esa

cantidad llegó de inmediato. Sin embargo, aún dudaban. Dos meses después, pidieron a Dios que les diera nuevamente la misma señal de Su aprobación de la compra. Ese mismo día llegó otro cheque por 100 libras. Aun entonces apenas se atrevían a proceder en el asunto. Pocos días después, sin embargo, se recibió otra suma redonda de 100 libras, destinada específicamente para la compra de tal casa. ¿No inunda nuestros corazones de gozo recordar que nuestro bondadoso Salvador es tan amable? Es San Lucas el médico quien nos dice que Dios es bondadoso (Lucas 6:35). El amor siempre es «bondadoso» (1 Corintios 13:4); y Dios es Amor. Piensa en ello cuando ores. Nuestro Señor es «bondadoso». Nos ayudará en nuestras intercesiones. Él soporta con tanta paciencia con nosotros cuando nuestra fe tiembla. «¡Cuán preciosa es Tu misericordia, oh Dios!» (Salmo 36:7); «Tu misericordia es mejor que la vida» (Salmo 63:3).

El peligro es que leemos acerca de una fe tan simple en la oración, y decimos: «¡Qué maravilloso!» y olvidamos que Dios desea que cada uno de nosotros tenga tal fe y tal oración. ¡Dios no tiene favoritos! Él quiere que yo ore; Él quiere que tú ores. Él permite que sucedan tales cosas como las que hemos descrito arriba, y permite que lleguen a nuestro conocimiento, no para sorprendernos, sino para estimularnos. ¡Uno a veces desearía que el pueblo cristiano olvidara todas las reglas hechas por el hombre con las que hemos cercado la oración! Seamos simples. Seamos naturales. Tomemos a Dios por Su palabra. Recordemos que «la bondad de Dios nuestro Salvador, y Su amor hacia los hombres», se ha manifestado (Tito 3:4). Dios a veces guía a los hombres a la vida de oración. Sin embargo, a veces, Dios tiene que conducirnos a tal vida.

Mientras algunos de nosotros miramos atrás sobre nuestra vida comparativamente sin oración, qué escalofrío de asombro y de gozo nos sobreviene al pensar en la bondad y «paciencia de Cristo» (2 Tesalonicenses 3:5). ¿Dónde estaríamos sin eso? Le fallamos, pero, bendito sea Su nombre, Él nunca nos ha fallado, y nunca lo hará. Dudamos de Él, desconfiamos de Su amor y de Su providencia y de Su guía; «desfallecemos a causa del camino»; murmuramos a causa del camino; sin embargo, todo el tiempo Él está ahí bendiciéndonos, y

esperando derramar sobre nosotros una bendición tan grande que no haya espacio para recibirla.

La promesa de Cristo sigue siendo válida: «Cualquier cosa que pidáis en Mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:14).

La oración cambia las cosas — y sin embargo, cuán ciegos

Y lentos somos para gustar y ver

La bendición que viene a aquellos

Que confían en Ti.

Pero de ahora en adelante, simplemente creeremos a Dios.

CAPÍTULO 5: ¿QUÉ ES LA ORACIÓN?

El señor Moody se dirigía una vez a una multitudinaria reunión de niños en Edimburgo. Para captar su atención, comenzó con una pregunta: "¿Qué es la oración?", sin esperar respuesta, pues esperaba darla él mismo.

Para su asombro, decenas de manitas se levantaron por todo el salón. Le pidió a un muchacho que respondiera; y la respuesta llegó al instante, clara y correcta: «La oración es ofrecer nuestros deseos a Dios por cosas agradables a Su voluntad, en el nombre de Cristo, con confesión de nuestros pecados y agradecido reconocimiento de Sus misericordias». El comentario encantado del Sr. Moody fue: «¡Gracias a Dios, muchacho, que naciste en Escocia!». Pero eso fue hace medio siglo. ¿Qué tipo de respuesta obtendría hoy? ¿Cuántos niños ingleses podrían dar una definición de oración? Piensa por un momento y decide qué respuesta darías tú mismo.

¿Qué queremos decir con oración? Creo que la gran mayoría de los cristianos diría: «La oración es pedir cosas a Dios». Pero seguramente la oración es mucho más que meramente "hacer que Dios haga nuestros recados", como alguien lo expresa. Es algo más elevado que el mendigo llamando a la puerta del rico.

La palabra "oración" realmente significa "un deseo dirigido hacia", es decir, hacia Dios. Todo lo que la verdadera oración busca es a Dios mismo, porque con Él obtenemos todo lo que necesitamos. La oración es simplemente "la vuelta del alma hacia Dios". David la describe como el elevar del alma viviente al Dios viviente. «A ti, oh Jehová, levantaré mi alma» (Sal. 25:1). ¡Qué hermosa descripción de la oración es esa! Cuando deseamos que el Señor Jesús contemple nuestras almas, también deseamos que la hermosura de la santidad esté sobre nosotros.

Cuando elevamos nuestras almas a Dios en oración, le damos a Dios la oportunidad de hacer lo que Él quiera en nosotros y con nosotros. Es ponernos a disposición de Dios. Dios siempre está de nuestro lado. Cuando el hombre ora, es la oportunidad de Dios. El poeta dice:

La oración es el anhelo sincero del alma,
Expresado o no expresado,
El movimiento de un fuego oculto
Que tiembla en el pecho.

«La oración», dice un viejo místico judío, «es el momento en que el cielo y la tierra se besan».

La oración, entonces, ciertamente no es persuadir a Dios para que haga lo que nosotros queremos que Dios haga. No es doblegar la voluntad de un Dios renuente a nuestra voluntad. No cambia Su propósito, aunque puede liberar Su poder. «No debemos concebir la oración como superando la renuencia de Dios», dice el Arzobispo Trench, «sino como asiendo Su más alta disposición».

Porque Dios siempre propone nuestro mayor bien. Incluso la oración ofrecida con ignorancia y ceguera no puede desviarlo de eso, aunque, cuando oramos persistentemente por algo dañino, nuestra obstinación puede lograrlo, y sufrimos en consecuencia. «Les dio lo que pidieron», dice el Salmista, «más envió mortandad a sus almas» (Sal. 106:15). Ellos se atraieron esta "mortandad" sobre sí mismos. Fueron "malditos con la carga de una oración concedida".

¡La oración, en la mente de algunas personas, es solo para emergencias! El peligro amenaza, viene la enfermedad, faltan las cosas, surgen dificultades: entonces oran. Como el incrédulo en una mina de carbón: cuando el techo comenzó a derrumbarse, comenzó a orar. Un viejo cristiano que estaba cerca comentó en voz baja: «Sí, no hay nada como los terrones de carbón para hacer orar a un hombre».

La oración es, sin embargo, mucho más que meramente pedir algo a Dios, aunque esa es una parte muy valiosa de la oración, aunque solo sea porque nos recuerda nuestra total dependencia de Dios. También es comunión con Dios: trato con Dios, hablar con (no solo a) Dios. Llegamos a conocer a las personas hablando con ellas. Llegamos a conocer a Dios de manera similar. El resultado más elevado de la oración no es la liberación del mal, o la obtención de alguna

cosa codiciada, sino el conocimiento de Dios. «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero» (Juan 17:3). Sí, la oración descubre más de Dios, y ese es el mayor descubrimiento del alma. Los hombres aún claman: «¡Oh, quién me diera saber dónde hallar a Dios! ¡Iría yo hasta su tribunal!» (Job 23:3).

El cristiano de rodillas siempre lo "encuentra", y es hallado por Él. La visión celestial del Señor Jesús cegó los ojos de Saulo de Tarso en su camino descendente, pero él nos dice, más tarde, que cuando oraba en el templo de Jerusalén cayó en un éxtasis y vio a Jesús. «...y le vi» (Hechos 22:18). Fue entonces cuando Cristo le dio su gran comisión de ir a los gentiles. La visión es siempre precursora de vocación y aventura. Así fue con Isaías. «Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo» (Isa. 6:1). El profeta estaba evidentemente en el santuario orando cuando esto sucedió. Esta visión también fue un preludio a un llamado al servicio: «Ve...». Ahora bien, no podemos tener una visión de Dios a menos que oremos. Y donde no hay visión, el alma perece.

¡Una visión de Dios! El hermano Lorenzo dijo una vez: «La oración no es otra cosa que un sentido de la presencia de Dios» — y eso es precisamente la práctica de la presencia de Dios.

Un amigo de Horace Bushnell estuvo presente cuando ese hombre de Dios oró. Un sentido maravilloso de la cercanía de Dios se apoderó de él. Él dice: «Cuando Horace Bushnell escondió su rostro entre sus manos y oró, tuve miedo de extender mi mano en la oscuridad, no sea que tocara a Dios». ¿Era el Salmista de antaño consciente de tal pensamiento cuando clamó: «Alma mía, en Dios solamente espera»? (Sal. 62:5). Creo que gran parte de nuestro fracaso en la oración se debe al hecho de que no hemos examinado esta cuestión: «¿Qué es la oración?». Es bueno ser conscientes de que siempre estamos en la presencia de Dios. Es mejor contemplarlo en adoración. Pero es lo mejor de todo tener comunión con Él como un Amigo — y eso es oración.

La oración real, en su punto más alto y mejor, revela un alma sedienta de Dios — solo de Dios. La oración real viene de los labios de aquellos cuyo afecto está puesto en las cosas de arriba. Qué hombre de oración fue Zinzendorf. ¿Por qué? Buscaba al Dador más que a Sus dones. Él dijo: «Tengo una pasión: es Él, solo Él». Incluso el mahometano parece haber captado este pensamiento. Él dice que hay tres grados en la oración. El más bajo es el que se habla solo con los labios. El siguiente es cuando, con un esfuerzo resuelto, logramos fijar nuestros pensamientos en las cosas divinas. El tercero es cuando el alma encuentra difícil apartarse de Dios. Por supuesto, sabemos que Dios nos ordena que le "pidamos". Todos le obedecemos hasta ese punto; y podemos estar bien seguros de que la oración agrada a Dios y suple todas nuestras necesidades. ¡Pero sería un niño extraño el que solo buscara la presencia de su padre cuando deseara algún regalo de él! ¿Y no anhelamos todos elevarnos a un nivel más alto de oración que la mera petición? ¿Cómo se ha de hacer?

Me parece que solo dos pasos son necesarios — o diremos, ¿dos pensamientos? Debe haber, en primer lugar, una realización de la gloria de Dios, y luego de su gracia. A veces cantamos:

Gracia y gloria fluyen de Ti;

Rociaré, oh rocíalas, Señor, sobre mí.

Ni es tal deseo fantasioso, aunque algunos puedan preguntar qué tiene que ver la gloria de Dios con la oración.

Pero, ¿no deberíamos recordarnos a nosotros mismos Quién es Aquel a quien oramos? Hay lógica en la copla:

Vienes ante un Rey;

Grandes peticiones trae contigo.

¿Crees que alguno de nosotros pasa suficiente tiempo meditando, sí, y maravillándonos, en la gloria grandísima de Dios? ¿Y supones que alguno de nosotros ha comprendido el significado completo de la palabra "gracia"? ¿No son nuestras oraciones tan a menudo ineficaces y sin poder — y a veces incluso sin

oración — porque nos apresuramos sin pensar y sin preparación a la presencia de Dios, sin realizar la majestad y la gloria del Dios a quien nos acercamos, y sin reflexionar sobre las riquezas grandísimas de Su gloria en Cristo Jesús, de las cuales esperamos echar mano? Debemos "pensar magníficamente de Dios".

¿Podemos entonces sugerir que antes de presentar nuestras peticiones ante Dios, primero moremos en meditación sobre Su gloria y luego sobre Su gracia — porque Él nos ofrece ambas? Debemos elevar el alma a Dios. Coloquémonos, por así decirlo, en la presencia de Dios y dirijamos nuestra oración al Rey de reyes, y Señor de señores, que solo tiene inmortalidad, habitando en luz inaccesible... a quien sea honor y poder eterno (1 Tim. 6:16). Entonces démosle adoración y alabanza por causa de Su gloria grandísima. La consagración no es suficiente. Debe haber adoración.

«Santo, santo, santo, es el Señor de los ejércitos», claman los serafines; «toda la tierra está llena de su gloria» (Isa. 6:3). «Gloria a Dios en las alturas», clama la "multitud de las huestes celestiales" (Lucas 2:14). Sin embargo, algunos de nosotros tratamos de tener comunión con Dios sin detenernos a "quitarnos el calzado de nuestros pies" (Éxodo 3:5).

Los labios claman «Dios, ten misericordia»

Que nunca claman «Dios, sea alabado».

¡Oh venid, adorémosle!

Y podemos acercarnos a Su gloria con confianza. ¿No oró nuestro Señor para que Sus discípulos pudieran contemplar Su gloria? (Juan 17:24). ¿Por qué? ¿Y por qué está "toda la tierra llena de Su gloria"? El telescopio revela Su gloria infinita. El microscopio revela Su gloria más íntima. Incluso el ojo sin ayuda ve una gloria sobrecogedora en el paisaje, el sol, el mar y el cielo. ¿Qué significa todo esto? Estas cosas son solo una revelación parcial de la gloria de Dios. No fue un deseo de autosuficiencia lo que llevó a nuestro Señor a orar: «Padre, glorifica a tu Hijo» ... «Padre, glorifícame tú» (Juan 17:1, 3). Nuestro querido Señor quiere que nos demos cuenta de Su infinita fiabilidad y poder ilimitado, para que podamos acercarnos a Él con fe y confianza simples.

Al anunciar la venida de Cristo, el profeta declaró que "la gloria del Señor será revelada, y toda carne juntamente la verá" (Isa. 40:5). Ahora debemos vislumbrar esa gloria antes de poder orar correctamente. Así que nuestro Señor dijo: «Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos [el reino de la gloria], santificado sea tu nombre». No hay nada como un vislumbre de la gloria para desterrar el miedo y la duda. Antes de ofrecer nuestras peticiones, ¿no nos ayudará ofrecer nuestra adoración con las palabras de alabanza usadas por algunos de los santos de antaño? Algunas almas devotas pueden no necesitar tal ayuda. Se nos dice que Francisco de Asís pasaba frecuentemente una hora o dos en oración en la cima del Monte Averno, mientras que la única palabra que escapaba de sus labios era "Dios" repetida a intervalos. ¡Comenzaba con la adoración — y a menudo se detenía allí!

Pero la mayoría de nosotros necesitamos alguna ayuda para darnos cuenta de la gloria del Dios invisible antes de poder alabarle y adorarle adecuadamente. El viejo William Law dijo: «Cuando comiences a orar, usa tales expresiones de los atributos de Dios que te hagan sensible a Su grandeza y poder».

Este punto es de tan tremenda importancia que nos atrevemos a recordar a nuestros lectores palabras útiles. Algunos de nosotros comenzamos cada día con una mirada hacia el cielo mientras decimos: «Gloria sea al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo». La oración: «¡Oh Señor Dios santísimo, oh Señor poderosísimo, oh santo y misericordioso Salvador!» es a menudo suficiente para traer una solemne reverencia y un espíritu de santa adoración sobre el alma. El *Gloria in Excelsis* del Servicio de la Comunión es sumamente edificante: «Gloria sea a Dios en las alturas, y en la tierra paz... A Ti te alabamos; a Ti te bendecimos; a Ti te adoramos; a Ti te glorificamos; a Ti te damos gracias por Tu gran gloria, oh Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre Todopoderoso». ¿Cuál de nosotros puede desde el corazón pronunciar una alabanza como esa y permanecer inmóvil, inconsciente de la mismísima presencia y maravillosa majestad del Señor Dios Todopoderoso? Un verso de un himno puede servir al mismo propósito.

¡Dios mío, cuán maravilloso eres Tú!

¡Cuán brillante es Tu majestad!
Cuán hermoso es Tu trono de misericordia
En las profundidades de la luz ardiente.
Cuán maravilloso, cuán hermoso
Debe ser la visión de Ti;
Tu sabiduría infinita, poder ilimitado
Y una pureza imponente.

Esto nos lleva a los mismísimos cielos, como también lo hacen las palabras:

Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso,
Todas Tus obras alabarán Tu nombre
En la tierra, y el cielo, y el mar.

Necesitamos clamar, y clamar a menudo: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador» (Lucas 1:46, 47). ¿Podemos captar el espíritu del Salmista y cantar: «Bendice, oh alma mía, al Señor, y bendiga todo mi ser su santo nombre»? (Sal. 103:1). «Bendice, oh alma mía, al Señor. ¡Oh Señor Dios mío, cuán grande eres! Estás vestido de honor y majestad» (Sal. 104:1). ¿Cuándo aprenderemos que «en su templo todo dice: ¡Gloria!» (Sal. 29:9, R.V.)? Clamemos también nosotros: ¡Gloria!

Semejante adoración a Dios, tal adoración, alabanza y acción de gracias, no solo nos ponen en el espíritu de oración, sino que de alguna manera misteriosa ayudan a Dios a obrar en nuestro favor. ¿Recuerdas aquellas palabras maravillosas: «El que ofrece sacrificio de alabanza me glorifica y prepara el camino para que le muestre la salvación de Dios»? (Sal. 50:23, R.V., marg.). La alabanza y la acción de gracias no solo abren las puertas del cielo para que yo me acerque a Dios, sino que también «preparan un camino» para que Dios me bendiga. San Pablo clama: «¡Regocijaos siempre!» antes de decir: «Orad sin cesar». Así que nuestra alabanza, así como nuestras oraciones, debe ser sin cesar.

En la resurrección de Lázaro, la oración de nuestro Señor tuvo como primera expresión una nota de acción de gracias. «Padre, te doy gracias porque me has oído» (Juan 11:41). Lo dijo para que los que estaban alrededor lo oyeran. Sí, y para que nosotros también lo oigamos.

Quizás te estés preguntando por qué debemos dar gracias a Dios especialmente por Su gran gloria cuando nos arrodillamos en oración; y por qué deberíamos pasar tiempo pensando en esa gloria y contemplándola. Pero, ¿no es Él el Rey de Gloria? Todo lo que Él es y todo lo que hace es gloria. Su santidad es «gloriosa» (Éxodo 15:11). Su nombre es glorioso (Deut. 28:58). Su obra es «gloriosa» (Sal. 111:3). Su poder es glorioso (Col. 1:11). Su voz es gloriosa (Isa. 30:30).

*Todas las cosas brillantes y hermosas,
Todas las criaturas grandes y pequeñas,
Todas las cosas sabias y maravillosas,
El Señor Dios las hizo todas,*

para Su gloria.

«Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas; a él sea la gloria por siempre» (Rom. 11:36). Y este es el Dios que nos invita a venir a Él en oración. Este Dios es nuestro Dios, y tiene «dones para los hombres» (Sal. 68:18). Dios dice que todo aquel que es llamado por Su nombre ha sido creado para Su gloria (Isa. 43:7). Su Iglesia ha de ser una Iglesia «gloriosa»: santa y sin mancha (Efesios 5:27). ¿Te has dado cuenta plenamente de que el Señor Jesús desea compartir con nosotros la gloria que vemos en Él? Este es Su gran don para ti y para mí, Sus redimidos. Créeme, cuanto más tengamos de la gloria de Dios, menos buscaremos Sus dones. No solo en aquel día «cuando él venga para ser glorificado en sus santos» (II Tes. 1:10) hay gloria para nosotros, sino aquí y ahora, hoy. Él desea que seamos partícipes de Su gloria. ¿No lo dijo nuestro Señor mismo? «La gloria que me diste, yo les he dado», declara (Juan 17:22). ¿Cuál es el mandamiento de Dios? «Levántate, resplandece, porque ha venido tu

luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti». Más aún: «Su gloria será vista sobre ti», dice el profeta inspirado (Isa. 60:1, 2).

Dios querría que la gente dijera de nosotros lo que San Pedro dijo de los discípulos de antaño: «El Espíritu de gloria y el Espíritu de Dios reposa sobre vosotros» (I Pedro 4:14). ¿No sería esa una respuesta a la mayoría de nuestras oraciones? ¿Podríamos pedir algo mejor? ¿Cómo podemos obtener esta gloria? ¿Cómo hemos de reflejarla? Solo como resultado de la oración. Es cuando oramos que el Espíritu Santo toma de las cosas de Cristo y nos las revela (Juan 16:15).

Fue cuando Moisés oró: «Muéstrame, te ruego, tu gloria», que no solo vio algo de ella, sino que compartió algo de esa gloria, y su propio rostro resplandeció con la luz de ella (Éxodo 33:18; 34:29). Y cuando nosotros también contemplamos la «gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (II Cor. 4:6), no solo veremos un destello de esa gloria, sino que obtendremos algo de ella nosotros mismos.

Ahora bien, eso es oración, y el resultado más alto de la oración. Tampoco hay otra manera de asegurar esa gloria, para que Dios sea glorificado en nosotros (Isa. 60:21).

Meditemos a menudo en la gloria de Cristo: contemplémosla y así reflejémosla y recibámosla. Esto es lo que les sucedió a los primeros discípulos de nuestro Señor. Dijeron con tono de asombro: «¡Hemos contemplado su gloria!» Sí, ¿pero qué siguió? Unos pocos pescadores humildes, sin letras y oscuros, acompañaron a Cristo un poco de tiempo, viendo Su gloria; y he aquí que ellos mismos captaron algo de esa gloria. Y entonces otros se maravillaban y «reconocían que habían estado con Jesús» (Hechos 4:13). Y cuando podamos declarar, con San Juan: «Sí, y nuestra comunión es con el Padre y con Su Hijo Jesucristo» (I Juan 1:3), la gente dirá lo mismo de nosotros: «¡Han estado con Jesús!»

Cuando elevamos nuestra alma en oración al Dios vivo, obtenemos la belleza de la santidad tan seguramente como una flor se vuelve hermosa al vivir bajo la luz del sol. ¿No fue nuestro Señor mismo transfigurado cuando oró? Y la «misma forma» de nuestro rostro cambiará, y tendremos nuestro Monte de la

Transfiguración cuando la oración tenga su lugar legítimo en nuestras vidas. Y los hombres verán en nuestros rostros «la señal externa y visible de una gracia interna y espiritual». Nuestro valor para Dios y para el hombre está en proporción exacta al grado en que revelamos la gloria de Dios a los demás.

Hemos morado tanto en la gloria de Aquel a quien oramos que ahora no debemos hablar de Su gracia.

¿Qué es la oración? Es una señal de vida espiritual. ¡Tendría yo tanta expectativa de vida en un hombre muerto como de vida espiritual en un alma sin oración! Nuestra espiritualidad y nuestra fructificación están siempre en proporción a la realidad de nuestras oraciones. Si, pues, nos hemos extraviado en algún aspecto del hogar en cuanto a la oración, resolvamos hoy: «Me levantaré e iré a mi Padre, y le diré: Padre...»

En este punto dejé mi pluma, y en la página del primer papel que recogí estaban estas palabras: «El secreto del fracaso es que vemos a los hombres más bien que a Dios. El romanismo tembló cuando Martín Lutero vio a Dios. El "gran despertamiento" surgió cuando Jonathan Edwards vio a Dios. El mundo se convirtió en la parroquia de un solo hombre cuando John Wesley vio a Dios. Multitudes fueron salvadas cuando Whitefield vio a Dios. Miles de huérfanos fueron alimentados cuando George Muller vio a Dios. Y Él es "el mismo ayer, hoy y por los siglos"».

¿No es hora de que obtengamos una nueva visión de Dios, de Dios en toda Su gloria? ¿Quién puede decir qué sucederá cuando la Iglesia vea a Dios? Pero no esperemos a los demás. Obtengamos cada uno de nosotros, con rostro descubierto y corazón sin mancha, esta visión de la gloria del Señor.

«Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios» (Mateo 5:8). Ningún misionero que haya tenido el gozo de conocer me impresionó tanto como el Dr. Wilbur Chapman. Escribió a un amigo: «He aprendido algunas grandes lecciones acerca de la oración. En una de nuestras misiones en Inglaterra, las audiencias eran sumamente pequeñas. Pero recibí una nota diciendo que un misionero americano... iba a orar para que la bendición de Dios

descendiera sobre nuestra obra. Era conocido como "Hyde el que Ora". Casi inmediatamente la marea cambió. El salón se llenó por completo, y en mi primera invitación cincuenta hombres aceptaron a Cristo como su Salvador. Al irnos, dije: "Señor Hyde, quiero que usted ore por mí". Vino a mi habitación, giró la llave en la puerta, se arrodilló, y esperó cinco minutos sin que una sola sílaba saliera de sus labios. Podía oír los latidos de mi propio corazón y los suyos. Sentí las lágrimas calientes corriendo por mi rostro. Sabía que estaba con Dios. Entonces, con el rostro levantado, por el cual las lágrimas corrían, dijo: "¡Oh Dios!" Luego, por al menos cinco minutos más, estuvo en silencio de nuevo; y entonces, cuando supo que estaba hablando con Dios... subieron desde lo profundo de su corazón tales peticiones por los hombres como nunca antes había escuchado. Me levanté de mis rodillas para saber lo que era la oración real. Creemos que la oración es poderosa, y lo creemos como nunca antes lo habíamos creído».

El Dr. Chapman solía decir: «Fue un tiempo de oración con Juan Hyde lo que me hizo comprender lo que era la oración real. Le debo más que a ningún otro hombre por mostrarme lo que es una vida de oración y lo que es una vida realmente consagrada. . . . Jesucristo se convirtió en un nuevo Ideal para mí, y tuve un atisbo de Su vida de oración; y tuve un anhelo que ha permanecido hasta el día de hoy de ser un hombre realmente orante». Y Dios el Espíritu Santo puede enseñarnos así.

Oh, vosotros que suspiráis y languidecéis

Y lloráis vuestra falta de poder,

Oíd este suave susurro:

«¿No habéis podido velar una hora?»

Para la fecundidad y la bendición

No hay camino real;

El poder para el servicio santo

Es el trato con Dios.

CAPÍTULO 6: ¿CÓMO ORARÉ?

¿Cómo oraré? ¿Podría haber una pregunta más importante para un hombre cristiano? ¿Cómo me acercaré al Rey de la Gloria?

Cuando leemos las promesas de Cristo acerca de la oración, tendemos a pensar que Él pone un poder demasiado grande en nuestras manos — a menos que, ciertamente, concluyamos apresuradamente que le es imposible actuar como promete. Él dice: pedid «cualquier cosa», «todo lo que», «lo que queráis», y os será hecho.

Pero entonces añade una frase calificativa. Dice que hemos de pedir en Su nombre. Esa es la condición, y la única, aunque, como nos recordaremos más adelante, a veces está expresada con palabras diferentes.

Si, por tanto, pedimos y no recibimos, solo puede ser que no estamos cumpliendo esta condición. Si entonces somos verdaderos discípulos Suyos — si somos sinceros — nos esforzaremos (con infinito esfuerzo, si es necesario) por descubrir exactamente qué significa pedir en Su nombre; y no descansaremos contentos hasta haber cumplido esa condición. Leamos de nuevo la promesa para estar completamente seguros de ello. «Todo lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14:13, 14).

Esto era algo completamente nuevo, porque nuestro Señor lo dijo: «Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre»; pero ahora, «pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo» (Juan 16:24).

Cinco veces nuestro Señor repite esta simple condición: «En mi nombre» (Juan 14:13, 14; 15:16; 16:23, 24, 26). Evidentemente, aquí se implica algo muy importante. Es más que una condición — es también una promesa, un estímulo, porque los mandatos de nuestro Señor son siempre Sus habilitaciones. ¿Qué significa entonces pedir en Su nombre? Debemos saberlo a toda costa, porque es el secreto de todo poder en la oración. Y es posible hacer un mal uso de esas palabras. Nuestro Señor dijo: «Muchos vendrán en mi nombre, diciendo: "Yo soy

el Cristo", y engañarán a muchos» (Mateo 24:5). Bien podría haber dicho: «Y muchos pensarán que están orando al Padre en mi nombre, mientras se engañan a sí mismos».

¿Significa simplemente añadir las palabras «y todo esto lo pedimos en el nombre de Jesucristo» al final de nuestras oraciones?

Muchas personas aparentemente piensan que sí. Pero ¿no habéis oído nunca — u ofrecido — oraciones llenas de voluntad propia y egoísmo que terminaban de esa manera, «por amor de Cristo. Amén»?

Dios no podía responder a las oraciones a las que Santiago se refiere en su epístola, precisamente porque aquellos que las ofrecían añadían: «pedimos estas cosas en el nombre de nuestro Señor Jesucristo». Esos cristianos pedían «mal» (Santiago 4:3). ¡Una oración incorrecta no puede ser hecha correcta por la adición de alguna frase mística!

Y una oración correcta no falla si se omiten tales palabras. ¡No! Es más que una cuestión de palabras. Nuestro Señor está pensando en la fe y en los hechos más que en alguna fórmula. El objetivo principal de la oración es glorificar al Señor Jesús. Hemos de pedir en el nombre de Cristo «para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:13). ¡Escuchad! No hemos de buscar riqueza o salud, prosperidad o éxito, comodidad o confort, espiritualidad o fecundidad en el servicio, simplemente para nuestro propio gozo, avance o popularidad, sino solo por amor a Cristo — para Su gloria. Tomemos tres pasos para un correcto entendimiento de esas importantes palabras, «en mi nombre».

(1) Hay un sentido en el cual algunas cosas se hacen solo «por amor a Cristo» — por causa de Su muerte expiatoria. Aquellos que no creen en la muerte expiatoria de Cristo no pueden orar «en Su nombre». Pueden usar las palabras, pero sin efecto. Porque somos «justificados por su sangre» (Romanos 5:9), y «tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados» (Efesios 1:7; Colosenses 1:14). En estos días en que el unitarismo, bajo su engañoso nombre de Modernismo, ha invadido todas las sectas, es muy importante recordar el lugar y

la obra de la sangre derramada de Cristo, o la «oración» — así llamada — se convierte en un engaño y una trampa.

Ilustremos este punto con una experiencia que ocurrió muy al principio del ministerio del Sr. Moody. La esposa de un juez incrédulo — un hombre de grandes dotes intelectuales — le rogó a Moody que hablara con su esposo. Moody, sin embargo, dudó en discutir con un hombre así, y se lo dijo con toda franqueza. «Pero», añadió, «si alguna vez usted se convierte, ¿prometerá hacérmelo saber?». El juez se rió cínicamente y respondió: «¡Oh, sí! Se lo haré saber bastante rápido si alguna vez me convierto». Moody siguió su camino, confiando en la oración. Ese juez se convirtió, y dentro de un año. Cumplió su promesa y le contó a Moody exactamente cómo sucedió. «Comencé a estar muy inquieto y miserable una noche cuando mi esposa estaba en una reunión de oración. Me fui a la cama antes de que ella volviera a casa. No pude dormir en toda la noche. Levantándome temprano a la mañana siguiente, le dije a mi esposa que no necesitaría desayuno, y me fui a mi oficina. Diciendo a los empleados que podían tomarse un día libre, me encerré en mi despacho privado. Pero me volví cada vez más desdichado. Finalmente, caí de rodillas y le pedí a Dios que perdonara mis pecados, pero no quise decir "por amor de Jesús", porque era unitario y no creía en la expiación. En una agonía de mente, seguí orando: "Oh Dios, perdona mis pecados", pero no vino ninguna respuesta. Por fin, en la desesperación, clamé: "Oh Dios, por amor de Cristo, perdona mis pecados". Entonces encontré paz de inmediato».

Ese juez no tuvo acceso a la presencia de Dios hasta que lo buscó en el nombre de Jesucristo. Cuando vino en el nombre de Cristo, fue oído y perdonado al instante. Sí, orar «en el nombre» del Señor Jesús es pedir las cosas que la sangre de Cristo ha asegurado — «comprado» — para nosotros. Tenemos «confianza para entrar al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús» (Hebreos 10:19). No hay entrada por ningún otro camino.

Pero esto no es todo lo que significan esas palabras «En mi Nombre».

(2) La ilustración más familiar de venir «en el nombre» de Cristo es la de retirar dinero de un banco mediante un cheque. Puedo retirar de mi cuenta

bancaria solo hasta el monto de mi depósito allí. En mi propio nombre, no puedo ir más allá. En el Banco de Inglaterra no tengo dinero alguno, y por lo tanto no puedo retirar nada de allí. Pero supongamos que un hombre muy rico que tiene una gran cuenta allí me da un cheque en blanco con su firma, y me ordena que lo rellene por cualquier cantidad que yo elija. Él es mi amigo. ¿Qué haré? ¿Satisfaré solo mi necesidad presente, o retiraré todo lo que me atreva? Ciertamente no haré nada que ofenda a mi amigo, ni que me rebaje en su estima.

Bueno, algunos nos dicen que el cielo es nuestro banco. Dios es el Gran Banquero, porque «toda buena dádiva y todo don perfecto es de lo alto, que descende del Padre» (Santiago 1:17). Necesitamos un «cheque» con el cual «retirar» de este almacén ilimitado. El Señor Jesús nos da un cheque en blanco en la oración. «Rellénalo», dice Él, «por cualquier cantidad; pide "cualquier cosa", "lo que quieras", y lo tendrás. Presenta tu cheque en Mi nombre, y tu petición será honrada». Permítanme poner esto en palabras de un conocido evangelista de hoy. «Eso es lo que sucede cuando voy al banco del cielo — cuando voy a Dios en oración. No tengo nada depositado allí; no tengo crédito allí; y si voy en mi propio nombre, no obtendré absolutamente nada. Pero Jesucristo tiene crédito ilimitado en el cielo, y me ha concedido el privilegio de ir con Su nombre en mis cheques; y cuando así voy, mis oraciones serán honradas en cualquier medida. Orar, pues, en el nombre de Cristo es orar, no sobre la base de mi crédito, sino del Suyo».

Todo esto es muy deleitable y, en cierto sentido, muy cierto.

Si el cheque fuera girado contra una cuenta del Gobierno, o contra alguna corporación rica, uno podría sentirse tentado a obtener todo lo que pudiera. Pero recuerda que venimos a un Padre amoroso a quien le debemos todo, y a quien amamos con todo nuestro corazón, y a quien podemos venir repetidamente. Al cobrar nuestros cheques en el banco del cielo, deseamos principalmente Su honor y Su gloria. Deseamos hacer solo aquello que es agradable ante Sus ojos. Cobrar algunos de nuestros «cheques» — responder algunas de nuestras oraciones — solo traería deshonra a Su nombre, y descrédito y molestia para nosotros. Es verdad, Sus recursos son ilimitados; pero Su honor es atacable.

¡Pero la experiencia hace innecesaria la argumentación! Querido lector, ¿no hemos — todos nosotros — probado a menudo este método solo para fracasar?

¿Cuántos de nosotros nos atrevemos a decir que nunca hemos salido del banco del cielo sin obtener lo que pedimos, aunque aparentemente hayamos pedido «en el nombre de Cristo»? ¿En qué fallamos? ¿Es porque no buscamos aprender la voluntad de Dios para nosotros? No debemos tratar de exceder Su voluntad.

¿Puedo dar una experiencia personal mía que nunca ha sido contada en público, y que es probablemente bastante única? Sucedió hace más de treinta años, y ahora veo por qué. Es una ilustración tan espléndida de lo que ahora tratamos de aprender acerca de la oración.

Un amigo acomodado, y extremadamente ocupado, deseaba darme una libra para cierto objetivo. Me invitó a su oficina y escribió apresuradamente un cheque por la cantidad. Dobló el cheque y me lo entregó, diciendo: «No lo cruzaré. ¿Quiere hacer el favor de cobrarlo en el banco?» Al llegar al banco, eché un vistazo a mi nombre en el cheque sin molestarme en verificar la cantidad, lo endosé y se lo entregué a un empleado. «Esto es una suma bastante grande para cobrar en ventanilla», dijo, mirándome fijamente. «Sí», respondí riendo, «¡una libra!» «No», dijo el empleado: «esto está extendido por "mil libras"».

¡Y así era! Mi amigo, sin duda, estaba acostumbrado a escribir cheques grandes; y en realidad había escrito «mil» en lugar de «una» libra. Ahora, ¿cuál era mi posición legal? El cheque estaba verdaderamente a su nombre. La firma estaba correcta. Mi endoso estaba correcto. ¿No podía yo exigir las 1,000 libras, siempre que hubiera suficiente en la cuenta? El cheque fue escrito deliberadamente, aunque apresuradamente, y libremente para mí — ¿por qué no habría de tomar el regalo? ¿Por qué no?

Pero estaba tratando con un amigo — un amigo generoso a quien le debía muchas obras de bondad amorosa. Él me había revelado su mente. Yo conocía sus deseos y anhelos.

Él quería darme una libra, y nada más. Yo conocía su intención, su "mente", y de inmediato devolví el cheque demasiado generoso, y a su debido tiempo recibí exactamente una libra, conforme a su voluntad. Si ese donante me hubiera dado un cheque en blanco, el resultado habría sido exactamente el mismo. Él habría esperado que yo escribiera una libra, y mi honor habría estado en juego al hacerlo. ¿Necesitamos sacar la lección? Dios tiene Su voluntad para cada uno de nosotros, y a menos que procuremos conocer esa voluntad, es probable que pidamos "mil", cuando Él sabe que "una" será lo mejor para nosotros. En nuestras oraciones venimos a un Amigo: un Padre amoroso. Le debemos todo. Él nos invita a venir a Él cuando queramos por todo lo que necesitemos. Sus recursos son infinitos.

Pero Él nos manda recordar que solo debemos pedir aquellas cosas que estén de acuerdo con Su voluntad, solo aquello que traiga gloria a Su nombre. Juan dice: «Si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye» (1 Juan 5:14). Así pues, nuestro Amigo nos da un cheque en blanco y nos deja que completemos "cualquier cosa"; pero Él sabe que si verdaderamente Lo amamos, nunca anotaremos, nunca pediremos, cosas que Él no esté dispuesto a darnos, porque nos serían perjudiciales.

Quizás en la mayoría de nosotros la falta está en la dirección opuesta. Dios nos da un cheque en blanco y dice: *Pide una libra*, ¡y pedimos un chelín! ¿No se habría sentido insultado mi amigo si lo hubiera tratado así? ¿Pedimos lo suficiente? ¿Nos atrevemos a pedir "conforme a Sus riquezas en gloria"?

El punto en el que estamos meditando, sin embargo, es este: no podemos estar seguros de que estamos orando "en Su nombre" a menos que aprendamos Su voluntad para nosotros.

(3) Pero incluso ahora no hemos agotado el significado de aquellas palabras: "En Mi nombre". Todos sabemos lo que es pedir algo "en el nombre" de otro. Pero tenemos mucho cuidado de no permitir que cualquiera use nuestro nombre si no es digno de confianza, no sea que abuse de nuestra confianza y desacredite nuestro nombre. Giezi, el siervo de confianza, usó deshonestamente el nombre de

Eliseo cuando corrió tras Naamán. En el nombre de Eliseo obtuvo riquezas, pero también heredó una maldición por su maldad.

Un empleado de confianza a menudo usa el nombre de su empleador y maneja grandes sumas de dinero como si fueran suyas. Pero esto solo lo hace mientras se le considere digno de tal confianza. Y usa el dinero para su amo, no para sí mismo. Todo nuestro dinero pertenece a nuestro Amo, Cristo Jesús. Podemos ir a Dios por provisiones en Su nombre si usamos todo lo que recibimos para Su gloria.

Cuando voy a cobrar un cheque pagadero a mi nombre, el banquero se satisface plenamente si la firma de su cliente es auténtica y si yo soy la persona autorizada para recibir el dinero. No pide referencias sobre mi carácter. No tiene ningún derecho a preguntar si soy digno de recibir el dinero o de que se me confíe para usarlo correctamente. No ocurre así con el Banco del Cielo. Ahora bien, este es un punto de suma importancia. No se apresure a pasar por alto lo que ahora se va a decir.

Cuando voy al banco del cielo en el nombre del Señor Jesús, con un cheque girado sobre las inescrutables riquezas de Cristo, Dios exige que yo sea un receptor digno. No "digno" en el sentido de que yo pueda merecer o merezca algo de un Dios santo, sino digno en el sentido de que busco el don no para mi propia gloria o interés personal, sino solo para la gloria de Dios.

De lo contrario, puedo orar y no recibir. «Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites» (Santiago 4:3, R.V.).

El Gran Banquero Celestial no nos cobrará los cheques si nuestros motivos no son correctos. ¿No es esta la razón por la que tantos fracasan en la oración? El nombre de Cristo es la revelación de Su carácter.

Orar "en Su nombre" es orar en Su carácter, como Su representante enviado por Él: es orar por Su Espíritu y según Su voluntad; tener Su aprobación en nuestra petición, buscar lo que Él busca, pedir ayuda para hacer lo que Él mismo desearía que se hiciera, y desear hacerlo no para nuestra propia glorificación, sino solo para Su gloria. Para orar "en Su nombre" debemos tener identidad de

intereses y propósito. El yo y sus metas y deseos deben estar completamente controlados por el Espíritu Santo de Dios, de modo que nuestras voluntades estén en completa armonía con la voluntad de Cristo.

Debemos alcanzar la actitud de San Agustín cuando clamó: «Oh Señor, concédeme hacer Tu voluntad como si fuera mi voluntad, para que Tú hagas mi voluntad como si fuera Tu voluntad».

Hijo de Dios, ¿parece esto hacer que la oración "en Su nombre" esté totalmente fuera de nuestro alcance? Esa no fue la intención de nuestro Señor. ¡Él no se está burlando de nosotros! Hablando del Espíritu Santo, nuestro Señor usó estas palabras: «El Consolador... a quien el Padre enviará en mi nombre» (Juan 14:26). Ahora bien, nuestro Salvador quiere que seamos tan controlados por el Espíritu Santo que podamos actuar en el nombre de Cristo. «Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios» (Romanos 8:14). Y solo los hijos pueden decir: "Padre nuestro".

Nuestro Señor dijo de Saulo de Tarso: «Instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel» (Hechos 9:15). No *a* ellos, sino *delante de* ellos. Así dice San Pablo: «Agradó a Dios revelar a su Hijo en mí». No podemos orar en el nombre de Cristo a menos que llevemos ese nombre delante de la gente. Y esto solo es posible mientras permanezcamos "en" Él y Sus palabras permanezcan en nosotros. Así llegamos a esto: a menos que el corazón esté bien, la oración debe estar mal.

Cristo dijo: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Juan 15:7).

Esas tres promesas son realmente idénticas: expresan el mismo pensamiento con diferentes palabras. Mírelas:

Pedid cualquier cosa en mi nombre, y lo haré (Juan 14:13, 14).

Pedid lo que queráis (si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros), *y os será hecho* (Juan 15:7).

Pedid cualquier cosa, conforme a su voluntad, tenemos las peticiones (1 Juan 5:14).

Y podríamos resumirlas todas en las palabras de San Juan: «Cualquier cosa que pidiéremos, la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3:22). ¡Cuando hacemos lo que Él manda, Él hace lo que pedimos! Escuche a Dios y Dios lo escuchará a usted. Así nuestro Señor nos da "poder notarial" sobre Su reino, el reino de los cielos, si solo cumplimos la condición de permanecer en Él.

¡Oh, qué maravilla es esta! ¡Cuán ansiosa y fervientemente deberíamos buscar conocer Su "mente", Su deseo, Su voluntad! ¡Cuán asombroso es que cualquiera de nosotros, por nuestra propia búsqueda de intereses personales, perdamos tales riquezas inescrutables! Sabemos que la voluntad de Dios es lo mejor para nosotros. Sabemos que Él anhela bendecirnos y hacernos una bendición. Sabemos que seguir nuestra propia inclinación es absolutamente seguro que nos dañará y nos herirá a nosotros y a aquellos a quienes amamos. Sabemos que apartarnos de Su voluntad para nosotros es buscar el desastre. Oh hijo de Dios, ¿por qué no confiamos en Él plena y completamente? Aquí estamos, entonces, una vez más confrontados cara a cara con una vida de santidad. Vemos con la máxima claridad que el llamado de nuestro Salvador a la oración es simplemente un llamamiento de trompeta a la santidad. «¡Sed santos!» porque sin santidad nadie puede ver a Dios, y la oración no puede ser eficaz.

Cuando confesamos que "nunca recibimos respuestas a nuestras oraciones", estamos condenando no a Dios, ni a Sus promesas, ni al poder de la oración, sino a nosotros mismos. No hay mayor prueba de espiritualidad que la oración. El hombre que intenta orar descubre rápidamente exactamente dónde se encuentra ante los ojos de Dios.

A menos que estemos viviendo la Vida Victoriosa, no podemos orar verdaderamente "en el nombre" de Cristo, y nuestra vida de oración necesariamente será débil, intermitente y con frecuencia infructuosa.

Y "en Su nombre" debe ser "conforme a Su voluntad". Pero, ¿podemos conocer Su voluntad? Ciertamente podemos. San Pablo no solo dice: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús...» (Filipenses 2:5); también declara audazmente: «Nosotros tenemos la mente de Cristo» (1 Corintios 2:16). ¿Cómo, entonces, podemos llegar a conocer la voluntad de Dios?

Recordaremos que «El secreto de Jehová es para los que le temen» (Salmo 25:14, R.V.).

En primer lugar, no debemos esperar que Dios nos revele Su voluntad a menos que deseemos conocer esa voluntad y tengamos la intención de hacer esa voluntad. El conocimiento de la voluntad de Dios y la realización de esa voluntad van juntos. Somos propensos a desear conocer la voluntad de Dios para poder decidir si obedeceremos o no. Tal actitud es desastrosa. «Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina» (Juan 7:17, R.V.).

La voluntad de Dios se revela en Su Palabra, en las Sagradas Escrituras. Lo que Él promete en Su Palabra, puedo saber que es conforme a Su voluntad.

Por ejemplo, puedo pedir con confianza sabiduría, porque Su Palabra dice: «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios... y le será dada» (Santiago 1:5). No podemos ser hombres de oración prevalente a menos que estudiemos la Palabra de Dios para descubrir Su voluntad para nosotros.

Pero es el Espíritu Santo de Dios quien es el gran Ayudador de la oración. Lea de nuevo aquellas maravillosas palabras de San Pablo: «Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues no sabemos qué orar como conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles; y el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos» (Romanos 8:26, 27; Weymouth).

¡Qué palabras tan consoladoras! La ignorancia y la impotencia en la oración son realmente cosas benditas si nos lanzan sobre el Espíritu Santo. ¡Bendito sea el nombre del Señor Jesús! No tenemos excusa. Orar debemos: orar podemos.

Recuerde que nuestro Padre Celestial está comprometido a dar el Espíritu Santo a los que se lo piden (Lucas 11:13), y cualquier otra "cosa buena" también (Mateo 7:11).

Hijo de Dios, has orado a menudo. Sin duda, a menudo has lamentado tu debilidad y flojedad en la oración. Pero, ¿has orado realmente en Su nombre?

Es cuando hemos fallado y no sabemos "qué orar" ni "cómo conviene", que el Espíritu Santo es prometido como nuestro Ayudador.

¿No vale la pena estar total y sinceramente entregado a Cristo? El cristiano a medias es de muy poca utilidad tanto para Dios como para el hombre. Dios no puede usarlo, y el hombre no tiene uso para él, sino que lo considera un hipócrita. Un solo pecado permitido en la vida destruye de inmediato nuestra utilidad y nuestro gozo, y roba a la oración de su poder.

Amado, hemos vislumbrado de nuevo la gracia y la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Él está dispuesto y esperando compartir con nosotros tanto Su gloria como Su gracia. Él está dispuesto a hacernos canales de bendición. ¿No adoraremos a Dios en sinceridad y verdad, y clamaremos con anhelo y seriedad: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» (Hechos 22:10, R.V.), y luego, en el poder de Su fuerza, lo haremos?

San Pablo una vez elevó esa oración al cielo: "¿Qué haré?" ¿Qué respuesta obtuvo? ¡Escuche! Él nos cuenta en su consejo a los creyentes de todas partes lo que significó para él, y debería significar para nosotros: «Amados, vestíos... de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia;... y sobre todas estas cosas vestíos de amor, y que la paz de Cristo gobierne en vuestros corazones... Que la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros con toda sabiduría... Y todo lo que hagáis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Colosenses 3:12-17).

Solo cuando todo lo que hacemos se hace en Su nombre, Él hará todo lo que pidamos en Su nombre.

CAPÍTULO 7: ¿DEBO AGONIZAR?

LA ORACIÓN se mide, no por el tiempo, sino por la intensidad. Las almas sinceras que leen acerca de hombres como Praying Hyde se preguntan hoy con ansiedad: «¿Se espera que yo ore así?»

Oyen hablar de otros que a veces permanecen de rodillas ante Dios todo el día o toda la noche, rechazando la comida y desdeñando el sueño, mientras oran y oran y oran. Naturalmente se preguntan: «¿Debemos hacer lo mismo? ¿Debemos todos seguir sus ejemplos?» Debemos recordar que aquellos hombres de oración no oraban por tiempo. Continuaban tanto tiempo en oración porque no podían dejar de orar.

Algunos se han atrevido a pensar que en lo que se ha dicho en capítulos anteriores he insinuado que todos debemos seguir en su estela. Hijo de Dios, no dejes que tal pensamiento — ¿tal temor? — te angustie. Solo sé dispuesto a hacer lo que Él quiera que hagas — lo que Él te guíe a hacer. Piensa en ello; ora al respecto. El Señor Jesús nos manda orar a nuestro amoroso Padre Celestial. A veces cantamos: «Oh, ¡cómo Él ama!» Y nada puede sondear ese amor.

La oración no se nos da como una carga que soportar, o un deber molesto que cumplir, sino para ser un gozo y un poder sin límites. Se nos da para que «hallemos gracia para el oportuno socorro» (Heb. 4:16, R.V.). Y cada momento es un «tiempo de necesidad». «Orad» es una invitación que debe aceptarse más que un mandato que debe obedecerse. ¿Es una carga para un niño venir a su padre a pedir algún favor? ¡Cómo ama un padre a su hijo y busca su mayor bien! ¡Cómo protege a ese pequeñito de cualquier tristeza, dolor o sufrimiento! Nuestro Padre Celestial nos ama infinitamente más que cualquier padre terrenal. El Señor Jesús nos ama infinitamente más que cualquier amigo terrenal. Dios me perdone si alguna de mis palabras, sobre un tema tan precioso como la oración, ha herido los corazones o las conciencias de aquellos que anhelan saber más acerca de la oración. «Vuestro Padre celestial sabe», dijo nuestro Señor: y si Él sabe, solo podemos confiar y no tener miedo.

Un maestro de escuela puede culpar a un niño por la tarea descuidada, o la asistencia impuntual, o las ausencias frecuentes; pero el padre amoroso en el hogar lo sabe todo. Él sabe todo acerca del servicio devoto del pequeño muchacho en el círculo del hogar, donde la enfermedad o la pobreza ponen tantas tareas amorosas en su camino. Nuestro querido y amoroso Padre lo sabe todo acerca de nosotros. Él ve. Él sabe cuán poco tiempo libre tienen algunos de nosotros para períodos prolongados de oración.

Para algunos de nosotros, Dios hace el tiempo libre. Él nos hace descansar (Sal. 23:2) para hacernos mirar hacia arriba. Aun así, la debilidad del cuerpo a menudo impide la oración prolongada. Sin embargo, dudo que alguno de nosotros, por grandes y razonables que sean nuestras excusas, dedique suficiente pensamiento a nuestras oraciones. Algunos de nosotros estamos obligados a ser mucho en oración. Nuestro mismo trabajo lo demanda. Puede que se nos considere líderes espirituales; puede que tengamos el bienestar espiritual o la formación de otros. ¡Dios no permita que pequemos contra el Señor dejando de orar lo suficiente por ellos (I Sam. 12:23)! Sí, para algunos, es nuestro mismo negocio — casi el trabajo de nuestra vida — orar. Otros —

Tienen amigos que les causan dolor,

Pero no han buscado un Amigo en Él.

Por ellos no podemos dejar de orar. Si tenemos la carga de las almas sobre nosotros, nunca preguntaremos: «¿Cuánto tiempo necesito orar?»

¡Pero qué bien conocemos las dificultades que rodean la vida de oración de muchos! Un pequeño montón de cartas yace ante mí mientras escribo. Están llenas de excusas, y protestas amables, y razonamientos, es cierto. ¿Pero es esa la razón por la que fueron escritas? ¡No! ¡No! Lejos de ello. En cada una de ellas hay una corriente subyacente de profundo anhelo por conocer la voluntad de Dios, y cómo obedecer el llamado a la oración en medio de las innumerables demandas de la vida.

Esas cartas hablan de muchos que no pueden apartarse de otros para tener momentos de oración secreta; de aquellos que comparten incluso los

dormitorios; de madres ocupadas, y sirvientas, y amas de casa que apenas saben cómo arreglárselas con el lavado y la cocina interminables, el remiendo y la limpieza, las compras y las visitas; de trabajadores cansados que están demasiado agotados para orar cuando termina el trabajo del día.

Hijo de Dios, nuestro Padre Celestial lo sabe todo. Él no es un capataz. Él es nuestro Padre. Si no tienes tiempo para orar, o ninguna oportunidad de oración secreta, pues, simplemente cuéntaselo todo — ¡y descubrirás que estás orando!

Para aquellos que parecen incapaces de conseguir soledad alguna, o incluso la oportunidad de escabullirse a una iglesia tranquila por unos momentos, ¿podemos señalar la maravillosa vida de oración de San Pablo? ¿Se te ha ocurrido alguna vez que estaba en prisión cuando escribió la mayoría de esas oraciones maravillosas tuyas que poseemos? Imagínalo. Estaba encadenado a un soldado romano día y noche, y nunca estaba solo ni por un momento. Epafras estuvo allí parte del tiempo, y captó algo de la pasión de su maestro por la oración. San Lucas puede haber estado allí. ¡Qué reuniones de oración! Sin oportunidad para la oración secreta. ¡No! Pero, ¿cuánto le debemos a la elevación de aquellas manos encadenadas? Tú y yo podemos no estar nunca, o rara vez, solos, pero al menos nuestras manos no están sujetas con cadenas, y nuestros corazones no están sujetos, ni nuestros labios.

¿Podemos hacer tiempo para orar? Puedo estar equivocado, pero mi propia creencia es que no es la voluntad de Dios para la mayoría de nosotros — y quizás para ninguno de nosotros — pasar tanto tiempo en oración como para dañar nuestra salud física por no dormir o comer lo suficiente. Para muchos es una imposibilidad física, debido a la debilidad corporal, permanecer mucho tiempo en el espíritu de oración intensa.

La postura en la que oramos es irrelevante. Dios escuchará ya sea que nos arrodillemos, o estemos de pie, o sentados, o caminemos, o trabajemos.

Soy muy consciente de que muchos han testificado que Dios a veces da fuerza especial a aquellos que recortan sus horas de descanso para orar más. En un tiempo, el escritor intentó levantarse muy temprano en la mañana — y cada

mañana — para orar y tener comunión con Dios. Después de un tiempo, descubrió que su trabajo diario sufría en intensidad y eficacia, y que era difícil mantenerse despierto durante las primeras horas de la noche. Pero, ¿oramos tanto cómo podríamos? Es un pesar duradero para mí el haber permitido que los días de juventud y vigor pasaran sin poner más énfasis en aquellas horas tempranas de oración.

Ahora, el mandato inspirado es suficientemente claro: «Orad sin cesar» (I Tes. v:17). Nuestro querido Señor dijo: «Los hombres deben orar siempre, y no desmayar» — «y nunca perder el corazón» (Weymouth) (Lucas 28:1).

Esto, por supuesto, no puede significar que debamos estar siempre de rodillas. Estoy convencido de que Dios no desea que descuidemos el trabajo legítimo para orar. Pero es igualmente cierto que podríamos trabajar mejor y hacer más trabajo si dedicáramos menos tiempo al trabajo y más a la oración.

Trabajemos bien. Hemos de ser «no perezosos en lo que requiere diligencia» (Rom. 12:11). San Pablo dice: «Os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más; y que... hagáis vuestros propios negocios, y trabajéis con vuestras manos... a fin de que andéis honradamente... y no tengáis necesidad de nada» (I Tes. iv:11, 12). «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma» (II Tes. 3:10).

Pero, ¿no hay oportunidades sin fin durante cada día de «levantar manos santas» — o al menos corazones santos — en oración a nuestro Padre? ¿Aprovechamos la oportunidad, al abrir los ojos en cada nuevo día, de alabar y bendecir a nuestro Redentor? Cada día es un día de Pascua para el cristiano. Podemos orar mientras nos vestimos. Sin un recordatorio, a menudo lo olvidaremos. Pega un trozo de papel de estampillas en la esquina de tu espejo, con las palabras: «Orad sin cesar». Pruébalo. Podemos orar mientras pasamos de un deber a otro. A menudo podemos orar en nuestro trabajo. El lavado y la escritura, el remiendo y el cuidado, la cocina y la limpieza se harán mucho mejor por ello.

¿No trabajan y juegan mejor los niños, tanto jóvenes como mayores, cuando algún ser querido los está mirando? ¿No nos ayudará recordar siempre que el

Señor Jesús está siempre con nosotros, mirando? Sí, y ayudando. La misma conciencia de Su ojo sobre nosotros será la conciencia de Su poder dentro de nosotros.

¿No crees que San Pablo tenía en mente esta oración habitual más que los tiempos fijos de oración cuando dijo: «El Señor está cerca» — es decir, está cerca (Weymouth). «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias» (Fil. iv:5, 6)? ¿No sugiere «en todo» que, conforme una cosa tras otra nos sobreviene, momento a momento, deberíamos hacer de ello, allí mismo, una «cosa» de oración y alabanza al Señor que está cerca? (¿Por qué deberíamos limitar esta «cercanía» a la Segunda Venida?)

Qué pensamiento bendito: la oración es a un Dios cercano. Cuando nuestro Señor envió a Sus discípulos a trabajar, dijo: «He aquí, yo estoy con vosotros todos los días».

Sir Thomas Browne, el célebre médico, había captado este espíritu. Hizo un voto «de orar en todos los lugares donde la quietud lo invitara; en cualquier casa, camino o calle; y de no conocer ninguna calle en esta ciudad que no pueda dar testimonio de que no me he olvidado de Dios y de mi Salvador en ella; y que ningún pueblo o parroquia donde haya estado pueda no decir lo mismo. Tomar ocasión de orar ante la vista de cualquier iglesia que vea mientras cabalga. Orar diaria y particularmente por mis pacientes enfermos, y por todos los enfermos, bajo cuyo cuidado estén. Y a la entrada de la casa del enfermo decir: "La paz y la misericordia de Dios sean sobre esta casa". Después de un sermón, hacer una oración y desear una bendición, y orar por el ministro».

Pero cuestionamos si esta comunión habitual con nuestro bendito Señor es posible a menos que tengamos tiempos — ya sean largos o breves — de oración definida. ¿Y qué de estas temporadas de oración? Hemos dicho antes que la oración es tan simple como un niño pequeño pidiendo algo a su padre. Tampoco necesitaría tal observación ningún comentario adicional, si no fuera por la existencia del maligno.

No hay duda alguna de que el diablo se opone a nuestro acercamiento a Dios en oración, y hace todo lo que puede para prevenir la oración de fe. Su principal manera de obstaculizarnos es tratar de llenar nuestras mentes con el pensamiento de nuestras necesidades, para que no estén ocupadas con pensamientos de Dios, nuestro amoroso Padre, a quien oramos. Él quiere que pensemos más en el don que en el Dador. El Espíritu Santo nos guía a orar por un hermano. Llegamos hasta «Oh Dios, bendice a mi hermano» — ¡y nuestros pensamientos se van hacia el hermano, y sus asuntos, y sus dificultades, sus esperanzas y sus temores, y la oración se va!

¡Cuán difícil hace el diablo que nos concentremos en Dios! Esta es la razón por la que instamos a la gente a obtener una realización de la gloria de Dios, y el poder de Dios, y la presencia de Dios, antes de ofrecer cualquier petición. Si no hubiera diablo, no habría dificultad en la oración, pero es el objetivo principal del maligno hacer la oración imposible. Es por eso que la mayoría de nosotros encontramos difícil simpatizar con aquellos que profesan condenar lo que llaman «vanas repeticiones» y «palabrería» en la oración — citando las palabras de nuestro Señor en su sermón del monte.

Un vicario prominente de Londres dijo muy recientemente: «Dios no desea que desperdiciemos ni Su tiempo ni el nuestro con oraciones largas. Debemos ser prácticos en nuestros tratos con Dios, y simplemente decirle clara y brevemente lo que queremos, y dejar el asunto ahí». Pero, ¿piensa nuestro amigo que la oración es meramente informar a Dios de nuestras necesidades? Si eso es todo lo que hay en ello, pues, ¡no hay necesidad de orar! «Porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que le pidáis», dijo nuestro Señor al instar a los discípulos a orar.

Somos conscientes de que Cristo mismo condenó algunas «largas oraciones» (Mat. 23:14). Pero eran oraciones largas hechas «para hacer apariencia», «para ser vistos» (Lucas 20:47). Queridos hermanos que oran, creedme, el Señor condenaría igualmente muchas de las «largas oraciones» hechas cada semana en algunas de nuestras reuniones de oración — oraciones que matan la reunión de

oración, y que terminan con una súplica para que Dios escuche estos «débiles suspiros» o «indignas expresiones».

Pero Él nunca condena las oraciones largas que son sinceras. No olvidemos que nuestro Señor a veces pasaba noches enteras en oración. Se nos cuenta de una de ellas — no sabemos con qué frecuencia ocurrían (Lucas 6:12). A veces se levantaba «muy de mañana, siendo aún muy oscuro» y se iba a un lugar solitario para orar (Marcos 1:35). El Hombre perfecto pasó más tiempo en oración que nosotros. Parecería un hecho indudable que con los santos de Dios en todas las edades, las noches de oración con Dios han sido seguidas por días de poder con los hombres.

Tampoco nuestro Señor se excusó de la oración — como nosotros, en nuestra ignorancia, podríamos pensar que Él podría haber hecho — debido a los llamados apremiantes al servicio y las ilimitadas oportunidades de utilidad. Después de uno de Sus días más ocupados, en un momento en que Su popularidad estaba en su punto más alto, justo cuando todos buscaban Su compañía y Su consejo, les dio la espalda a todos y se retiró a un monte para orar (Mat. 24:23).

Se nos dice que una vez «grandes multitudes se reunieron para oírle, y para ser sanados de sus enfermedades». Entonces viene la observación: «Pero Jesús mismo se retiraba constantemente al desierto, y allí oraba» (Lucas 5. 15, 16, Weymouth). ¿Por qué? Porque Él sabía que la oración era entonces mucho más potente que el «servicio».

Decimos que estamos demasiado ocupados para orar. Pero cuanto más ocupado estaba nuestro Señor, más oraba. A veces no tenía tiempo ni para comer (Marcos 3. 20); y a veces no tenía tiempo para el descanso y el sueño necesarios (Marcos 6. 31). Sin embargo, Él siempre tomaba tiempo para orar. Si la oración frecuente, y, a veces, las largas horas de oración, eran necesarias para nuestro Salvador, ¿son menos necesarias para nosotros?

No escribo para persuadir a la gente a estar de acuerdo conmigo: eso es un asunto muy pequeño. Solo queremos saber la verdad. Spurgeon dijo una vez: «No hay necesidad de que andemos con rodeos, sin decirle al Señor claramente lo que

es que anhelamos de Sus manos. Tampoco será digno de nosotros hacer ningún intento de usar un lenguaje fino; sino pidamos a Dios de la manera más simple y directa exactamente las cosas que queremos. . . . Creo en las oraciones de negocios. Me refiero a oraciones en las que tomas a Dios una de las muchas promesas que Él nos ha dado en Su Palabra, y esperas que se cumpla tan ciertamente como esperamos que se nos dé el dinero cuando vamos al banco a cobrar un cheque. No deberíamos pensar en ir allí, holgazaneando sobre el mostrador charlando con los empleados sobre todo tema concebible excepto la única cosa para la cual habíamos ido al banco, y luego irnos sin la moneda que necesitábamos; sino que deberíamos presentar al empleado la promesa de pagar al portador una cierta suma, decirle en qué forma deseábamos tomar la cantidad, contar el efectivo después de él, y luego seguir nuestro camino para atender otros negocios. Eso es solo una ilustración del método en el cual deberíamos obtener suministros del Banco del Cielo». ¡Espléndido!

Pero, ¿—? Ciertamente seamos definidos en la oración; ciertamente dejemos a un lado la elocuencia — ¡si es que tenemos alguna! Ciertamente evitemos la «charla» innecesaria, y vengamos con fe, esperando recibir.

Pero, ¿me pasaría el empleado del banco el dinero por el mostrador tan fácilmente si estuviera a mi lado un rufián poderoso, de aspecto malvado y bien armado, a quien él reconociera como un criminal desesperado que espera arrebatarse el dinero antes de que mis débiles manos puedan sujetarlo? ¿No esperaría hasta que el rufián se hubiera ido? Esta no es una imagen fantasiosa. La Biblia nos enseña que, de una manera u otra, Satanás puede obstaculizar nuestras oraciones y retrasar la respuesta. ¿No insta San Pedro ciertas cosas a los cristianos, para que sus «oraciones no sean estorbadas»? (1 Pedro 3. 7). Nuestras oraciones pueden ser estorbadas. «Entonces viene el maligno y arrebató lo que fue sembrado en el corazón» (Mateo 13. 19, R.V.).

La Escritura nos da un ejemplo — probablemente solo uno entre muchos — donde el maligno realmente retuvo — retrasó — por tres semanas una respuesta a la oración. Solo mencionamos esto para mostrar la necesidad de la oración repetida, la persistencia en la oración, y también para llamar la atención al poder

extraordinario que Satanás posee. Nos referimos a Daniel 10. 12, 13: «No temas, Daniel, porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender, y a humillarte delante de Dios, tus palabras fueron oídas; y yo he venido por causa de tus palabras. Pero el príncipe del reino de Persia se me opuso veintiún días. Pero he aquí, Miguel, uno de los principales príncipes, vino a ayudarme».

No debemos pasar por alto esta oposición satánica y obstáculo a nuestras oraciones. Si hubiéramos de contentarnos con pedir a Dios solo una vez por alguna cosa prometida o que consideráramos necesaria, estos capítulos nunca se habrían escrito. ¿No hemos de preguntar nunca más? Por ejemplo, sé que Dios no quiere la muerte del pecador. Así que vengo con valentía en oración: «Oh Dios, salva a mi amigo». ¿No he de preguntar nunca más por su conversión? George Muller oró diariamente — y más a menudo — durante sesenta años por la conversión de un amigo. Pero, ¿qué luz arroja la Biblia sobre las oraciones «de negocios»? Nuestro Señor dio dos parábolas para enseñar la persistencia y la constancia en la oración. El hombre que pidió tres panes a su amigo a medianoche recibió tantos como necesitaba «por su importunidad» — o persistencia (Weymouth), es decir, su «desvergüenza», como la palabra significa literalmente (Lucas 11. 8). La viuda que «molestó» al juez injusto con su «continua venida» finalmente obtuvo reparación. Nuestro Señor añade: «¿Y no vengará Dios a sus escogidos, que claman a él día y noche, aunque sea longánimo para con ellos?» (Lucas 18. 7, R.V.)

¡Cuán complacido estaba nuestro Señor con la pobre mujer sirofenicia que no aceptaba negativas ni rechazos como respuesta! Debido a su continua petición, Él dijo: «Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres» (Mateo 15. 28). Nuestro querido Señor, en Su agonía en Getsemaní, encontró necesario repetir incluso Su oración. «Y dejándolos, se fue y oró por tercera vez, diciendo otra vez las mismas palabras» (Mateo 26. 44). Y encontramos a San Pablo, el apóstol de la oración, pidiendo a Dios una y otra vez que quitara su espina en la carne. «Respecto a lo cual», dice, «tres veces rogué al Señor que lo quitara de mí» (2 Corintios 12. 8).

Dios no siempre puede conceder nuestras peticiones inmediatamente. A veces no estamos preparados para recibir el don. A veces Él dice «No» para darnos algo mucho mejor. Piensa también en los días cuando San Pedro estaba en prisión. Si tu hijo estuviera injustamente encarcelado, esperando la muerte en cualquier momento, ¿estarías — podrías — contento con orar solo una vez, una oración «de negocios»: «Oh Dios, libra a mi hijo de las manos de estos hombres»? ¿No estarías muy dedicado a la oración y muy ferviente?

Así es como la Iglesia oró por San Pedro. «Larga y ferviente oración fue ofrecida a Dios por la Iglesia en su favor» (Hechos 12. 5, Weymouth). Los estudiantes de la Biblia habrán notado que la traducción de la versión A.V., «sin cesar», lee «fervientemente» en la R.V. El Dr. Torrey señala que ninguna de las dos traducciones da la fuerza completa del griego. La palabra significa literalmente «estirada-mente». Representa el alma en la tensión del deseo ferviente e intenso. Oración intensa fue hecha por San Pedro. La misma palabra se usa de nuestro Señor en Getsemaní: «Y estando en agonía, oraba más intensamente; y su sudor era como grandes gotas de sangre que caían sobre la tierra» (Lucas 22. 44).

¡Ah! Hubo fervor, incluso agonía en la oración. Ahora, ¿qué hay de nuestras oraciones? ¿Estamos llamados a agonizar en oración? Muchos de los queridos santos de Dios dicen «¡No!» Creen que tal agonía en nosotros revelaría gran falta de fe. Sin embargo, la mayoría de las experiencias que sobrevinieron a nuestro Señor han de ser nuestras. Hemos sido crucificados con Cristo, y hemos resucitado con Él. ¿No habrá, con nosotros, ningún dolor de parto por las almas?

Vuelve a la experiencia humana. ¿Podemos refrenarnos de agonizar en oración por hijos amados que viven en pecado? Dudo que cualquier creyente pueda tener la carga de las almas sobre él — una pasión por las almas — y no agonizar en oración.

¿Podemos evitar clamar, como Juan Knox: «Oh Dios, dame Escocia o muero»? Aquí otra vez la Biblia nos ayuda. ¿No hubo dolor de parto del alma y agonía en la oración cuando Moisés clamó a Dios: «Oh, este pueblo ha pecado

con un gran pecado, y se han hecho dioses de oro. Ahora, pues, si perdonarás su pecado —; y si no, bórrame, te ruego, de tu libro»? (Éxodo 32. 32.)

¿No hubo agonía en la oración cuando San Pablo dijo: «Desearía» — («oraría», marg. R.V.) — «ser yo mismo anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos»? (Romanos 9. 3.)

Podemos, en todo caso, estar bastante seguros de que nuestro Señor, que lloró sobre Jerusalén, y que «ofreció oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas» (Hebreos 5. 7), no se entristecerá si nos ve llorando por los descarriados. Más bien, ¿no alegrará Su corazón vernos agonizando por el pecado que a Él le aflige? De hecho, ¿no podría ser la escasez de conversiones en tantos ministerios debida a la falta de agonía en la oración?

Se nos dice que «Antes de estar de parto, dio a luz; antes de que le vinieran los dolores, dio a luz un hijo» (Isaías 66. 8). ¿Estaba San Pablo pensando en este pasaje cuando escribió a los Gálatas: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a estar de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros»? (Gálatas 4. 19). ¿Y no será esto cierto de los hijos espirituales? ¡Oh, cuán fríos están a menudo nuestros corazones! ¡Cuán poco nos afligimos por los perdidos! ¿Y osaremos criticar a aquellos que agonizan por los que perecen? ¡Dios no lo permita! No; existe tal cosa como luchar en la oración. No porque Dios no esté dispuesto a responder, sino por la oposición de los «gobernadores de las tinieblas de este mundo» (Efesios 6. 12, R.V.).

La misma palabra usada para «luchar» en la oración significa «un combate». El combate no es entre Dios y nosotros mismos. Él está de acuerdo con nosotros en nuestros deseos. El combate es con el maligno, aunque es un enemigo vencido (1 Juan 3. 8). Él desea frustrar nuestras oraciones.

«No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las huestes espirituales de maldad en los lugares celestiales» (Efesios 6. 12). Nosotros también estamos en estos «lugares celestiales en Cristo» (Efesios 1. 3); y es solo en Cristo que podemos ser victoriosos. Nuestra lucha puede ser una lucha de nuestros

pensamientos para no pensar las sugerencias de Satanás, y mantenerlos fijos en Cristo nuestro Salvador — es decir, velando además de orando (Efesios 6. 18); «velando en oración».

Somos consolados por el hecho de que «el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad: porque no sabemos orar como debemos» (Romanos v3. 26). ¿Cómo nos «ayuda» el Espíritu, nos enseña, si no es por ejemplo además de por precepto? ¿Cómo «ora» el Espíritu? «El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Romanos v3. 26). ¿«Agoniza» el Espíritu en oración como el Hijo lo hizo en Getsemaní?

Si el Espíritu ora en nosotros, ¿no compartiremos Sus «gemidos» en la oración? Y si nuestra agonía en la oración debilita nuestro cuerpo en ese momento, ¿vendrán ángeles a fortalecernos, como lo hicieron con nuestro Señor? (Lucas 22. 43.) Quizás, como Nehemías, podamos llorar, y hacer duelo, y ayunar cuando oremos delante de Dios (Nehemías 1. 4). «Pero», pregunta alguien, «¿no podría un dolor piadoso por el pecado y un anhelante deseo por la salvación de otros inducir en nosotros una agonía que es innecesaria y deshonrosa para Dios?»

¿No podría revelar una falta de fe en las promesas de Dios? Quizás pueda hacerlo. Pero hay poca duda de que San Pablo consideraba la oración — al menos a veces — como un conflicto (ver Romanos 15. 30). Al escribir a los cristianos colosenses dice: «Quiero que sepáis cuán gran lucha tengo por vosotros . . . y por todos los que no han visto mi rostro en la carne; para que sus corazones sean consolados» (Colosenses 2. 1, 2). Sin duda se refiere a sus oraciones por ellos.

Otra vez, habla de Epafras como alguien que «siempre lucha por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y plenamente seguros en toda la voluntad de Dios» (Colosenses 4. 12).

La palabra para «luchar» es nuestra palabra «agonizar», la misma palabra usada de nuestro Señor al estar «en agonía» cuando oraba (Lucas 22. 44).

El apóstol dice otra vez: Epafras «tiene mucho trabajo por vosotros», es decir, en sus oraciones. San Pablo lo vio orando allí en la prisión, y fue testigo de su

intensa lucha mientras se involucraba en un largo e incansable esfuerzo en favor de los colosenses. ¡Cuánto debió maravillarse la guardia pretoriana a la que San Pablo estaba encadenado — sí, y haber sido profundamente conmovida — al ver a estos hombres en sus oraciones! Su agitación, sus lágrimas, sus fervientes súplicas mientras levantaban manos encadenadas en oración debieron haber sido una revelación para él! ¿Qué pensarían de nuestras oraciones?

Sin duda San Pablo hablaba de su propia costumbre cuando instaba a los cristianos efesios y a otros a «estar firmes», «con toda oración y súplica, orando en todo tiempo en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos, y por mí . . . embajador en cadenas» (Efesios 6. 18-20). Eso es un cuadro de su propia vida de oración, podemos estar seguros.

Así pues, la oración encuentra obstáculos, que deben ser orados hasta que desaparezcan. Eso es lo que los hombres quieren decir cuando hablan de orar hasta vencer. Debemos luchar contra las maquinaciones de Satanás. Puede ser cansancio corporal o dolor, o las reclamaciones insistentes de otros pensamientos, o la duda, o los asaltos directos de las huestes espirituales de maldad. Con nosotros, como con San Pablo, la oración es algo de un «conflicto», una «lucha», al menos a veces, que nos obliga a «despertarnos» a nosotros mismos «para echar mano de Dios» (Isaías 64. 7). ¿Estaríamos equivocados si nos atreviéramos a sugerir que muy pocas personas luchan alguna vez en la oración? ¿Lo hacemos nosotros? Pero nunca dudemos del poder de nuestro Señor y de las riquezas de Su gracia.

La autora de *El Secreto de una Vida Feliz* contó a un pequeño círculo de amigos, justo antes de su muerte, un incidente de su propia vida. Quizás se me permita contarle en público. Una amiga que ocasionalmente le hacía una visita de dos o tres días era siempre una gran prueba, un verdadero impuesto sobre su temperamento y su paciencia. Cada una de esas visitas exigía mucha preparación en oración. Llegó el tiempo en que esta «cristiana crítica» planeó una visita de una semana entera. Sintió que nada más que una noche entera de oración podía fortificarla para esta gran prueba. Así que, proveyéndose de un pequeño plato de galletas, se retiró a buena hora a su dormitorio, para pasar la noche de rodillas

delante de Dios, para suplicarle que le diera gracia para mantenerse dulce y amorosa durante la inminente visita. Tan pronto como se arrodilló junto a su cama, le vinieron a la mente las palabras de Filipenses 4. 19: «Dios suplirá toda necesidad vuestra conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús». Sus temores desaparecieron. Ella dijo: «Cuando me di cuenta de eso, le di gracias y le alabé por Su bondad. Entonces salté a la cama y dormí toda la noche. Mi invitada llegó al día siguiente, y disfruté bastante de su visita».

Nadie puede establecer reglas rígidas e inflexibles de oración, ni siquiera para sí mismo. Solo el gracioso Espíritu Santo de Dios puede dirigirnos momento a momento. Allí, sin embargo, debemos dejar el asunto. Dios es nuestro juez y nuestro Guía. Pero recordemos que la oración es una cosa de muchos aspectos. Como dice el obispo Moule: «La verdadera oración puede ser pronunciada bajo innumerables circunstancias». Muy a menudo:

La oración es la carga de un suspiro,
la caída de una lágrima,
la mirada hacia arriba de un ojo
cuando nadie sino Dios está cerca.

Puede ser simplemente dar a conocer tu petición delante de Dios (Filipenses 4. 6). No podemos pensar que la oración necesite ser siempre un conflicto y una lucha. Porque si lo fuera, muchos de nosotros pronto nos convertiríamos en ruinas físicas, sufriendo de colapso nervioso, y llegando a una tumba temprana.

Y para muchos es una imposibilidad física permanecer cualquier cantidad de tiempo en una postura de oración. El Dr. Moule dice: «La oración, genuina y victoriosa, se ofrece continuamente sin el menor esfuerzo físico o perturbación. Es a menudo en la más profunda quietud del alma y del cuerpo que logra su camino más largo. Pero hay otro lado del asunto. La oración nunca está destinada a ser indolentemente fácil, por muy simple y confiada que pueda ser. Está destinada a ser una transacción infinitamente importante entre el hombre y Dios.

Y por lo tanto, muy a menudo . . . tiene que ser vista como un trabajo que implica labor, persistencia, conflicto, si ha de ser oración de verdad».

Nadie puede prescribir por otro. Que cada uno esté plenamente convencido en su propia mente de cómo orar, y el Espíritu Santo nos inspirará y guiará cuánto tiempo orar. Y que todos estemos tan llenos del amor de Dios nuestro Salvador que la oración, en todo tiempo y en todo lugar, sea un gozo así como un medio de gracia.

Pastor Divino, nuestras necesidades alivia

En este y en cada día;

A todos Tus seguidores tentados da

El poder de velar y orar.

El espíritu de la gracia intercesora

Danos la fe para reclamar;

Para luchar hasta que veamos Tu rostro

Y conozcamos Tu Nombre oculto.

CAPÍTULO 8: ¿RESPONDE DIOS SIEMPRE A LA ORACIÓN?

Llegamos ahora a una de las preguntas más importantes que cualquier hombre puede formular. Mucho depende de la respuesta que nos veamos llevados a dar. No nos encojamos ante la posibilidad de enfrentar la pregunta de manera justa y honesta. ¿Responde Dios siempre a la oración? Por supuesto, todos concedemos que Él responde a la oración: algunas oraciones, y algunas veces. Pero ¿responde Él siempre a la oración verdadera? Algunas así llamadas oraciones Él no las responde, porque no las escucha. Cuando Su pueblo era rebelde, dijo: «Cuando multipliquéis vuestras oraciones, yo no os oiré» (Isa. 1. 15).

Pero un hijo de Dios debe esperar respuestas a sus oraciones. Dios quiere que toda oración tenga una respuesta; y ni una sola oración real puede dejar de tener su efecto en el cielo.

Y sin embargo, aquella declaración maravillosa de San Pablo: «Todo es vuestro, pues vosotros sois de Cristo» (I Cor. 3. 21), parece tan evidente y tan trágicamente falsa para la mayoría de los cristianos. Pero no es así. Son nuestras, pero muchos de nosotros no poseemos nuestras posesiones. Los dueños del Monte Morgan, en Queensland, trabajaron arduamente durante años en sus áridas laderas, ganándose una existencia miserable, sin saber jamás que bajo sus pies se hallaba una de las fuentes de oro más ricas que el mundo haya conocido jamás. Había riqueza, vasta, no soñada, pero aún no imaginada ni realizada. Era "de ellos", aunque no era suya.

El cristiano, sin embargo, conoce las riquezas de Dios en gloria en Cristo Jesús, pero parece no saber cómo obtenerlas.

Ahora bien, nuestro Señor nos dice que se obtienen pidiéndolas. Que Él nos dé a todos un juicio correcto en las "cosas de la oración". Cuando decimos que ninguna oración verdadera queda sin respuesta, no estamos afirmando que Dios siempre da exactamente lo que pedimos. ¿Has conocido alguna vez a un padre

tan necio como para tratar así a su hijo? ¡No le damos a nuestro hijo un atizador al rojo vivo porque lo pida a gritos! Las personas ricas son las más cuidadosas en no permitir a sus hijos mucho dinero de bolsillo.

¡Si Dios nos diera todo lo que le pedimos, gobernaríamos el mundo nosotros, y no Él! Y seguramente todos confesaríamos que no somos capaces de hacer eso. Además, imás de un gobernante del mundo es una absoluta imposibilidad!

La respuesta de Dios a la oración puede ser "Sí", o puede ser "No". Puede ser "Espera", pues puede ser que Él planea una bendición mucho mayor de la que imaginamos, y una que involucre otras vidas además de la nuestra.

La respuesta de Dios es a veces "No". Pero esto no es necesariamente una prueba de pecado conocido y voluntario en la vida del suplicante, aunque puede haber pecados de ignorancia. Él dijo "No" a San Pablo algunas veces (II Cor. 12. 8, 9). Con mayor frecuencia que lo contrario, la negativa se debe a nuestra ignorancia o egoísmo al pedir. «Porque no sabemos orar como es debido» (Rom. v3. 26). Eso fue lo que estuvo mal en la madre de los hijos de Zebedeo. Ella vino y adoró a nuestro Señor y le oró. Él respondió rápidamente: «No sabéis lo que pedís» (Mat. 20. 22). Elías, un gran hombre de oración, a veces tuvo "No" como respuesta. Pero cuando fue arrebatado a la gloria en un carro de fuego, ¿lamentó acaso que Dios dijera "No" cuando clamó: «Oh Señor, quítame la vida»?

La respuesta de Dios es a veces "Espera". Él puede demorar la respuesta porque aún no estamos listos para recibir el don que anhelamos, como con Jacob luchando. ¿Recuerdas la famosa oración de Agustín: «Oh Dios, hazme puro, pero no ahora»? ¿No son nuestras oraciones a veces así? ¿Estamos siempre realmente dispuestos a "beber la copa", a pagar el precio de la oración contestada? A veces Él demora para que mayor gloria sea traída a Sí mismo.

Las demoras de Dios no son negativas. No sabemos por qué a veces Él demora la respuesta y en otras ocasiones responde «antes que llamen» (Isa. 65. 24). Jorge Müller, uno de los más grandes hombres de oración de todos los tiempos, tuvo que orar durante un período de más de sesenta y tres años por la conversión de un amigo. ¿Quién puede decir por qué? «El gran punto es nunca rendirse

hasta que llegue la respuesta», dijo Müller. «He estado orando por sesenta y tres años y ocho meses por la conversión de un hombre. Él aún no está convertido, pero lo estará. ¿Cómo podría ser de otro modo? Allí está la promesa inmutable de Jehová, y en ella descanso». ¿Fue esta demora debida a algún obstáculo persistente del diablo? (Dan. 10. 13). ¿Fue un esfuerzo poderoso y prolongado por parte de Satanás para sacudir o quebrar la fe de Müller? Pues no bien murió Müller, su amigo fue convertido, incluso antes del funeral.

Sí, su oración fue concedida, aunque la respuesta tardó mucho en llegar. Tantas peticiones de Jorge Müller le fueron concedidas que no es de extrañar que una vez exclamara: «¡Oh, cuán bueno, bondadoso, misericordioso y condescendiente es Aquel con Quien tenemos que ver! Yo soy solo un hombre pobre, frágil y pecador, pero Él ha escuchado mis oraciones diez mil veces».

Quizás algunos preguntan: ¿Cómo puedo descubrir si la respuesta de Dios es "No" o "Espera"? Podemos estar seguros de que Él no nos dejará orar sesenta y tres años para obtener un "No". La oración de Müller, tan largamente repetida, se basaba en el conocimiento de que Dios «no quiere la muerte del pecador»; «quiere que todos los hombres sean salvos» (I Tim. 2. 4).

Mientras escribo, el cartero me trae una ilustración de esto. Llega una carta de alguien que muy raramente me escribe, y que ni siquiera conocía mi dirección; alguien cuyo nombre es conocido por todo obrero cristiano en Inglaterra. Un ser querido fue derribado por una enfermedad. ¿Debe continuar orando por su recuperación? ¿Es la respuesta de Dios "No", o es: "Sigue orando, espera"? Mi amigo escribe: «Tuve una guía clara de Dios respecto a mi amada... que era la voluntad de Dios que ella fuera llevada... Me retiré al descanso de la entrega y la sumisión a Su voluntad. Tengo mucho por lo que alabar a Dios». Pocas horas después, Dios llevó a esa amada a estar con Él en la gloria.

Otra vez instamos a nuestros lectores a aferrarse a esta verdad: la oración verdadera nunca queda sin respuesta.

Si tan solo le diéramos más pensamiento a nuestras oraciones, oraríamos más inteligentemente. Eso suena a perogrullada. Pero lo decimos porque algunas

queridas personas cristianas parecen dejar de lado su sentido común y su razón antes de orar. Una pequeña reflexión mostraría que Dios no puede conceder algunas oraciones. Durante la guerra, toda nación oró por la victoria. Sin embargo, es perfectamente obvio que todos los países no podían ser victoriosos. Dos hombres que vivieran juntos podrían orar, uno por lluvia y el otro por buen tiempo. ¡Dios no puede dar ambas cosas al mismo tiempo en el mismo lugar!

Pero la veracidad de Dios está en juego en este asunto de la oración. Todos hemos estado leyendo de nuevo aquellas maravillosas promesas de oración de nuestro Señor, y casi nos hemos tambaleado ante esas promesas: la amplitud de su alcance, la plenitud de su intención, la grandeza de esa sola palabra "Todo lo que". ¡Muy bien! «Sea Dios veraz» (Rom. 3. 4). Ciertamente Él siempre será "hallado veraz".

No te detengas a preguntar al escritor si Dios ha concedido todas sus oraciones. No lo ha hecho. Haber dicho "Sí" a algunas de ellas habría significado maldición en lugar de bendición. Haber respondido a otras fue, ¡ay!, una imposibilidad espiritual: no era digno de los dones que buscaba. La concesión de algunas de ellas solo habría fomentado el orgullo espiritual y la autocomplacencia. ¡Cuán claras parecen ahora todas estas cosas, a la luz más plena del Espíritu Santo de Dios!

Cuando uno mira hacia atrás y compara sus oraciones ávidas y sinceras con su pobre e indigno servicio y su falta de verdadera espiritualidad, uno ve cuán imposible era para Dios conceder las mismas cosas que Él anhelaba impartir. ¡A menudo era como pedirle a Dios que pusiera el océano de Su amor en un corazón del tamaño de un dedal! Y sin embargo, ¡cómo anhela Dios bendecirnos con toda bendición espiritual! ¡Cómo clama el querido Salvador una y otra vez: «¡Cuántas veces quise... y no quisisteis!» (Mat. 23. 37.) Lo triste de todo es que a menudo pedimos y no recibimos por nuestra indignidad, ¡y luego nos quejamos porque Dios no responde nuestras oraciones! El Señor Jesús declara que Dios da el Espíritu Santo —quien nos enseña a orar— tan prontamente como un padre da buenos dones a sus hijos. Pero ningún don es un "buen don" si el hijo no está preparado para usar ese don. Dios nunca nos da algo que no podemos, o no

queremos, usar para Su gloria (no me refiero a talentos, pues podemos abusar o "enterrar" esos, sino a dones espirituales).

¿Viste alguna vez a un padre darle a su hijito una navaja de afeitar cuando la pidió, porque esperaba que el niño creciera hasta ser hombre y entonces encontrara la navaja útil? ¿Acaso un padre nunca dice a su hijo: "Espera hasta que seas mayor, o más grande, o más sabio, o mejor, o más fuerte"? ¿Puede nuestro amante Padre celestial también decirnos a nosotros: "Espera"? En nuestra ignorancia y ceguera, seguramente debemos decir a veces,

En muy amor rehúsa

Todo lo que Tú ves

Que nuestra debilidad abusaría.

Ten la seguridad de que Dios nunca concede el don de mañana hoy. No es falta de voluntad de Su parte para dar. No es que Dios esté alguna vez limitado en Sí mismo. Sus recursos son infinitos, y Sus caminos son inescrutables. Fue después de mandar a Sus discípulos que pidieran que nuestro Señor continúa insinuando no solo Su providencia, sino también Sus recursos. «Mirad las aves del cielo» (Mat. 6. 26, Moffatt); «vuestro Padre celestial las alimenta». Cuán simple suena. Sin embargo, ¿has reflexionado alguna vez que ni un solo millonario, en todo el mundo, es lo bastante rico para alimentar a todas "las aves del cielo", incluso por un solo día? Tu Padre celestial las alimenta cada día, y no es más pobre por ello. ¿No os alimentará mucho más a vosotros, os vestirá, cuidará de vosotros?

¡Oh, confiemos más en la oración! ¿No sabemos que «Él es galardonador de los que le buscan diligentemente»? (Hebreos 11. 6.) El "aceite" del Espíritu Santo nunca dejará de fluir mientras haya vasijas vacías que lo reciban (I Reyes 4. 6). Siempre tenemos la culpa nosotros cuando cesa la obra del Espíritu. Dios no puede confiar a algunos cristianos la plenitud del Espíritu Santo. Dios no puede confiar a algunos obreros resultados espirituales definidos en sus labores. Sufrirían de orgullo y vanagloria. ¡No! No afirmamos que Dios concede a todo cristiano todo lo que ora.

Como vimos en un capítulo anterior, debe haber pureza de corazón, pureza de motivo, pureza de deseo, si nuestras oraciones han de ser en Su nombre. Dios es mayor que Sus promesas, y a menudo da más de lo que deseamos o merecemos — pero no siempre lo hace. Así que, si alguna petición específica no es concedida, podemos estar seguros de que Dios nos está llamando a examinar nuestros corazones. Porque Él se ha comprometido a conceder toda oración que sea verdaderamente ofrecida en Su nombre. Repitamos una vez más Sus benditas palabras — no podemos repetirlas demasiado a menudo — «Todo lo que pidieréis en Mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en Mi nombre, Yo lo haré» (Juan 14. 13, 14).

Recuerda que era imposible que Cristo ofreciera alguna oración que no fuera concedida. Él era Dios — conocía la mente de Dios — tenía la mente del Espíritu Santo.

¿Acaso dice una vez: «Padre, si es posible, que...» mientras se arrodilla en agonía en el huerto de Getsemaní, derramando fuertes clamores y lágrimas? Sí, y «fue oído por su reverencial temor» (Heb. 5. 7, Dr. Moule). ¿No fue ciertamente no la «agonía», sino el temor filial, lo que obtuvo la respuesta? Nuestras oraciones son oídas no tanto porque sean importunas sino porque son filiales.

Hermano cristiano, no podemos comprender plenamente aquella escena santificada de terrible asombro y maravilla. Pero esto sabemos — que nuestro Señor jamás ha hecho una promesa que no pueda cumplir, o que no tenga la intención de cumplir. El Espíritu Santo intercede por nosotros (Rom. v3. 26), y Dios no puede decirle «No». El Señor Jesús intercede por nosotros (Hebreos 7. 25), y Dios no puede decirle «No». Sus oraciones valen mil veces más que las nuestras, ¡pero es Él quien nos manda orar!

«Pero, ¿no estaba San Pablo lleno del Espíritu Santo?», preguntarás, «¿y no dijo: "Nosotros tenemos la mente de Cristo?" Sin embargo, pidió tres veces que Dios removiera la "espina" de su carne — y Dios claramente le dice que no lo haría.»

Es también algo muy singular que la única petición registrada de San Pablo buscando algo para su propia necesidad individual ¡fue rechazada! La dificultad, sin embargo, es esta: ¿Por qué San Pablo, que tenía la «mente» de Cristo, pidió algo que pronto descubrió que era contrario a los deseos de Dios? Sin duda hay muchos cristianos plenamente consagrados leyendo estas palabras que han sido perplejos porque Dios no ha dado algunas cosas por las que oraron.

Debemos recordar que podemos estar llenos del Espíritu y sin embargo errar en el juicio o en el deseo. Debemos recordar también que nunca somos llenos del Espíritu Santo de Dios de una vez por todas. El maligno está siempre al acecho para poner su mente en nosotros, de modo que pueda atacar a Dios a través de nosotros. En cualquier momento podemos volvernos desobedientes o incrédulos, o podemos ser traicionados en algún pensamiento o acto contrario al Espíritu de amor.

Tenemos un ejemplo asombroso de esto en la vida de San Pedro. En un momento, bajo la influencia imperiosa del Espíritu Santo de Dios, clama: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Nuestro Señor se vuelve, y con palabras de gran elogio dice: «Bienaventurado eres, Simón, porque carne y sangre no te lo revelaron, sino Mi Padre que está en los cielos». Sin embargo, poco tiempo después, el diablo mete su mente en San Pedro, y nuestro Señor se vuelve y le dice: «¡Quítate de delante de mí, Satanás!» (Mat. 16. 17, 23). ¡San Pedro estaba ahora hablando en nombre de Satanás! Satanás todavía «desea tenernos».

San Pablo fue tentado a pensar que podría hacer un trabajo mucho mejor para su amado Maestro si tan solo esa «espina» pudiera ser removida. Pero Dios sabía que Pablo sería un mejor hombre con la «espina» que sin ella.

¿No es un consuelo para nosotros saber que podemos traer más gloria a Dios bajo algo que tendemos a considerar como un obstáculo o impedimento, que si aquello no deseado fuera removido? «Bástate Mi gracia; porque Mi poder se perfecciona en la debilidad» (II Cor. 12. 9). Recuerda que

Dios nada hace, ni permite que se haga,

Sino lo que tú mismo querías

Si pudieras ver

El fin de todo lo que Él hace, así como Él lo ve.

San Pablo no era infalible — tampoco lo eran San Pedro o San Juan; ni lo es el Papa ni ningún otro hombre. Podemos — y de hecho lo hacemos — ofrecer oraciones equivocadas. La forma más elevada de oración no es: «Tu camino, oh Dios, no el mío», sino «¡Mi camino, oh Dios, es el Tuyo!». Se nos enseña a orar, no «que Tu voluntad sea cambiada», sino «que Tu voluntad sea hecha».

¿Podemos, para concluir, dar el testimonio de dos personas que han demostrado que se puede confiar en Dios?

Sir H. M. Stanley, el gran explorador, escribió: «Por mi parte, no debo atreverme a decir que las oraciones son ineficaces. Cuando he sido sincero, he sido respondido. Cuando oré por luz para guiar a mis seguidores sabiamente a través de los peligros que les acosaban, un rayo de luz ha venido sobre la mente perpleja, y un camino claro hacia la liberación me ha sido señalado. Puedes saber cuándo una oración es respondida por el resplandor de contentamiento que llena a aquel que ha arrojado su causa ante Dios, al levantarse. Tengo evidencia, satisfactoria para mí mismo, de que las oraciones son concedidas.»

Mary Slessor, cuya historia de vida en África Occidental seguramente nos ha conmovido a todos, fue preguntada una vez qué significaba la oración para ella. Ella respondió: «Mi vida es un largo, diario y horario registro de oraciones respondidas por salud física, por tensión mental, por guía dada maravillosamente, por errores y peligros evitados, por enemistad al Evangelio sometida, por alimento provisto en la hora exacta necesaria, por todo lo que contribuye a la vida y a mi pobre servicio. Puedo testificar con plena y a menudo asombrada reverencia que creo que Dios responde la oración. ¡Yo sé que Dios responde la oración!»

CAPÍTULO 9: RESPUESTAS A LA ORACIÓN

LA mera naturaleza humana escogería un título más llamativo para este capítulo. Respuestas notables — respuestas maravillosas — respuestas asombrosas. Pero debemos permitir que Dios nos enseñe que es tan natural para Él responder la oración como lo es para nosotros pedir. ¡Cómo se deleita en oír nuestras peticiones, y cómo ama responderlas! Cuando oímos de alguna persona adinerada que ofrece un banquete a personas empobrecidas, o que elimina algún déficit aplastante en una sociedad misionera, exclamamos: «¡Qué lindo poder hacer algo así!». Bueno, si es verdad que Dios nos ama — y sabemos que es verdad — ¿no crees que le da gran gozo darnos lo que pedimos? Nos gustaría, por lo tanto, relatar una o dos respuestas a la oración entre las muchas que han llegado a nuestro conocimiento, para que podamos tener mayor valentía al acercarnos al Trono de la Gracia. Dios salva a los hombres por quienes oramos. Pruébalo.

Al conversar sobre este tema con un hombre de oración hace unos días, de repente me preguntó: «¿Conoces la Iglesia de San M-, en L-?»

«Muy bien — he estado allí varias veces.»

«Déjame contarte lo que sucedió cuando viví allí. Teníamos una reunión de oración cada domingo antes del servicio de comunión de las 8. Al levantarnos de nuestras rodillas un domingo, un diácono dijo: "Vicario, desearía que oraras por mi hijo. Tiene veintidós años ahora, y no ha ido a la iglesia durante años." "Podemos disponer de cinco minutos ahora," respondió el vicario. Se arrodillaron de nuevo y ofrecieron una súplica sincera en favor de aquel hombre. Aunque no se le dijo nada al respecto, ese joven vino a la iglesia esa misma noche. Algo en el sermón lo convenció de pecado. Entró al vestuario con el corazón quebrantado, y aceptó a Jesucristo como su Salvador.»

El lunes por la mañana, mi amigo, que trabajaba como capitán del Ejército de la Iglesia en la parroquia, estuvo presente en la reunión semanal del personal. Le dijo al vicario: «Esa conversión de anoche es un desafío a la oración — un desafío de Dios. ¿Lo aceptamos?» «¿Qué quieres decir?», preguntó el vicario. «Bueno»,

dijo él, «¿señalamos al peor hombre de la parroquia y oramos por él?» Por consentimiento unánime fijaron a K- como el peor hombre que conocían. Así que se «pusieron de acuerdo» en oración por su conversión. Al final de esa semana, mientras conducían una reunión de oración del sábado por la noche en el salón de la misión, y mientras su mismo nombre estaba en sus labios, la puerta se abrió de par en par y K- entró tambaleándose, bastante peor por la bebida. Nunca había estado en ese salón de la misión antes. Sin pensar en quitarse la gorra, se hundió en una silla cerca de la puerta y enterró su rostro entre sus manos. La reunión de oración se convirtió repentinamente en una sala de consulta. Tal como estaba — ebrio — buscó al Señor que lo estaba buscando a él. Y nunca volvió atrás. Hoy es uno de los mejores misioneros de astilleros de la región.

Oh, ¿por qué no oramos por nuestros amigos inconversos? Puede que no nos escuchen cuando les suplicamos, pero no pueden resistir si oramos por ellos. ¡Que dos o tres se pongan de acuerdo en oración por la salvación del peor, y luego vean lo que Dios hará! Dile a Dios y luego confía en Dios. Dios obra de manera maravillosa, así como en forma «misteriosa», Sus maravillas para realizar.

Dan Crawford nos contó recientemente que al regresar a su campo misionero después de una licencia, era necesario hacer toda la prisa posible. Pero un arroyo profundo, que había que cruzar, estaba crecido, y no había botes disponibles, ni utilizables, por cierto. Así que él y su grupo acamparon y oraron. Un incrédulo bien podría haberse reído a carcajadas. ¡Cómo podría Dios hacerlos cruzar aquel río! Pero, mientras oraban, un árbol alto que había luchado contra aquel río durante decenas de años comenzó a tambalearse y caer. ¡Cayó justo a través de la corriente! Como dice el Sr. Crawford: «Los Ingenieros Reales del cielo habían tendido un puente de pontones para los siervos de Dios».

Muchos jóvenes estarán leyendo estas historias de oración. ¿Podemos recordarles que Dios todavía oye la voz del muchacho — y sí, también de la muchacha? (Gén. 21. 17.) Para ellos, permítasenos añadir la siguiente historia, con el sincero deseo de que la oración sea su herencia, su misma vida; y que la oración respondida sea su experiencia diaria.

Hace poco tiempo, un niño chino de doce años, llamado Ma-Na-Si, interno en la escuela misional de Chefoo, fue a casa por las vacaciones. Es hijo de un pastor nativo.

Mientras estaba de pie en el umbral de la casa de su padre, divisó a un jinete galopando hacia él. El hombre — un pagano — estaba en un gran estado de perturbación. Preguntó ansiosamente por el «hombre de Jesús» — el pastor. El niño le dijo que su padre estaba fuera de casa. El pobre hombre estaba muy angustiado, y explicó apresuradamente la causa de su visita. Había sido enviado desde una aldea pagana a varias millas de distancia para traer al «hombre santo» para echar un demonio fuera de la nuera de un amigo pagano. Derramó su triste historia de esta joven mujer, atormentada por demonios, desvariando y blasfemando, arrancándose el cabello, arañándose la cara, rasgando su ropa, destrozando muebles, y arrojando platos de comida. Habló de su espíritu de sacrilegio, y de su indigna impiedad, y de su descarada blasfemia, y de cómo estos arrebatos eran seguidos por espumarajos en la boca, y gran agotamiento, tanto físico como mental. «Pero mi padre no está en casa», el niño seguía repitiendo. Finalmente, el hombre frenético pareció entender. De repente cayó de rodillas, y extendiendo sus manos en desesperación, clamó: «Tú también eres un hombre de Jesús; ¿vendrás?»

Piénsalo — ¡un niño de doce años! Sí, pero incluso un muchacho, cuando está completamente rendido a su Salvador, no teme ser usado por ese Salvador. Hubo solo un momento de sorpresa, y un momento de vacilación, y entonces el muchachito se puso enteramente a disposición de su Maestro. Como el pequeño Samuel de antaño, estaba dispuesto a obedecer a Dios en todas las cosas. Aceptó la sincera súplica como un llamado de Dios. El extraño pagano saltó a la silla, y, levantando al niño cristiano detrás de él, galopó.

Ma-Na-Si comenzó a reflexionar sobre las cosas. Había aceptado la invitación de echar fuera un demonio en el nombre de Cristo Jesús. Pero, ¿era digno de ser usado por Dios de esta manera? ¿Era su corazón puro y su fe fuerte? Mientras galopaban, examinó cuidadosamente su propio corazón en busca de pecado que confesar y del cual arrepentirse. Luego oró por guía sobre qué decir y cómo

actuar, y trató de recordar casos bíblicos de posesión demoníaca y cómo fueron tratados. Entonces, simple y humildemente, se arrojó sobre el Dios de poder y de misericordia, pidiendo Su ayuda para la gloria del Señor Jesús. Al llegar a la casa, encontraron que algunos de los miembros de la familia estaban sujetando por la fuerza a la mujer atormentada sobre la cama. Aunque no se le había dicho que un mensajero había ido a buscar al pastor nativo, tan pronto como oyó pasos en el patio exterior, clamó: «¡Todos ustedes, salgan de mi camino rápidamente, para que pueda escapar! ¡Debo huir! Un "hombre de Jesús" viene. No puedo soportarlo. Su nombre es Ma-Na-Si.»

Ma-Na-Si entró en la habitación, y después de una reverencia ceremonial, se arrodilló y comenzó a orar. Luego cantó un himno cristiano para alabanza del Señor Jesús. Entonces, en el nombre del Señor Resucitado, glorificado y omnipotente, mandó al demonio salir de la mujer. Al instante ella se calmó, aunque postrada por la debilidad. Desde ese día quedó completamente sana. Se quedó asombrada cuando le dijeron que ella había pronunciado el nombre del niño cristiano, pues nunca lo había oído ni leído antes, ya que toda esa aldea era pagana. Pero ese día fue verdaderamente un «principio de días» para aquella gente, porque desde entonces la Palabra del Señor tuvo libre curso y fue glorificada.

Amado lector, no sé cómo te afecta esta pequeña narración. Es una que me conmueve hasta lo más profundo de mi ser. Me parece que la mayoría de nosotros sabemos tan poco del poder de Dios — tan poco de Su amor abrumador e irresistible. ¡Oh, qué amor es el Suyo! Ahora, cada vez que oramos, ese maravilloso amor nos envuelve de una manera especial.

Si realmente amáramos a nuestro bendito Salvador, ¿no buscaríamos más a menudo la comunión con Él en oración? Hermano cristiano, ¿es porque oramos tan poco que criticamos tanto? ¡Oh, recordemos que nosotros, como nuestro amado Salvador, no somos enviados al mundo para condenar, para juzgar al mundo, sino «para que el mundo sea salvo por él» (Juan 3:17).

¿Moverá alguna palabra irreflexiva de crítica hacia alguien a alguien más cerca de Cristo? ¿Ayudará siquiera al que pronuncia esa crítica a ser más como el Maestro? ¡Oh, dejemos a un lado el espíritu de crítica, de censura, de buscar faltas, de menospreciar a otros o su obra! ¿No nos diría San Pablo a todos nosotros: «Y esto erais algunos de vosotros, mas ya habéis sido lavados»? (2 Corintios 6:11).

¿Ves a lo que apuntamos? Todas las malas disposiciones y faltas que detectamos en otros se deben al diablo. Es el maligno en el corazón quien causa aquellas palabras y hechos que estamos tan listos para condenar y exagerar. La posesión demoníaca no es desconocida en Inglaterra, pero quizás toma una forma diferente. Nuestros propios amigos y conocidos, tan amables y dignos de amor, están a menudo atados y ligados por algún pecado que les asedia: «a los cuales Satanás ha atado durante muchos años».

Podemos suplicarles en vano. Podemos advertirles en vano. La cortesía y la caridad —y nuestras propias faltas y deficiencias— nos impiden ponernos sobre ellos como Ma-Na-Si y expulsar al espíritu maligno. Pero, ¿hemos probado la oración? ¿La oración siempre respaldada por un amor que no puede ser «provocado»? (1 Corintios 13:5).

Dios responde la oración de jóvenes y viejos, cuando hay un corazón limpio, una vida santa y una fe sencilla. Dios responde la oración. Somos, en el mejor de los casos, siervos frágiles y defectuosos. Por sinceros que seamos, a veces pediremos mal. Pero Dios es fiel al que prometió, y Él nos guardará de todo mal y suplirá toda necesidad.

¿Puedo tener las cosas por las que oro?

Dios sabe lo que es mejor;

Él es más sabio que sus hijos.

Puedo descansar.

«Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos hacia Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus

mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3:21).

CAPÍTULO 10: CÓMO RESPONDE DIOS A LA ORACIÓN

PARA que el hombre comprenda plenamente a Dios y todos Sus tratos con nosotros es una imposibilidad absoluta. «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!» (Romanos 11:33). Ciertamente, pero no necesitamos crear dificultades donde no existen. Si Dios tiene todo poder y todo conocimiento, ciertamente la oración no tiene dificultades, aunque ocasionalmente pueda haber perplejidades. No podemos descubrir el método de Dios, pero conocemos algo de Su manera de responder la oración.

Pero desde el principio, recordémonos cuán poco sabemos acerca de las cosas ordinarias. El Sr. Edison, cuyo conocimiento es bastante profundo, escribió en agosto de 1921: «No sabemos ni la millonésima parte del uno por ciento acerca de nada. No sabemos qué es el agua. No sabemos qué es la luz. No sabemos qué es la gravitación. No sabemos qué es lo que nos permite mantenernos en pie. No sabemos qué es la electricidad. No sabemos qué es el calor. No sabemos nada sobre el magnetismo. Tenemos un montón de hipótesis, pero eso es todo». ¡Pero no permitimos que nuestra ignorancia sobre todas estas cosas nos prive de su uso! No sabemos mucho sobre la oración, pero ciertamente, esto no necesita impedirnos orar! Sabemos lo que nuestro Señor nos ha enseñado acerca de la oración. Y sabemos que Él ha enviado al Espíritu Santo para enseñarnos todas las cosas (Juan 14:26). Entonces, ¿cómo responde Dios a la oración? Una manera es precisamente esta:

Él revela Su mente a aquellos que oran. Su Espíritu Santo pone ideas frescas en las mentes de las personas que oran. Somos muy conscientes de que el diablo y sus ángeles están bastante ocupados poniendo malos pensamientos en nuestras mentes. Ciertamente, entonces, ¿Dios y Sus santos ángeles pueden darnos buenos pensamientos? ¡Incluso hombres y mujeres pobres, débiles y pecadores pueden poner buenos pensamientos en las mentes de otros! ¡Eso es lo que tratamos de hacer al escribir! No nos detenemos a pensar qué cosa tan maravillosa es que unas pocas marcas negras de forma peculiar en este papel

blanco puedan elevar e inspirar, o deprimir y abatir, io incluso convencer de pecado! Pero, para un salvaje no instruido, es un milagro estupendo. Además, usted y yo a menudo podemos leer los pensamientos o deseos de las personas por una expresión en el rostro o una mirada de los ojos. Incluso la transferencia de pensamiento entre hombre y hombre es algo común hoy en día. Y Dios puede transmitirnos Sus pensamientos de muchas maneras. Un ejemplo notable de esto fue relatado por un orador el año pasado en Northfield. Hace tres o cuatro años, se encontró con un viejo capitán ballenero que le contó esta historia.

«Hace muchos años, navegaba en los mares desolados frente al Cabo de Hornos, cazando ballenas. Un día estábamos batiendo directamente hacia el sur en contra de un viento fuerte. Habíamos estado virando de un lado a otro toda la mañana, y avanzábamos muy poco. Alrededor de las 11 en punto, mientras estaba al timón, la idea me vino repentinamente a la mente: "¿Por qué golpear el barco contra estas olas? Probablemente hay tantas ballenas al norte como al sur. ¿Supongamos que navegamos con el viento en lugar de contra él?" En respuesta a esa idea repentina, cambié el rumbo del barco y comencé a navegar hacia el norte en lugar del sur. Una hora más tarde, al mediodía, el vigía en el palo mayor gritó: "¡Botes a la vista!" Pronto alcanzamos cuatro botes salvavidas, en los cuales había catorce marineros, los únicos sobrevivientes de la tripulación de un barco que se había quemado hasta el borde del agua diez días antes. Aquellos hombres habían estado a la deriva en sus botes desde entonces, rezando a Dios frenéticamente por rescate; y llegamos justo a tiempo para salvarlos. No podrían haber sobrevivido un día más».

Entonces el viejo ballenero añadió: «No sé si usted cree en la religión o no, pero resulta que soy cristiano. He comenzado cada día de mi vida con una oración para que Dios me use para ayudar a alguien más, y estoy convencido de que Dios, aquel día, puso la idea en mi mente de cambiar el rumbo de mi barco. Esa idea fue el medio para salvar catorce vidas».

Dios tiene muchas cosas que decirnos. Tiene muchos pensamientos que poner en nuestras mentes. Tendemos a estar tan ocupados haciendo Su obra que no nos detenemos a escuchar Su Palabra. La oración le da a Dios la oportunidad de

hablarnos y revelarnos Su voluntad. Que nuestra actitud sea a menudo: «Habla, Señor, que tu siervo escucha».

Dios responde otras oraciones poniendo nuevos pensamientos en las mentes de aquellos por quienes oramos. En una serie de servicios que trataban sobre la Vida Victoriosa, el escritor instó una tarde a la congregación a "resolver" sus disputas si realmente deseaban una vida santa. Una dama fue directamente a casa, y después de una oración muy ferviente, le escribió a su hermana, con quien, debido a un desacuerdo, no había tenido nada que ver durante veinte años. ¡Su hermana vivía a treinta millas de distancia! A la mañana siguiente, la autora de esa nota recibió una carta de esa misma hermana pidiendo perdón y buscando la reconciliación. Las dos cartas se habían cruzado en el correo. Mientras una hermana oraba a Dios por la otra, Dios estaba hablando a esa otra hermana, poniendo en su mente el deseo de reconciliación.

Puedes decir: ¿Por qué no puso Dios ese deseo allí antes? Puede ser que Él previó que sería inútil que la hermana lejana escribiera pidiendo perdón hasta que la otra hermana también estuviera dispuesta a perdonar. El hecho permanece: cuando oramos por otros, de alguna manera abre el camino para que Dios influya en aquellos por quienes oramos. Dios necesita nuestras oraciones, o no nos rogaría que oráramos.

Hace un tiempo, al final de una reunión de oración semanal, una mujer piadosa rogó a los presentes que oraran por su esposo, que nunca quería ir cerca de un lugar de culto. El líder sugirió que continuaran en oración allí mismo. Se ofrecieron oraciones muy fervientes. Ahora bien, el esposo era devoto de su esposa y frecuentemente venía a buscarla. Lo hizo esa noche y llegó al salón mientras la reunión de oración todavía estaba en progreso. Dios puso en su mente abrir la puerta y esperar dentro — algo que nunca había hecho antes. Mientras se sentaba en una silla cerca de la puerta, apoyando la cabeza en la mano, escuchó aquellas fervientes peticiones. Durante el camino a casa, dijo: «Mujer, ¿por quién oraban esta noche?» «Oh», respondió ella, «es el esposo de una de nuestras trabajadoras». «Bueno, estoy bastante seguro de que él será salvo», dijo él; «Dios debe responder oraciones como esas». Un poco más tarde

en la noche, preguntó de nuevo: «¿Quién era el hombre por quién oraban?» Ella respondió en términos similares a los anteriores. Al retirarse a descansar, no podía dormir. Estaba bajo una profunda convicción de pecado. Despertando a su esposa, le rogó que orara por él.

Cuán claramente nos muestra esto que cuando oramos, ¡Dios puede obrar! Dios podría haber impulsado a ese hombre a entrar en esa reunión de oración cualquier semana. Pero si lo hubiera hecho, es una cuestión si algún bien habría resultado de ello. Cuando una vez aquellas fervientes y sinceras peticiones fueron ofrecidas en su nombre, Dios vio que tendrían una influencia poderosa sobre aquel pobre hombre.

Es cuando oramos que Dios puede ayudarnos en nuestro trabajo y fortalecer nuestras resoluciones. Porque podemos responder muchas de nuestras propias oraciones. Un invierno amargo, un granjero próspero oraba para que Dios guardara a un vecino de morir de hambre. Cuando las oraciones familiares terminaron, su hijito dijo: «Padre, no creo que deberías haber molestado a Dios por eso. ¿Por qué no?», preguntó. «¡Porque sería bastante fácil para ti ver que no mueran de hambre!» No hay la más mínima duda de que si oramos por otros, también trataremos de ayudarlos.

Un joven converso le pidió a su vicario que le diera algún trabajo cristiano. «¿Tienes un amigo íntimo?» «Sí», respondió el muchacho. «¿Es cristiano?» «No, es tan descuidado como yo lo era». «Entonces ve y pídele que acepte a Cristo como su Salvador». «¡Oh, no!», dijo el joven, «nunca podría hacer eso. Dame cualquier cosa menos eso». «Bueno», dijo el vicario, «prométeme dos cosas: que no le hablarás acerca de su alma, y que orarás a Dios dos veces al día por su conversión». «Bueno, sí, haré eso con gusto», respondió el muchacho. Antes de que pasaran dos semanas, corrió a la vicaría. «¿Me liberará de mi promesa? ¡Tengo que hablar con mi amigo!», gritó. Cuando comenzó a orar, Dios pudo darle fuerza para testificar. La comunión con Dios es esencial antes de que podamos tener una comunión real con nuestro prójimo. Mi creencia es que los hombres hablan tan raramente a otros sobre su condición espiritual porque oran tan poco por ellos.

El escritor nunca ha olvidado cómo su fe en la oración fue confirmada cuando, siendo un muchacho de trece años, pidió seriamente a Dios que le permitiera en un día determinado conseguir veinte nuevos suscriptores para las misiones en el extranjero. Exactamente veinte nuevos nombres se consiguieron antes de que cerrara la noche. La conciencia de que Dios concedería esa oración fue un incentivo para el esfuerzo entusiasta y dio un coraje inusual al acercarse a otros.

Un clérigo en Inglaterra sugirió a su gente que cada día oraran por el peor hombre o mujer y luego fueran a ellos y les hablaran de Jesús. Solo seis aceptaron hacerlo. Al llegar a casa, comenzó a orar. Entonces dijo: «No debo dejar esto a mi gente. Debo asumirlo yo mismo. No conozco a las malas personas. Tendré que salir a preguntar». Acercándose a un hombre de aspecto tosco en una esquina, le preguntó: «¿Es usted el peor hombre de este distrito?» «No, no lo soy». «¿Le importaría decirme quién es?» «No me importa. Lo encontrará en el número 7, por esa calle».

Llamó a la puerta del número 7 y entró. «Estoy buscando al peor hombre de mi parroquia. Me dicen que podría ser usted». «¿Quién le dijo eso? Tráigalo aquí, y le mostraré quién es el peor hombre. No, hay muchos peores que yo». «Bueno, ¿quién es el peor hombre que usted conoce?» «Todo el mundo lo conoce. Vive en la última casa de ese callejón. Él es el peor hombre». Así que bajó por el callejón y llamó a la puerta. Una voz hosca gritó: «¡Entre!»

Había un hombre y su esposa. «Espero que me disculpe, pero soy el ministro de la capilla al final de la calle. Estoy buscando al peor hombre de mi distrito, porque tengo algo que decirle. ¿Es usted el peor hombre?» El hombre se volvió a su esposa y dijo: «Mujer, dile lo que te dije hace cinco minutos». «No, díselo tú mismo». «¿Qué estaba diciendo?», preguntó el visitante. «Bueno, he estado bebiendo durante doce semanas. He tenido delirium tremens y he empeñado todo lo que había en la casa que valiera la pena empeñar. Y le dije a mi esposa hace unos minutos: "Mujer, esto tiene que parar, y si no para, lo pararé yo mismo — iré y me ahogaré". ¡Entonces usted llamó a la puerta! Sí, señor, soy el peor hombre. ¿Qué tiene que decirme?» «Estoy aquí para decirle que Jesucristo es el mayor Salvador, y que Él puede hacer del peor hombre uno de los mejores. Lo

hizo por mí, y lo hará por usted». «¿Cree que puede hacerlo incluso por mí?» «Estoy seguro de que puede. Arrodílese y pídaselo».

No solo el pobre borracho fue salvo de sus pecados, sino que hoy es un hombre cristiano radiante, que trae a otras personas borrachas al Señor Jesucristo.

Seguramente ninguno de nosotros encuentra difícil creer que Dios puede, en respuesta a la oración, sanar el cuerpo, enviar lluvia o buen tiempo, disipar nieblas o evitar calamidades.

Tenemos que ver con un Dios cuyo conocimiento es infinito. Él puede poner en la mente de un médico prescribir cierto medicamento, dieta o método de curación. Toda la habilidad del médico proviene de Dios. «Él conoce nuestra condición» — porque Él la hizo. Él la conoce mucho mejor que el médico o cirujano más inteligente. Él la hizo, y Él puede restaurarla. Creemos que Dios desea que usemos la habilidad médica, pero también creemos que Dios, por Su maravilloso conocimiento, puede sanar, y a veces sana, sin la cooperación humana. Y a Dios se le debe permitir obrar a Su manera. Somos tan propensos a atar a Dios al camino que aprobamos. El objetivo de Dios es glorificar Su nombre al responder nuestras oraciones. A veces Él ve que nuestro deseo es correcto, pero nuestra petición es incorrecta. San Pablo pensó que podría traer más gloria a Dios si tan solo el aguijón en la carne pudiera ser removido. Dios sabía que él sería un mejor hombre y haría un mejor trabajo con el aguijón que sin él. Así que Dios dijo No, No, No a su oración, ¡y luego explicó por qué!

Así fue con Mónica, quien oró tantos años por la conversión de Agustín, su hijo libertino. Cuando él estaba decidido a dejar el hogar y cruzar los mares hacia Roma, ella oró fervientemente, incluso apasionadamente, para que Dios lo mantuviera a su lado y bajo su influencia. Bajó a una pequeña capilla en la orilla del mar para pasar la noche en oración cerca de donde el barco yacía anclado. Pero, cuando llegó la mañana, encontró que el barco había zarpado incluso mientras ella oraba. Su petición fue rechazada, pero su deseo real fue concedido.

Porque fue en Roma donde Agustín conoció al santo Ambrosio, quien lo condujo a Cristo. Cuán reconfortante es saber que Dios sabe lo que es mejor.

Pero nunca deberíamos pensar que es irrazonable que Dios haga algunas cosas dependientes de nuestras oraciones. Algunas personas dicen que si Dios realmente nos ama, nos daría lo que es mejor para nosotros tanto si se lo pedimos como si no. El Dr. Fosdick ha señalado tan bellamente que Dios ha dejado al hombre muchas cosas para que haga por sí mismo. Él promete la sementera y la cosecha. Sin embargo, el hombre debe preparar el suelo, sembrar, cultivar y cosechar para permitir que Dios haga Su parte. Dios nos provee de comida y bebida. Pero Él nos deja a nosotros el tomar, comer y beber. Hay algunas cosas que Dios no puede, o al menos no quiere, hacer sin nuestra ayuda. Dios no puede hacer algunas cosas a menos que pensemos. Él nunca plasma Su verdad en el cielo. Las leyes de la ciencia siempre han estado allí. Pero debemos pensar, experimentar y pensar de nuevo si queremos usar esas leyes para nuestro propio bien y la gloria de Dios.

Dios no puede hacer algunas cosas a menos que trabajemos. Él almacena las colinas con mármol, pero nunca ha construido una catedral. Él llena las montañas con mineral de hierro, pero nunca hace una aguja o una locomotora. Eso lo deja para nosotros. Debemos trabajar.

Si, entonces, Dios ha dejado muchas cosas dependientes del pensamiento y del trabajo del hombre, ¿por qué no habría de dejar algunas cosas dependientes de la oración del hombre? Así lo ha hecho. «Pedid, y recibiréis» (Juan 16:24). Y hay algunas cosas que Dios no nos dará a menos que se las pidamos. La oración es una de las tres maneras en que el hombre puede cooperar con Dios; y la mayor de estas es la oración.

Los hombres de poder son, sin excepción, hombres de oración. Dios otorga su Espíritu Santo en su plenitud solamente a los hombres de oración. Y es mediante la operación del Espíritu que las respuestas a la oración llegan. Todo creyente tiene el Espíritu de Cristo morando en él. Porque «si alguno no tiene el Espíritu

de Cristo, no es de él» (Romanos 8:9). Pero un hombre de oración prevalente debe ser lleno del Espíritu de Dios.

Una misionera escribió recientemente que solía decirse de Hyde el Orador que nunca hablaba con un hombre inconverso sin que este fuera sólidamente convertido. Pero si alguna vez fallaba al primer intento de tocar un corazón para Dios, volvía a su habitación y luchaba en oración hasta que se le mostraba qué era lo que en él mismo había estorbado que Dios lo usara. Sí, cuando estamos llenos del Espíritu de Dios, no podemos dejar de influir en otros hacia Dios. Pero, para tener poder con los hombres, debemos tener poder con Dios.

La pregunta trascendental para ti y para mí no es, sin embargo, «¿Cómo responde Dios a la oración?» La pregunta es: «¿Oro yo de verdad?» ¡Qué poder tan maravilloso pone Dios a nuestra disposición! ¿Pensamos por un momento que cualquier cosa que desagrade a Dios vale la pena retenerla? Consiervo cristiano, confía en Cristo plenamente, y lo hallarás completamente fiel.

Demos a Dios la oportunidad de poner su mente en nosotros, y nunca más dudaremos del poder de la oración.

CAPÍTULO 11: OBSTÁCULOS A LA ORACIÓN

EL poeta dijo, y a menudo cantamos:

Qué variados obstáculos encontramos

Al acercarnos al trono de la gracia.

Sí, en verdad, son variados. Pero aquí nuevamente, la mayoría de esos obstáculos son obra nuestra.

Dios quiere que ore. El diablo no quiere que ore y hace todo lo que puede para estorbarme. Él sabe que podemos lograr más mediante nuestras oraciones que mediante nuestro trabajo. Preferiría que hiciéramos cualquier otra cosa antes que orar.

Ya hemos hecho referencia a la oposición de Satanás a la oración:

Los ángeles se oponen a nuestro avance,

Que en fortaleza aún sobresalen,

Nuestros enemigos secretos, jurados, implacables,

Innumerables, invisibles.

Pero no debemos temerles, ni prestarles atención, si nuestros ojos están siempre puestos en el Señor. Los santos ángeles son más fuertes que los ángeles caídos, y podemos dejar que las huestes celestiales nos guarden. Creemos que a ellos —las huestes del mal— debemos esos pensamientos errantes que tan a menudo arruinan la oración. No bien nos arrodillamos cuando «recordamos» algo que debía haberse hecho, o algo que sería mejor atender de inmediato.

Esos pensamientos vienen de fuera y ciertamente se deben a las sugerencias de los espíritus malignos. El único remedio para los pensamientos errantes es fijar nuestra mente en Dios. Sin duda, el peor enemigo del hombre es él mismo. La oración es para un hijo de Dios —y aquel que vive como hijo de Dios debe orar.

La gran pregunta es: ¿Estoy albergando enemigos en mi corazón? ¿Hay traidores dentro? Dios no puede darnos sus mejores bendiciones espirituales a

menos que cumplamos las condiciones de confianza, obediencia y servicio. ¿No pedimos a menudo con seriedad los más altos dones espirituales, sin siquiera pensar en cumplir los requisitos necesarios? ¿No pedimos a menudo bendiciones que no estamos capacitados para recibir? ¿Nos atrevemos a ser honestos con nosotros mismos, solos en la presencia de Dios? ¿Nos atrevemos a decir sinceramente: «Examíname, oh Dios, y ve...»? ¿Hay algo en mí que esté estorbando la bendición de Dios para mí y a través de mí? Discutimos el «problema de la oración»; inosotros somos el problema que necesita ser discutido o diseccionado! ¡La oración está bien! No hay problema en la oración para el corazón que está absolutamente afirmado en Cristo.

Ahora bien, no citaremos los textos bíblicos habituales que muestran cómo la oración puede ser frustrada. Solo deseamos que cada uno vislumbre su propio corazón. Ningún pecado es demasiado pequeño para estorbar la oración, y quizás para convertir la oración misma en pecado, si no estamos dispuestos a renunciar a ese pecado. Los musulmanes de África Occidental tienen un dicho: «Si no hay pureza, no hay oración; si no hay oración, no hay bebida del agua del cielo». Esta verdad está tan claramente enseñada en las Escrituras que es asombroso que alguien intente retener tanto el pecado como la oración. Sin embargo, muchos hacen precisamente eso. Incluso David clamó hace muchos siglos: «Si en mi corazón hubiese yo visto iniquidad, el Señor no me escucharía» (Sal. 66:18).

E Isaías dice: «Vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro de vosotros» (Isa. 59:2). Ciertamente todos debemos estar de acuerdo en que es el pecado en nosotros, y no la falta de disposición de Cristo para escuchar, lo que estorba la oración. Por regla general, es algún pecado pequeño, como se le llama, lo que daña y echa a perder la vida de oración. Puede haber:

(1) Duda. Ahora bien, la incredulidad es posiblemente el mayor obstáculo para la oración. Nuestro Señor dijo que el Espíritu Santo convencería al mundo de pecado —«de pecado, porque no creen en mí» (San Juan 16:9). No somos «del mundo», sin embargo, ¿no hay mucha incredulidad práctica en muchos de nosotros? Santiago, escribiendo a los creyentes, dice: «Pida con fe, no dudando

nada; porque el que duda... no piense ese hombre que recibirá cosa alguna del Señor» (Santiago 1:6-8). Algunos no tienen porque no piden. Otros «no tienen» porque no creen. ¿Te pareció un poco extraño que dedicáramos tanto tiempo a la adoración y la acción de gracias antes de llegar a la «petición»? Pero, ciertamente, si vislumbramos la gloriosa majestad de nuestro Señor y las maravillas de su amor y gracia, la incredulidad y la duda se desvanecerán como nieblas ante el sol naciente. ¿No fue esta la razón por la cual Abraham «no titubeó», «no vaciló por incredulidad», en que dio a Dios la gloria debida a su nombre, y por lo tanto fue «plenamente convencido de que lo que había prometido era también poderoso para hacerlo»? (Romanos 4:20, 21). Sabiendo lo que sabemos del amor estupendo de Dios, ¿no es asombroso que alguna vez dudemos?

(2) Luego está el Yo —la raíz de todo pecado. ¡Cuán egoístas somos propensos a ser incluso en nuestras «buenas obras»! ¡Cómo vacilamos en renunciar a cualquier cosa que el «yo» anhela! Sin embargo, sabemos que una mano llena no puede recibir los dones de Cristo. ¿Fue esta la razón por la cual el Salvador, en la oración que primero enseñó, nos vinculó con todo lo demás? «Nuestro» es la primera palabra. «Padre nuestro... danos... perdónanos... líbranos...»

El orgullo impide la oración, porque la oración es una cosa muy humillante. ¡Cuán aborrecible debe ser el orgullo ante los ojos de Dios! Es Dios quien nos da todas las cosas «abundantemente para que las disfrutemos». «¿Qué tienes que no hayas recibido?», pregunta San Pablo (1 Cor. 4:7). Ciertamente, ciertamente no vamos a permitir que el orgullo, con su odiosa y fea hermana, los celos, arruine nuestra vida de oración. Dios no puede hacer grandes cosas por nosotros de las cuales podamos alegrarnos si van a «volvemos la cabeza». ¡Oh, cuán necios podemos ser! A veces, cuando somos insistentes, Dios nos da lo que pedimos, a expensas de nuestra santidad. «Les dio lo que pidieron, pero envió consunción a sus almas» (Sal. 106:15). ¡Oh Dios, líbranos de eso —líbranos del yo! También, el yo se afirma criticando a otros. Deja que este pensamiento se grabe en tu memoria: cuanto más semejante a Jesucristo se vuelve un hombre, menos juzga a

otras personas. Es una prueba infalible. Aquellos que siempre están criticando a otros se han alejado de Cristo. Pueden ser todavía suyos, pero han perdido su Espíritu de amor. Amado lector, si tienes una naturaleza crítica, permítele que se discierna a ti mismo y nunca a tu prójimo. Podrás darle pleno alcance, ¡y nunca estará desocupada! ¿Es esto un comentario duro? ¿Delata una tendencia a cometer el mismo pecado —pues es pecado— que condena? Así sería si se hablara a un individuo en particular. Pero su objetivo es atravesar una armadura que parece invulnerable. Y nadie que durante un mes haya guardado su lengua de «robar y hurtar» la reputación de otras personas deseará jamás volver a la maledicencia. «El amor es sufrido y es bondadoso» (1 Cor. 13:4). ¿Lo somos nosotros? ¿Lo somos?

No somos nosotros mismos mejores porque hayamos logrado pintar a otras personas con colores peores que los nuestros. Pero, curiosamente, realzamos nuestro propio gozo espiritual y nuestro propio testimonio vivo por Cristo cuando nos negamos a transmitir información despectiva sobre otros, o cuando nos abstenemos de «juzgar» la obra o las vidas de otras personas. Puede ser difícil al principio, pero pronto trae un gozo indecible y es recompensado por el amor de todos los que nos rodean. Es muy difícil guardar silencio frente a las herejías «modernas». ¿No se nos dice que «contendamos ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos»? (Judas 3). A veces debemos hablar —pero que sea siempre con espíritu de amor. «Antes deje vivir el error que muera el amor».

Incluso en nuestras oraciones privadas, la crítica de otros debe evitarse resueltamente. Lee una vez más la historia de Juan Hyde orando por el «hermano frío». Créeme, un espíritu crítico destruye la santidad de la vida más fácilmente que cualquier otra cosa, porque es un pecado eminentemente respetable y hace víctimas fáciles de nosotros. Apenas necesitamos añadir que cuando un creyente está lleno del Espíritu de Cristo —que es Amor— nunca contará a otros el comportamiento anticristiano que pueda discernir en sus amigos. «Él fue muy grosero conmigo»; «Él es demasiado engreído»; «No soporto a ese hombre»; y comentarios semejantes son ciertamente poco amables, innecesarios y a menudo falsos.

Nuestro amado Señor sufrió la contradicción de los pecadores contra sí mismo, pero nunca se quejó ni publicó la noticia a otros. ¿Por qué deberíamos hacerlo nosotros? El yo debe ser destronado si Cristo ha de reinar supremo. No debe haber ídolos en el corazón. ¿Recuerdas lo que Dios dijo de algunos líderes religiosos? «Estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón... ¿he de ser yo consultado por ellos?» (Ezeq. 14:3).

Cuando nuestro objetivo es únicamente la gloria de Dios, entonces Dios puede responder nuestras oraciones. Cristo mismo, más que sus dones, debe ser nuestro deseo. «Deléitate asimismo en el Señor, y él te concederá las peticiones de tu corazón» (Sal. 37:4, R.V., marg.).

«Amados, si nuestro corazón no nos condena, tenemos confianza para con Dios; y cualquier cosa que pidamos la recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3:21, 22).

Es tan cierto hoy como en los primeros días del cristianismo que los hombres piden, y no reciben, porque piden mal, para gastarlo en sus placeres —es decir, en el yo (Santiago 4:3).

(3) La falta de amor en el corazón es posiblemente el mayor obstáculo para la oración. Un espíritu amoroso es una condición para la oración de fe. No podemos estar mal con el hombre y bien con Dios. El espíritu de oración es esencialmente el espíritu de amor. La intercesión es simplemente amor en oración.

*Quien mejor ora es aquel que mejor ama
a todas las cosas, grandes y pequeñas;
porque el gran Dios que nos ama,
creó y ama todo.*

¿Nos atrevemos a odiar o desagradar a aquellos a quienes Dios ama? Si lo hacemos, ¿podemos realmente poseer el Espíritu de Cristo? Realmente debemos enfrentar estos hechos elementales en nuestra fe si la oración ha de ser algo más

que una mera formalidad. Nuestro Señor no solo dice: «Y orad por los que os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5:44, 45).

Nos atrevemos a pensar que un gran número de los llamados cristianos nunca ha enfrentado esta cuestión. Al escuchar cómo muchos trabajadores cristianos — y prominentes también — hablan de aquellos con quienes no están de acuerdo, uno debe suponer caritativamente que nunca han oído ese mandamiento de nuestro Señor.

Nuestra vida diaria en el mundo es la mejor indicación de nuestro poder en la oración. Dios trata con mis oraciones no según el espíritu y tono que exhibo cuando oro en público o en privado, sino según el espíritu que muestro en mi vida diaria.

Las personas de temperamento irascible solo pueden hacer oraciones frías. Si no obedecemos el mandamiento de nuestro Señor y no nos amamos unos a otros, nuestras oraciones son casi sin valor. Si albergamos un espíritu implacable, es casi tiempo perdido orar. Sin embargo, se informó recientemente que un destacado deán de una de nuestras catedrales dijo que hay algunas personas a las que nunca podemos perdonar. Si es así, confiamos en que usa una versión abreviada del Padrenuestro. Cristo nos enseñó a decir: «Perdónanos... como también nosotros perdonamos». Y va más allá de esto. Declara: «Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mateo 6:15). Que podamos exhibir siempre el Espíritu de Cristo, y no perder nuestro propio y tan necesario perdón. ¿Cuántos de nuestros lectores que no tienen la más mínima intención de perdonar a sus enemigos, o incluso a sus amigos ofensores, repitieron el Padrenuestro hoy?

Muchos cristianos nunca le han dado a la oración una oportunidad justa. No es por insinceridad consciente, sino por falta de reflexión. La culpa recae realmente sobre aquellos de nosotros que predicamos y enseñamos. Somos propensos a enseñar doctrinas más que prácticas. La mayoría de los hombres

desean hacer lo correcto, pero consideran las cosas grandes más bien que las faltas pequeñas en la vida de amor.

Nuestro Señor llega tan lejos como para decir que incluso nuestros dones no deben ser presentados a Dios si recordamos que nuestro hermano «tiene algo contra nosotros» (Mateo 5:23). Si Él no acepta nuestros dones, ¿es probable que responda nuestras oraciones? Fue cuando Job cesó de contender con sus enemigos (a quienes la Biblia llama sus «amigos») que el Señor «hizo volver su cautividad» y le dio el doble de lo que tenía antes (Job 42:10).

¡Cuán lentos somos — cuán reacios somos — a ver que nuestras vidas estorban nuestras oraciones! Y cuán reacios somos a actuar en líneas de amor. Sí, deseamos «ganar» a los hombres. Nuestro Señor nos muestra un camino. No publiques sus maldades. Habla con él a solas, y «has ganado a tu hermano» (Mateo 18:15). ¡La mayoría de nosotros más bien hemos causado dolor a nuestros hermanos!

Incluso la vida del hogar puede estorbar la vida de oración. Ved lo que Pedro dice acerca de cómo debemos vivir en el hogar para que nuestras «oraciones no sean estorbadas» (1 Pedro 3:1-10). Nos atreveríamos a instar a cada lector a pedir a Dios que escudriñe su corazón una vez más y le muestre si hay «alguna raíz de amargura» hacia alguien. Todos deseamos hacer lo que agrada a Dios. Sería una ganancia inmensa para nuestra vida espiritual si resolviéramos no intentar orar hasta haber hecho todo lo que esté a nuestro alcance para hacer paz y armonía entre nosotros y cualquiera con quien hayamos reñido. Hasta que hagamos esto en cuanto esté de nuestra parte, nuestras oraciones son solo palabras perdidas. Los sentimientos poco amables hacia otro impiden que Dios nos ayude en la manera que Él desea.

Una vida amorosa es una condición esencial para la oración de fe. Dios nos desafía hoy nuevamente a convertirnos en personas aptas para recibir sus bendiciones sobreabundantes. Muchos de nosotros tenemos que decidir si elegiremos un espíritu amargo e implacable, o las tiernas misericordias y la bondad amorosa de nuestro Señor Jesucristo. ¿No es asombroso que cualquier

hombre pueda detenerse entre dos opiniones con tal elección en la balanza? Porque la amargura daña al amargado más que a nadie.

«Cuando estéis orando, perdonad si tenéis algo contra alguien; para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros» (Marcos 11:25). Así dijo el bendito Maestro. ¿No debemos entonces perdonar, o dejar de intentar orar? ¿Qué aprovechará al hombre si gana todo su tiempo para fingir que ora, si alberga falta de amor en su corazón que impide la oración real? ¡Cómo se ríe el diablo de nosotros porque no vemos esta verdad!

Tenemos la palabra de Dios de que la elocuencia, el conocimiento, la fe, la liberalidad, e incluso el martirio, de nada aprovechan al hombre — captadlo — de nada, a menos que su corazón esté lleno de amor (1 Corintios 13). «Danos, pues, amor».

(4) La negativa a hacer nuestra parte puede impedir que Dios responda nuestras oraciones. El amor suscita compasión y servicio ante la vista del pecado y el sufrimiento, tanto aquí como en el extranjero. Así como el corazón de San Pablo fue «estimulado» — «provocado» — dentro de él al contemplar la ciudad llena de ídolos (Hechos 17:16). No podemos ser sinceros cuando oramos «Venga tu reino» a menos que estemos haciendo lo que podemos para apresurar la venida de ese reino — mediante nuestros dones, nuestras oraciones y nuestro servicio.

No podemos ser completamente sinceros al orar por la conversión de los impíos a menos que estemos dispuestos a decir una palabra, o escribir una carta, o hacer algún intento por traerlo bajo la influencia del Evangelio. Antes de una de las grandes cruzadas de Moody, él estuvo presente en una reunión de oración pidiendo la bendición de Dios. Varios hombres acaudalados estaban allí. Uno comenzó a orar para que Dios enviara fondos suficientes para cubrir los gastos. Moody lo detuvo de inmediato. «No necesitamos molestar a Dios con eso», dijo tranquilamente, «inosotros podemos responder esa oración!»

(5) Orar solo en secreto puede ser un estorbo. Los hijos de una familia no deben encontrarse siempre con su padre por separado. Es notable con cuánta

frecuencia nuestro Señor se refiere a la oración unida — la oración de «acuerdo». «Cuando oréis, decid: Padre nuestro»; «Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho... Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mateo 18:19, 20).

Estamos seguros de que la debilidad en la vida espiritual de muchas iglesias se debe atribuir a una reunión de oración ineficaz, o a la ausencia de reuniones para orar. Los maitines y vísperas diarios, incluso cuando son reverentes y sin la prisa indecorosa que tan a menudo se asocia con ellos, no pueden ocupar el lugar de reuniones menos formales para la oración, en las cuales todos puedan participar. ¿No podemos hacer de la reunión de oración semanal algo vivo y una fuerza viviente?

(6) La alabanza es tan importante como la oración. Debemos entrar por sus puertas con acción de gracias, y por sus atrios con alabanza, y darle gracias y bendecir su nombre (Salmo 100:4). En cierta ocasión en su vida, Praying Hyde fue guiado a pedir cuatro almas al día para ser traídas al redil por su ministerio. Si en algún día el número no alcanzaba esta meta, había tal peso en su corazón que era positivamente doloroso, y no podía ni comer ni dormir. Entonces, en oración, pedía al Señor que le mostrara cuál era el obstáculo en él mismo. Invariablemente encontraba que era la falta de alabanza en su vida. Confesaba su pecaminosidad y oraba por un espíritu de alabanza. Decía que mientras alababa a Dios, las almas buscadas venían a él. No implicamos que nosotros también debemos limitar a Dios a números definidos o maneras de obrar; pero sí clamamos: «¡Regocijaos! ¡Alabad a Dios con corazón, mente y alma!»

No es por accidente que se nos ordena tan a menudo «regocijarnos en el Señor». Dios no quiere hijos miserables; y ninguno de sus hijos tiene motivo para la miseria. San Pablo, el hombre más perseguido, era un hombre de cánticos. Himnos de alabanza salieron de sus labios en la prisión y fuera de la prisión: de día y de noche alababa a su Salvador. El orden mismo de sus exhortaciones es significativo. «Estad siempre gozosos; orad sin cesar; dad gracias en todo: porque

esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1 Tesalonicenses 5:16-18).

La voluntad de Dios. Lleva ese pensamiento a tu mente. No es algo opcional.

REGOCIJÁOS: ORAD: DAD GRACIAS

Ese es el orden, según la voluntad de Dios — para vosotros, y para mí. Nada agrada tanto a Dios como nuestras alabanzas — ¡y nada bendice tanto al hombre que ora como las alabanzas que ofrece! «Deléitate asimismo en el Señor, y él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4, R.V., margen).

Un misionero que había recibido muy malas noticias de su tierra estaba completamente abatido. La oración no servía de nada para aliviar la oscuridad de su alma. Fue a ver a otro misionero, sin duda buscando consuelo. Allí, en la pared, había una tarjeta con un lema: «¡Probad la acción de gracias!» Lo hizo; y en un momento toda sombra desapareció, para nunca volver.

¿Alabamos lo suficiente para que nuestras oraciones sean respondidas? Si verdaderamente confiamos en Él, siempre le alabaremos. Porque

Dios nada hace ni permite que se haga

Que tú no harías tú mismo

Si pudieras ver

El fin de todos los eventos como Él lo ve.

Uno que una vez escuchó orar a Lutero dijo: «¡Dios misericordioso! ¡Qué espíritu y qué fe hay en sus expresiones! Él suplica a Dios con tanta reverencia como si estuviera en la presencia divina, y sin embargo con tan firme esperanza y confianza como si hablara con un padre o un amigo». Ese hijo de Dios parecía completamente inconsciente de que ¡existían «estorbo de la oración»!

Después de todo lo que se ha dicho, vemos que todo puede resumirse bajo un solo título. Todo estorbo de la oración surge del desconocimiento de la enseñanza de la Santa Palabra de Dios sobre la vida de santidad que Él ha planeado para todos sus hijos, o de la falta de disposición a consagrarnos plenamente a Él.

Cuando podemos decir con verdad a nuestro Padre: «Todo lo que soy y tengo es tuyo», entonces Él puede decirnos: «Todo lo mío es tuyo».

CAPÍTULO 12: ¿QUIÉN PUEDE ORAR?

Solo han pasado dos siglos desde que seis estudiantes universitarios fueron expulsados de la Universidad de Oxford únicamente porque se reunían en las habitaciones de cada uno para orar de forma espontánea. Ante esto, George Whitefield escribió al Vicerrector: «Es de esperar que, así como algunos han sido expulsados por orar de forma espontánea, oigamos hablar de algunos otros de índole contraria siendo expulsados por maldecir de forma espontánea». Hoy, gracias a Dios, ningún hombre en nuestra tierra es impedido por sus semejantes de orar. Cualquier hombre puede orar, pero ¿tiene todo hombre el derecho de orar? ¿Escucha Dios a cualquiera?

¿Quién puede orar? ¿Es el privilegio, el derecho, de todos los hombres? No todos pueden reclamar el derecho de acercarse al Rey de nuestro reino. Pero hay ciertas personas y cuerpos de personas que tienen el privilegio de acceso inmediato a nuestro soberano. El Primer Ministro tiene ese privilegio. La antigua Corporación de la Ciudad de Londres puede en cualquier momento presentar su petición a los pies del Rey. El embajador de una potencia extranjera puede hacer lo mismo. Solo tiene que presentarse en la puerta del palacio del Rey, y ningún poder puede interponerse entre él y el monarca. Puede entrar de inmediato a la presencia real y presentar su petición. Pero ninguno de estos tiene tal facilidad de acceso y tan amorosa bienvenida como el propio hijo del Rey.

Pero existe el Rey de reyes, el Dios y Padre de todos nosotros. ¿Quién puede ir a Él? ¿Quién puede ejercer este privilegio —sí, este poder— ante Dios? Se nos dice —y hay mucha verdad en la observación— que en el hombre o la generación más escépticos, la oración siempre está bajo la superficie, esperando. ¿Tiene el derecho de salir a la luz en cualquier momento? En algunas religiones tiene que esperar. De todos los millones en la India que viven en la esclavitud del hinduismo, nadie puede orar excepto los brahmanes! Un comerciante millonario de cualquier otra casta debe por fuerza conseguir un brahmán —¡a menudo un mero niño en la escuela!— para que diga sus oraciones por él.

El mahometano no puede orar a menos que haya aprendido algunas frases en árabe, porque su «dios» solo escucha las oraciones ofrecidas en lo que ellos creen que es el idioma sagrado. ¡Alabado sea Dios, no existen tales restricciones de casta o idioma entre nosotros y nuestro Dios! ¿Puede, por lo tanto, cualquier hombre orar?

Sí, respondes, cualquiera. Pero la Biblia no lo dice. Solo un hijo de Dios puede orar verdaderamente a Dios. Solo un hijo puede entrar en Su presencia. Es gloriosamente cierto que cualquiera puede clamar a Él por ayuda —por perdón y misericordia—. Pero eso apenas es oración. La oración es mucho más que eso. La oración es entrar en «el lugar secreto del Altísimo» y morar bajo la sombra del Omnipotente (Sal. 91. 1). La oración es dar a conocer a Dios nuestras necesidades y deseos, y extender la mano de la fe para tomar Sus dones. La oración es el resultado del Espíritu Santo que mora dentro de nosotros. Es comunión con Dios. Ahora bien, difícilmente puede haber comunión entre un rey y un rebelde. ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? (II Cor. 6. 14). En nosotros mismos no tenemos derecho a orar. Tenemos acceso a Dios solo a través del Señor Jesucristo (Ef. 3. 18, 2. 12).

La oración es mucho más que el clamor de un hombre que se ahoga —de un hombre que se hunde en el remolino del pecado: «¡Señor, sálvame! ¡Estoy perdido! ¡Estoy arruinado! ¡Redímeme! ¡Sálvame!» Cualquiera puede hacer esto, y es una petición que nunca queda sin respuesta, y una que, si es sincera, nunca recibe una respuesta demorada. Porque «el hombre no puede ser un proscrito de Dios aunque quisiera». Pero eso no es oración en el sentido bíblico. Incluso los leones, rugiendo tras su presa, buscan su comida de Dios; pero eso no es oración.

Sabemos que nuestro Señor dijo: «Todo el que pide, recibe» (Mat. 7. 8). Ciertamente lo dijo, pero ¿a quién? Estaba hablando a Sus discípulos (Mat. 5. 1, 2). Sí, la oración es comunión con Dios: la «vida hogareña» del alma, como alguien la describe. Y dudo mucho que pueda haber comunión con Él a menos que el Espíritu Santo more en el corazón, y hayamos «recibido» al Hijo, y así tengamos el derecho de ser llamados «hijos de Dios» (Juan 1. 12).

La oración es el privilegio de un hijo. Solo los hijos de Dios pueden reclamar del Padre celestial las cosas que Él ha preparado para los que le aman. Nuestro Señor nos dijo que en la oración deberíamos llamar a Dios «Padre nuestro». Ciertamente, ¿solo los hijos pueden usar esa palabra? San Pablo dice que es «por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones, el cual clama: ¡Abba, Padre!» (Gál. 4. 6). ¿Es esto lo que estaba en la mente de Dios cuando, al tratar con los «consoladores» de Job, dijo: «Mi siervo Job orará por vosotros, porque a él aceptaré»? (Job 42. 8). Parecía que ellos no habrían sido «aceptados» en cuanto a la oración. Pero tan pronto como uno se convierte en «hijo de Dios», debe entrar en la escuela de la oración. «He aquí, él ora», dijo nuestro Señor de un hombre tan pronto como fue convertido. Sin embargo, ese hombre había «dicho» oraciones toda su vida (Hechos 9. 11). Los hombres convertidos no solo pueden orar, sino que deben orar —cada uno por sí mismo y, por supuesto, por los demás—. Pero, a menos que y hasta que podamos llamar a Dios «Padre» con verdad, no tenemos derecho a ser tratados como hijos —como «hijos», «herederos de Dios y coherederos con Cristo»—, ningún derecho en absoluto. ¿Dices que esto es duro? No, ciertamente es natural. ¿No tiene privilegios un «hijo»?

Pero no me malinterpretes. Esto no excluye a ningún hombre del reino de los cielos. Cualquiera, en cualquier lugar, puede clamar: «¡Dios, ten misericordia de mí, pecador!» Cualquier hombre que esté fuera del redil de Cristo, fuera de la familia de Dios, por muy malo que sea, o por muy bueno que se crea, puede en este mismo momento convertirse en un hijo de Dios, incluso mientras lee estas palabras. Una mirada a Cristo con fe es suficiente. «Mira y vive». Dios ni siquiera dijo «ve» —¡dice solo mira! Vuelve tu rostro hacia Dios.

¿Cómo se convirtieron aquellos cristianos gálatas en «hijos de Dios»? Por la fe en Cristo. «Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gál. 3. 26). Cristo hará de cualquier hombre un hijo de Dios por adopción y gracia en el momento en que se vuelva a Él con verdadero arrepentimiento y fe. Pero no tenemos ningún derecho legítimo ni siquiera sobre la providencia de Dios a menos que seamos Sus hijos. No podemos decir con confianza o certeza: «Nada

me faltará», a menos que podamos decir, con confianza y certeza: «El Señor es mi Pastor».

Sin embargo, un hijo tiene derecho al cuidado, amor, protección y provisión de su padre. Ahora bien, un hijo solo puede entrar en una familia naciendo en ella. Nos convertimos en hijos de Dios al «nacer de nuevo», «nacer de lo alto» (Juan 3. 3, 5). Es decir, creyendo en el Señor Jesucristo (Juan 3. 16).

Habiendo dicho todo esto como advertencia, y quizás como explicación de por qué algunas personas encuentran que la oración es un completo fracaso, nos apresuramos a añadir que Dios a menudo escucha y responde la oración incluso de aquellos que no tienen un derecho legal a orar —de aquellos que no son Sus «hijos», e incluso pueden negar que Él existe—. Los Evangelios nos hablan de no pocos incrédulos que vinieron a Cristo para ser sanados; y Él nunca envió a ninguno sin la bendición anhelada —nunca—. Vinieron como «mendigos», no como «hijos». E incluso si «los hijos deben ser alimentados primero», estos otros recibieron las migajas —sí, y más que migajas— que fueron dadas gratuitamente.

Así que hoy Dios a menudo escucha el clamor de los incrédulos por misericordias temporales. Un caso bien conocido por el escritor puede darse como ilustración. Mi amigo me contó que había sido ateo durante muchos años. Mientras era infiel, había cantado durante cuarenta años en un coro de iglesia porque le gustaba la música. Su anciano padre cayó gravemente enfermo hace dos o tres años, y yacía con gran dolor. Los médicos no podían aliviar al sufriente. En su angustia por su padre, el corista infiel cayó de rodillas y clamó: «¡Oh Dios, si hay un Dios, muestra Tu poder quitando el dolor de mi padre!» Dios escuchó el lastimero clamor del hombre y quitó el dolor inmediatamente. El «ateo» alabó a Dios y se apresuró a ver a su vicario para descubrir el camino de la salvación. Hoy está totalmente por Cristo, dedicando todo su tiempo a la obra de su recién encontrado Salvador. Sí, Dios es más grande que Sus promesas, y está más dispuesto a escuchar de lo que nosotros estamos a orar.

Quizás la más sorprendente de todas las «oraciones» de labios de incrédulos es la registrada de Caroline Fry, la autora de *Cristo Nuestro Ejemplo*. Aunque

poseía belleza, riqueza, posición y amigos, descubrió que nada de eso la satisfacía, y finalmente, en su total miseria, buscó a Dios. Sin embargo, su primer pronunciamiento a Él fue una expresión de abierta rebelión y odio hacia Él. ¡Escúchalo! —no es la oración de un «hijo»—:

«Oh Dios, si Tú eres un Dios: no te amo; no te quiero; no creo que haya felicidad en Ti: pero soy miserable como estoy. Dame lo que no busco; dame lo que no quiero. Si puedes, hazme feliz. Soy miserable como estoy. Estoy cansado de este mundo; si hay algo mejor, dámelo».

¡Qué «oración»! Sin embargo, Dios la escuchó y respondió. Perdonó a la descarriada y la hizo radiantemente feliz y gloriosamente fructífera en Su servicio.

Incluso en pechos salvajes
Hay anhelos, ansias, deseos
Por el bien que no comprenden.
Y sus manos débiles e indefensas,
Tanteando a ciegas en la oscuridad,
Tocan la diestra de Dios en la oscuridad,
Y son levantadas y fortalecidas.

¿Modificaremos, entonces, un poco nuestra pregunta y preguntaremos: «¿Quién tiene derecho a orar?» Solo los hijos de Dios en quienes mora el Espíritu Santo. Pero, aun así, debemos recordar que ningún hombre puede acercarse sin vergüenza y con confianza a su Padre celestial a menos que viva como un hijo de Dios debe vivir. No podemos esperar que un padre prodigue sus favores a hijos descarriados. Solo un hijo fiel y santificado puede orar con el Espíritu y orar también con el entendimiento (I Cor. 16. 15).

Pero si somos hijos de Dios, nada sino el pecado puede obstaculizar nuestras oraciones. Nosotros, Sus hijos, tenemos el derecho de acceso a Dios en cualquier momento, en cualquier lugar. Y Él entiende cualquier forma de oración. Podemos

tener un don maravilloso de palabra que se derrama en un torrente de acción de gracias, petición y alabanza como San Pablo; o podemos tener la quieta, profunda comunión de amante de un San Juan. El erudito brillante como John Wesley y el humilde zapatero como William Carey son igualmente bienvenidos al trono de la gracia. La influencia en la corte del cielo no depende del nacimiento, la brillantez o los logros, sino de la humilde y absoluta dependencia del Hijo del Rey.

Moody atribuyó su maravilloso éxito a las oraciones de una mujer inválida oscura y casi desconocida. ¡Y verdaderamente los santos inválidos de Inglaterra podrían lograr un rápido avivamiento con sus oraciones! ¡Oh, que todos los «confinados en casa» hablaran!

¿No cometemos un error al suponer que algunas personas tienen un «don» de oración? Un brillante estudiante universitario de Cambridge me preguntó si la vida de oración no era un don, y uno que muy pocos poseían. Sugirió que, así como no todos son musicales, uno se espera que todos sean dados a la oración! Jorge Müller fue excepcional no porque tuviera un don de oración, sino porque oraba. Aquellos que no pueden «hablar bien», como Dios declaró que Aarón podía, pueden laborar en secreto mediante la intercesión con aquellos que hablan la palabra. Debemos tener gran fe si hemos de tener gran poder con Dios en la oración, aunque Dios es muy misericordioso y a menudo va más allá de nuestra fe.

Enrique Martyn fue un hombre de oración, sin embargo, su fe no estaba a la altura de sus oraciones. Una vez declaró que «esperaría tan pronto ver a un hombre resucitar de entre los muertos como ver a un brahmán convertido a Cristo». ¿Diría Santiago: «No piense ese hombre que recibirá cosa alguna del Señor»? (Santiago 1. 7). Ahora bien, Enrique Martyn murió sin ver a un solo brahmán aceptando a Cristo como su Salvador. Solía retirarse, día tras día, a una pagoda desierta para orar. Sin embargo, no tuvo fe para la conversión de un brahmán. Hace unos meses, en esa misma pagoda se arrodillaron brahmanes y mahometanos de todas partes de la India, Birmania y Ceilán, ahora compañeros cristianos. Otros habían orado con mayor fe que Enrique Martyn.

¿Quién puede orar? Nosotros podemos; pero ¿oramos? ¿Nos mira nuestro Señor con aún más patetismo y ternura que cuando pronunció por primera vez las palabras, y dice: «Hasta ahora nada habéis pedido en Mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo»? (Juan 16. 24). Si el querido Maestro dependía de la oración para hacer de Su obra un poder, ¿cuánto más nosotros? Él a veces oraba con «fuerte clamor y lágrimas» (Heb. 5. 7). ¿Nosotros? ¿Hemos derramado alguna vez una lágrima de oración? Bien podríamos clamar: «Avímanos, e invocaremos Tu nombre» (Sal. 80. 18).

La exhortación de San Pablo a Timoteo bien puede aplicarse a todos nosotros: «Aviva el don de Dios que está en ti» (II Tim. 1. 6). Porque el Espíritu Santo es el gran Ayudador de la oración. Somos incapaces por nosotros mismos de traducir nuestras verdaderas necesidades en oración. El Espíritu Santo hace esto por nosotros. No podemos pedir como conviene. El Espíritu Santo hace esto por nosotros. Es posible que un hombre sin ayuda pida lo que es para nuestro mal. El Espíritu Santo puede impedirlo. Ninguna mano débil o temblorosa se atreve a poner en movimiento una fuerza poderosa. ¿Puedo yo —me atrevo yo— mover la Mano que mueve el universo? ¡No! A menos que el Espíritu Santo tenga control de mí.

Sí, necesitamos ayuda divina para la oración —¡y la tenemos! ¡Cómo se deleita toda la Trinidad en la oración! Dios el Padre escucha: el Espíritu Santo dicta: el eterno Hijo presenta la petición —y Él mismo intercede—; y así la respuesta desciende.

Créeme, la oración es nuestro privilegio más alto, nuestra responsabilidad más grave y el mayor poder que Dios ha puesto en nuestras manos. La oración, la oración real, es el acto más noble, el más sublime, el más asombroso que cualquier criatura de Dios puede realizar.

Es, como declaró Coleridge, la energía más elevada de la que es capaz la naturaleza humana. Orar con todo tu corazón y con todas tus fuerzas —ese es el último y más grande logro de la lucha del cristiano en la tierra.

«¡SEÑOR, ENSÉÑANOS A ORAR!»